

2019-04-01

Los fracasos del amor en las psicosis

Baur, Vanesa

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/885>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS

TESIS DE MAESTRÍA

LOS FRACASOS DEL AMOR EN LAS PSICOSIS

AUTORA: Lic. Vanesa Baur

DIRECTOR: Mg. Arturo V. Frydman

Mar del Plata

7 de julio de 2014

INDICE

INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1	
1.A. Estado de la cuestión y antecedentes	9
1.B. Planteo del problema	24
1.C. En torno a la metodología	26
CAPÍTULO 2	
Marco conceptual. Delimitación de la polisemia del amor	33
CAPÍTULO 3	
La erotomanía como configuración. Entre amor y goce	46
CAPÍTULO 4	
La relación con el partenaire como otro imaginario: posibilidades y condiciones	59
CAPÍTULO 5	
Estabilización, suplencia, <i>sinthome</i> . Delimitación de su campo semántico	70
CAPÍTULO 6	
El amor extático y la heterogeneidad radical del Otro	87
CAPÍTULO 7	
El amor muerto o la cáscara de una palabra	103
CONCLUSIONES	113
BIBLIOGRAFÍA	118

INTRODUCCIÓN

“La psicosis es una especie de fracaso en lo que concierne al cumplimiento de lo que he llamado *amor*”. En 1975 Lacan realizaba esta afirmación en la Conferencia en Yale. Y poco antes había destacado en el seminario *Les non dupes errent* que “El amor pasa a ejercicio por el desfiladero del Nombre del Padre”. Aún diez años atrás, finalizando el *Seminario 11*, dibujaba los contornos de un amor sin límites al no articularse como vivible merced a la metáfora paterna (*cfr.* Lacan 1964, p.283).

Es conocida también la objeción freudiana a la posibilidad de tratamiento psicoanalítico del psicótico; dejó su marca al considerar a las psicosis fuera de transferencia -tanto que éste constituyó un principio ordenador de una de sus psicopatologías- por la imposibilidad de investir libidinalmente sus objetos. El amor se reduciría a su posibilidad delirante.

Asimismo podríamos decir que en el campo del psicoanálisis existe un consenso en considerar la causación de las psicosis en términos de forclusión del Nombre del Padre, falta de inscripción de la referencia que otorga la castración, de la marca de la falta de goce, del decir nombrante que transmite una filiación y un lugar posible. Y, podríamos coincidir además en que el amor al que Lacan ha llamado tal, se articula con el Nombre del Padre y con la castración. En una lógica proposicional articularíamos el silogismo: El amor es posible por el Nombre del Padre/la castración. En las psicosis no opera el Nombre del Padre/la castración. En consecuencia, el amor no es posible en las psicosis.

Es una lógica posible, pero no la única para abordar la complejidad de un campo que la clínica descompleta. Por ejemplo, sabemos que el delirio erotómano tiene más de goce que de amor pero ¿Qué podemos decir del amor delirante que se sostiene con carácter de amor infinito y no se adjudica al Otro como emisor (de manera erotómana) sino que su agente es el delirante mismo? Es frecuente el testimonio de sujetos que desencadenan una psicosis ante el encuentro con la relación sexual o incluso con la posibilidad de la

relación amorosa pero ¿de qué orden son las relaciones amorosas con semejantes que sostienen psicóticos declarados y que, además, parecen participar de su estabilización? Además, desde la lectura psicoanalítica de Schreber realizada por Freud sabemos que hay intento de (auto) curación, o, en otros términos, de que algo funcione en el lugar de la falta de referencia metafórica del padre ¿cómo se relaciona el amor con la curación, el remedio que articula el psicótico en el lugar del desfiladero ausente?

Estas preguntas son algunas de las que dieron inicio a nuestra inquietud, motivadas por curiosidad teórica y por el agujero en el saber que la clínica provoca y convoca. Si bien tenemos argumentos para afirmar que el amor fracasa, existen figuras del amor en las psicosis; entonces ¿cómo las explicamos? ¿cuál es su lógica? O bien, ¿cuál es el peculiar fracaso que ponen en acto?

Fracaso es un significante que insiste y que tomamos de la afirmación de Lacan en la Conferencia en Yale. Y su insistencia nos interroga porque el amor en su ejercicio para el hablante, tal como una perspectiva analítica nos muestra, no tiene asegurado ningún éxito, más bien lleva en su programa la posibilidad de fracaso. Pero notemos que *fracaso* es una de las traducciones posibles de *faillité*, cuya acepción más directa es *bancarrota*, *quiebra* ¿será este un especial fracaso del amor en las psicosis, el que implica un negocio que no puede sostenerse, una economía que entra en ruinas?

Existen figuras del amor en las psicosis, decíamos y esta afirmación surge de las primeras lecturas que dieron forma a nuestro estado de la cuestión. En él relevamos la bibliografía acerca del tema “amor y psicosis” en el psicoanálisis orientado por las ideas de Lacan, tarea que nos mostró que existe una preocupación por el tema, fundamentalmente ligada a la presentación de casos clínicos. En ellos el amor participa de la estabilidad tanto como del desencadenamiento; y las referencias teóricas para dar cuenta de ellos son lacanianas.

En este recorrido comenzó a dibujarse para nosotros una serie de configuraciones. Por un lado, la figura del delirio amoroso y las lecturas que los analistas han hecho del entramado del amor en el delirio. Por otro lado, la figura del amor que anuda a la manera del *sinthome*, que es suplencia o parte

de la estabilización, con la pregunta –abierta aún- de si el amor así considerado implica alguna particularidad entre las soluciones o invenciones que puede darse el psicótico. Y, en tercer lugar, las indicaciones de Lacan en torno a la analogía con el amor extático y el amor muerto.

En esta basculación entre la explicación teórica y los interrogantes clínicos es que ubicamos el espacio para la formulación de nuestro problema, ya que es el carácter aparentemente evidente de la disyunción entre amor y psicosis el que queremos interrogar a fin de encontrar sus fundamentos y la posibilidad de extender su potencia explicativa al precisar las características de lo que “no funciona”.

Al tomar la decisión de recortar las figuras de esta manera nos comprometimos en una indagación en particular y es la de desplegar sus determinaciones y declinaciones posibles, su espesor. La lectura metodológica de la *recaída en la inmediatez*, realizada por Samaja, nos permite vislumbrar una orientación para nuestra labor investigativa. El sesgo que tomamos nos lleva a las referencias de las figuras del amor en las psicosis que se asientan en las elaboraciones teóricas lacanianas. Las afirmaciones de Lacan al respecto son aisladas en diferentes momentos del desarrollo de su obra. La argumentación que las sostiene se encuentra explicitada a veces, pero en muchas ocasiones no lo está; y en el uso o aplicación que realizan los analistas en sus propios desarrollos argumentales, fundamentalmente en la articulación de casos clínicos, adquieren un carácter de evidencia por sí mismas.

Nos servimos de la idea de figura o configuración en referencia al recurso utilizado por Barthés y por Le Brun. Ambos, cada uno en la peculiaridad de su empresa (los fragmentos del discurso amoroso, la configuración del amor puro, respectivamente) encontraron la dificultad inherente al trabajo con un campo resistente a su unificación. Y lo encararon teniendo en cuenta ese rasgo, en cuanto la idea de figura no implica su totalidad y no aspira a la misma.

Nuestro texto presenta el siguiente orden expositivo, articulado a partir del desarrollo del estado de la cuestión; la delimitación de nuestros objetivos y

el marco metodológico que encuadra nuestra investigación, los cuales conforman el primer capítulo.

A continuación, en el segundo capítulo, las dificultades inherentes a la definición de amor en psicoanálisis son abordadas con el fin de restringir su polisemia al uso que haremos en este trabajo. Dicha definición requiere de subsidiarios acuerdos acerca del modo en que leemos los términos que implica: *no hay relación sexual*, pareja, inconciente son algunos de ellos.

A partir de allí, en el siguiente capítulo trabajamos con la primera figura recortada: la erotomanía y en particular la apropiación que el psicoanálisis hace de esta categoría de la psiquiatría; el lugar que el amor ocupa en esta posición del sujeto y los modos en que puede funcionar: restitutivamente o bien como expresión de la metonimia delirante.

Dado que la erotomanía muestra el modo en que el psicótico se vincula amorosamente con el Otro, se impuso como necesario un rodeo por las formas en que el psicótico puede relacionarse con otro en su dimensión de semejante, partenaire de una relación que puede (o no) ser amorosa. La noción de *philia* - examinada en el puntual uso que Lacan hace de la misma y sus derivaciones-; así como la revisión del lugar que el partenaire ocupa para el delirante cuando no es ubicado en el lugar del Otro, se desarrollan en el cuarto capítulo.

En el quinto capítulo nos adentramos en las variantes que pueden asumir términos cuyo campo semántico se superpone: estabilización, suplencia pueden incluir al amor o realizarse merced al amor. *Sinthome* también se relaciona con esta serie y el Joyce de Lacan, considerado paradigma de un sujeto que remedia la supuesta *Verwerfung* sin desencadenamiento psicótico, es revisado a fin de extraer las peculiaridades de la relación con su mujer y su eventual vinculación con el anudamiento.

A continuación, en el capítulo seis, nos dedicamos a la figura del amor extático a partir del planteo de Lacan en *Seminario 3*. Al ser planteada como una analogía con la “heterogeneidad radical del Otro”, nos abocamos en primer lugar a profundizar esta referencia en el marco del Seminario, a través de la caracterización de la que Lacan denomina *exclusión del Otro*. El otro componente de la analogía, el amor extático, también requiere su despliegue; ésta nos permite vislumbrar el alcance de la analogía entre la experiencia psicótica y un término propio de la configuración del amor puro.

En el despliegue de estas referencias adquiere una importancia propia la frase de Lacan que sitúa el amor del psicótico donde la palabra está ausente y lo ubica detenido en la cáscara de una palabra. Desde aquí releemos las posibles significaciones del amor muerto. Las marcas de un caso clínico nos permitirán explotar esta indicación, quizás dibujar otra figura en el contexto del capítulo siete.

Al llegar a nuestras conclusiones, recopilamos los aportes y las zonas abiertas que deja el trabajo de investigación.

Finalmente, existe un supuesto que aún no hemos explicitado y es el que sostiene nuestra posición respecto a las psicosis. Se trata del que ya un joven Lacan denominaba “valor humano de las psicosis” y nosotros leemos como aquel que, respetando las particularidades de la posición subjetiva, no la considera deficitaria en referencia a una normalidad neurótica –incluso en nuestros tiempos diríamos una normalidad de mercado- y procura dar cuenta de los peculiares efectos que el lenguaje tiene en el ser hablante cuando no se simboliza la falta. Es la de Lacan una posición -al decir de C. Soler (2011)- anti-segregativa, que no elude el padecimiento y el drama subjetivo del psicótico pero respeta su particular modo de hacer con él.

CAPÍTULO 1

1. A. ESTADO DE LA CUESTIÓN Y ANTECEDENTES

Remontándonos a los trabajos freudianos, encontramos la cuestión del amor en la médula de las psicosis. La elaboración de las transformaciones gramaticales de la pulsión en las formas de la paranoia se dice en términos amorosos. Las vertientes delirantes comparten la contradicción de una afirmación pulsional: *Yo (un hombre) lo amo a él*. Pulsión homosexual, para Freud, que se enuncia en palabra de amor. Esta palabra adquirirá ribetes de erotomanía divina en la solución delirante y será elaborada por Lacan como erotomanía mortificante.

Pero podemos ubicar otros antecedentes del planteo del problema en la pluma de Freud, tal como nos muestra un recorrido por las referencias a las psicosis en sus textos. La clínica que fue configurando desde sus primeras publicaciones incluía el intento de articular una lógica de formación de síntomas en histeria, neurosis obsesiva y paranoia. S. André (1983) planteó inclusive una relación de transferencia por parte de Freud hacia la paranoia, de la que testimonia el trabajo con las Memorias de Schreber pero más aún la intensa relación epistolar con Fliess, a quien le cabría el diagnóstico de paranoia.

Entre la documentación de dicho intercambio epistolar podemos detenernos en el “Manuscrito H- Paranoia” (1895). Allí Freud recorre el asunto del mecanismo peculiar en la formación de la idea delirante localizando el rechazo de la representación intolerable y la proyección del contenido al mundo exterior. Esta tesis podría aplicarse a las diferentes formas delirantes (celotipia, querulancia, hipocondría) siendo el delirio persecutorio una de las alternativas. Ni siquiera la más eficaz, pudiendo articularse una megalomanía o una erotomanía. Pero

...en todos estos casos la *idea delirante* es sustentada con la misma energía con que otra idea, intolerablemente penosa, es rechazada fuera del yo. Por consiguiente, estas personas *aman su delirio como se aman a sí mismas*. En esto reside todo el secreto (Freud, 1895, p.3511, cursivas en el original)

Poco antes, en el artículo sobre “Las neuropsicosis de defensa” de 1894, Freud examinaba los modos que asume la defensa en las patologías que acreditan la presencia de este mecanismo, entre ellos la paranoia y la psicosis alucinatoria. En estas enfermedades se trata de una forma de defensa “mucho más enérgica y eficaz” que pone en juego el rechazo de la representación intolerable cuya consecuencia es que “el sujeto sucumba a una psicosis”. La locura alucinatoria, equivalente a un sueño dichoso, encuentra su ocasionamiento en la desilusión amorosa.

La introducción del narcisismo permitirá a Freud articular con otro alcance la distinción entre las formas patológicas que se articulan en función del mecanismo de formación de síntomas. Las “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente” (1912) nos ofrecen valiosas observaciones producto del *genio de lingüista* (al decir de Lacan) de Freud. Nos detendremos particularmente en la relación con Flechsig y en las transformaciones gramaticales que sustentan las formaciones delirantes.

Flechsig asumió para Schreber el lugar de perseguidor en un delirio de “persecución sexual”, tal como Freud lo caracteriza. El trabajo delirante implicó una modificación de acuerdo a la cual Dios mismo fue ubicado como el maquinador del plan “para convertirme en mujerzuela”; pero este pensamiento fue incorporado con posterioridad, incluso “sólo cobré de él conciencia clara mientras redactaba el presente ensayo” (Freud, 1912, p.19). Esta transformación resulta pacificadora. En la “Carta abierta al Profesor Flechsig” (que antecede al texto de las *Memorias...*) elucubra aún que la influencia del honorable doctor habría sido por la aplicación de métodos hipnóticos o sugestivos merced a los cuales pudo seguir controlando sus nervios.

Podría ser entonces que todo lo que he creído deber reprochar a usted durante estos últimos años –me refiero a las acciones degradantes que indiscutiblemente fueron ejercidas en mi cuerpo- debiera atribuirse a esa otra “alma examinada”. Si es así, no tendría que hacerle a usted ningún reproche, o tal vez uno solo y de menor importancia: que no más que tantos otros médicos, usted no habría sabido resistir la tentación ofrecida por un caso del más alto interés científico, enteramente fruto del azar, que le permitía, más allá de

los objetivos propiamente terapéuticos, realizar experiencias en la persona de un paciente confiado a sus cuidados” (Schreber, 2010, p.19).

Freud señala entonces que la elección del perseguidor se descifra de acuerdo al principio de que recae sobre alguien a quien se amó. Flechsig había sido muy apreciado por Schreber luego del tratamiento de su primera enfermedad y, más aún, por la esposa de Schreber que tenía en la mesa de luz su retrato. Así se explica también el desencadenamiento ocasionado por el aumento de la pulsión homosexual transferida hacia la persona del médico. Este proceso, más precisamente de “transferencia de investidura”, ubica también al médico como un subrogado, un sustituto de alguien significativo en la historia del paciente. Las sucesivas fragmentaciones del perseguidor llevarán a Freud a ubicarlos en la serie Flechsig- Dios- Padre.

El otro asunto que recortaremos del escrito de Freud es su propuesta de explicación de las formas de la paranoia a través de las transformaciones gramaticales de la frase “*Yo (un hombre) lo amo*”. La primera cuestión que señalaremos aquí es que la paranoia se dice en términos de un problema “amoroso”: se rechaza algo del orden del amor y su retorno se torna problemático. Lo intolerable refiere a un amor “homo” y las articulaciones delirantes dejarán dicha frase como no reconocida.

Freud incluye a la erotomanía entre los delirios paranoicos y particulariza la fórmula gramatical de su producción destacando el mismo rasgo clínico: es el otro quien ama. Pero este es un tercer momento, subsidiario a la transformación del amor homosexual en amor *hétero* y de su atribución al Otro. Existe entonces un segundo momento, enunciado como “yo la amo”, que es rechazado y retorna como iniciativa del Otro. En el delirio de persecución, la afirmación “yo lo odio” no se formula conscientemente, apareciendo así solo el odio como retorno. Esto se diferencia de la formación de la erotomanía, en la cual la contradicción a través de afirmar “yo la amo” puede ser consciente. Así incluso el retorno “porque ella me ama”, sería un movimiento que podría faltar.

Finalmente, en “Sobre algunos mecanismos neuróticos en paranoia, celos y homosexualidad” de 1921, la tesis que encuentra la génesis de los celos delirantes en la defensa frente a la moción homosexual se conserva en los términos ya planteados en el trabajo sobre Schreber. Respecto de los paranoicos perseguidos, Freud señala un aspecto al que no habíamos prestado atención aún y que contradiría la formulación que niega posibilidades transferenciales a la paranoia. Se trata del planteo de una demanda de amor, de algo que el paranoico espera de los otros “extraños”, cuyos signos de indiferencia son leídos como hostilidad. Así la significación personal involucra un signo contrario al esperado -o podríamos decir demandado- por el paranoico. Casi afirmaríamos que lo que no se tolera es la indiferencia, argumentando en favor del importante lugar distorsionado que ocupa el narcisismo.

En cuanto a los antecedentes en la obra de Lacan¹, estos se remontan ya a su Tesis de Doctorado en Psiquiatría. Allí un Lacan psiquiatra estudia la paranoia por él conceptualizada “de autopunición” y elige nombrar a su paciente como Aimée. En el desarrollo del caso otorga un lugar a dos vertientes erotómanas y aún en 1976 Lacan se detiene en el nombre que otorgó a su paciente, señalando que “ella tenía necesidad de serlo (amada). Tanta necesidad tenía que lo creía...”. La erotomanía, apropiada por el psicoanálisis, se desliza de la descripción sindrómica a la caracterización de una peculiar relación del sujeto con el Otro.

En el *Seminario 3. Las Psicosis* (1955-56), Lacan propone un modo de situar la relación del psicótico con el Otro absoluto en términos de *amor extático* (término ligado a la mística), amor muerto. Esta relación es “solo posible para el psicótico” y se relaciona con que el Eros del psicótico se sitúa “donde la palabra está ausente”. Pero en el mismo seminario y en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1958) distingue claramente la posición del psicótico y la del místico en cuanto a la relación amorosa con Dios.

¹ En este apartado los mencionamos sin desarrollarlos, ya que su despliegue argumental será tratado en los sucesivos capítulos

También en “De una cuestión preliminar...” Lacan propuso que una relación con el otro en cuanto semejante “es perfectamente compatible con la relación salida de su eje con el gran Otro” (p.555), e incluyó en esta posibilidad la relación de amistad (philia) como esencia del lazo conyugal.

En la “Presentación de la traducción francesa de las *Memorias* de Schreber” (1966) Lacan hace uso del concepto de erotomanía nuevamente pero para referirse ahora a la relación de Schreber con Flechsig, dándole el carácter de mortificante. Aquí lee también la clave de esta ligazón en función del lugar de semblante de saber ocupado por Flechsig, el gran médico adentrándose en las profundidades del cerebro.

Otra formulación de la relación entre amor y psicosis (si concedemos parcialmente la caracterización de la posición de Joyce como afín a la psicosis) la encontramos en el *Seminario 23. El sinthome*, cuando Lacan se aboca al estudio de Joyce y el *sinthome* y formula indicaciones en las que interviene la relación del escritor con su mujer como parte del andamiaje que sostiene su anudamiento no borromeo.

Desde Lacan

Revisaremos a continuación la bibliografía que aborda estos asuntos. La variedad de enfoques y la diversidad de afirmaciones que encontramos en los artículos consultados es uno de los primeros datos que saltan a la vista; así como el hecho de que una gran parte de la bibliografía que articula cuestiones referidas a amor- psicosis se refiere a comentarios acerca de casos clínicos. Si no se trata de recortes de la experiencia de quien escribe, los referentes clínicos son Schreber o Joyce.

Reseñaremos este aspecto del estado de la cuestión desde un criterio general: trabajos o elaboraciones que caracterizan al amor como un recurso de *defensa* frente al goce, y aquellos que lo consideran un fenómeno de goce *invasivo* para el sujeto. En el primer caso, los modos en que se articula el amor como defensa, pueden distinguirse algunas variables: amor desexualizado como contenido delirante; funcionamiento del amor como imaginario, amor

sostenido a través del establecimiento de una terceridad; amor articulado como *sinthome*.

I. Amor: defensa – límite respecto del goce

La distinción general que elegimos reconoce una inspiración en un planteo de C. Soler, quien en 2004 aproxima una tesis en la que distingue entre erotomanía y manía de amor. Su interpretación pone en serie los fenómenos de Eros/manía, expresiones del goce no regulado fálicamente. La erotomanía divina de Schreber con Dios es manía de goce, del mismo modo que la erotomanía con Flechsig se torna mortificante. Por otra parte, la autora opone a estas posiciones una presencia del amor que funcionaría como pantalla al goce, como mediación del sujeto, como solución autógena de la psicosis. De esta manera, entiende que el amor cambia su función en neurosis y en psicosis. En la primera, suple la ausencia de relación sexual; en la segunda, procura evitar la inminencia de una relación mortífera. En esta línea se inscriben el empuje-a-La-mujer (delirante) y la manía de amor, en tanto ambas instauran (incluso episódicamente) una función de límite al goce.

El amor desexualizado articulado en un contenido delirante se presenta en algunos trabajos como el de N. Yellati (2006), quien da cuenta de un caso en que prevalece el Eros como “amor inalterable” que se sostiene en la certeza y no espera realización. Su permanencia alivia al sujeto de los fenómenos persecutorios pero a la vez la aleja de las relaciones con los hombres.

También C. García (2006) en “La cautiva” plantea la elaboración que realiza una mujer de la invasión de goce erotómana, merced a deslindar el vínculo entre ese amor que se le impone y su respuesta al mismo en términos de un encuentro, que pasa así a situarse en la línea de realización asintótica. Este movimiento se acompaña de la escritura (infinita) de un libro donde despliega su teoría sobre el amor. Para esta paciente, el amor muestra dos caras, de goce en el lugar del Otro (erotómano) y de articulación pacificante.

S. Tendlarz (2006) comenta el caso de Veral, joven sorprendido por la irrupción del despertar sexual; caracterizando a la figura delirante de la Virgen como el tratamiento de la invasión de goce que habría implicado para el joven el encuentro con las mujeres y la excitación sexual que le provocan. La Virgen

aparece en su delirio como la mujer perfecta y desexualizada, en oposición a la mujer cruel que lo persigue (también en clave delirante). Lo crucial en este caso no es tanto la figura amorosa como la desexualización implicada en la Virgen del delirio.

Podemos extender la distinción amor- límite al goce/ amor- goce, al campo de las soluciones de las psicosis, ya que además de las referencias al delirio erotómano que, en tanto delirio, puede tener una función estabilizante; encontramos una serie de artículos –la mayoría de ellos incluidos en el volumen *El amor en las psicosis* (2006)- que plantean la posibilidad del funcionamiento de relaciones de amor en la psicosis. Describen el establecimiento de relaciones amorosas que eluden o bien enmarcan la cuestión sexual, sin fundamentarse en argumentos delirantes. Estos “amores” son calificados como invención del sujeto, como anudamiento, como solución del sujeto. Se trata de fenómenos de muy diversa índole y de articulaciones teóricas de los mismos no menos variadas. Incluidos en el agrupamiento de planteos del amor en tanto defensa o límite al goce, podemos presentarlos de acuerdo a cuál es el resorte supuesto del funcionamiento amoroso: lo imaginario, el establecimiento de una terceridad, el *sinthome*.

∞ Resortes imaginarios

El funcionamiento del amor en términos imaginarios como factor defensivo respecto de la invasión de goce, es localizado de diversas maneras:

D. Holvoet (2006) presenta un caso en que se manifiesta una “falsa” erotomanía, en la cual es la paciente quien ama, sin atribución de amor al Otro. Pero ese amor se sostiene en una captura de la imagen, desesperado intento por atrapar la imagen amada como huella mnémica.

En el artículo de M. Focchi (2006), “El amor como valdemarización del goce”, se describe el funcionamiento del amor idealizado de una mujer por su madre como “dique protector” contra la expansión delirante, la cual, además, se articula con una excitación sexual desbordante. Aquí no es el delirio el factor de estabilización sino que el límite al goce de la excitación sexual y de la

interpretación delirante, es el establecimiento de un amor ideal. En la argumentación del autor, el amor por la madre adquiere su función en tanto ideal del que la paciente se toma hasta que su madre es alcanzada por la degradación en el cuerpo provocada por la enfermedad (cáncer). Justamente, esta detención del proceso degradativo es la que explica la metáfora del título que alude al cuento de E. A. Poe “La verdad sobre el caso del Señor Valdemar”. En esta historia, la degradación del cuerpo cadavérico del señor Valdemar se encuentra frenada, detenida, en virtud de un proceso de hipnosis al que fue sometido en el momento de morir. Al despertar de la hipnosis, se precipita la descomposición del cuerpo hasta entonces en suspenso; pero entre tanto, sería excesivo decir que el Sr. Valdemar vivía; sólo no-moría (y no sufría). El comentario de C. Dewambrechies señala este funcionamiento como “suplencia por lo imaginario” (2006, p. 86), al considerar que dicho amor se sustenta en una relación hipnótica con los dichos maternos y con su imago, la cual con la enfermedad se cadaveriza y confronta a la paciente con lo insoportable del goce hasta entonces refrenado.

P. Stréliski (2006) propone otro fragmento clínico, en el cual la estabilización ligada a una relación amorosa es planteada como suplencia, parafraseando a Lacan en la afirmación “el amor es lo que suple la ausencia de relación sexual”; y estableciendo una diferencia con la metáfora. La suplencia a través del amor hace posible una “responsabilidad de sujeto”, pero no la creación de un nuevo sentido (tal como posibilitaría la metáfora). En la misma línea, R. Seldes agrega al comentar el caso que “(el paciente) rechaza el inconciente pero no el amor” (p.227). Destaquemos aquí que es el amor y no la relación de pareja lo que constituye una suplencia, ya que el amor se dirige a una mascota en tanto la pareja constituye un soporte de la vida cotidiana.

☪ La pareja, la terceridad

Se destaca, entre los planteos acerca del amor como límite al goce, un sub grupo compuesto por trabajos que articulan el amor sostenido en una pareja como elemento que participaría en la estabilidad de casos diversos de psicosis. La lógica de ese funcionamiento es explicado de modos también diversos, en

los que resulta dificultoso localizar una serie. Encontramos aquellos que ubican un elemento mediador que permite la relación amorosa. Por ejemplo, P. Ebtinger (2006) en “El amor posible” ubica una hipótesis provocativa

¿cómo es posible entonces un amor no carente de deseo en las psicosis? Para responder a esta pregunta, postulemos como hipótesis que el amor sin estragos sólo es posible cuando se inscribe en un dispositivo que suple la ausencia de defensas contra el deseo del Otro. (p.60)

Aborda un caso clínico ubicando la invención, por parte del sujeto, de un “dispositivo” por medio del cual se evita que el Otro se encarne en el partenaire, supliendo la ausencia de defensa respecto de lo intolerable del deseo del Otro, defensa que en la neurosis opera el fantasma. Dicho dispositivo implica la mediación de la figura de dios y la presencia de un tercero.

T. Vigneron (2006) se refiere a una “solución amorosa” en un sujeto que acota sus episodios erotomaníacos en el encuentro con una mujer que tiene “conversación” y enuncia explícitamente su amor por él. Dicho autor suma a esta condición la posibilidad de pluralizar sus objetos entre mujeres con quienes sostiene un “amor cortés” como estrategia para evitar el encuentro con La mujer. Explica además la relación con una de las mujeres en términos de “amor muerto”, vinculando el silencio de la mujer en cuestión con la frase de Lacan, ya citada, “donde la palabra está ausente se ubica el Eros del psicótico”. Como empezamos a notar en este recorrido, el uso del término acuñado por Lacan en Seminario 3 tiene múltiples aplicaciones, ya se refiere al silencio de una mujer como a la ausencia de vida sexual en una pareja.

J. Borie (2006), en “Una versión de la vida sexual sin el falo”, presenta el caso de una joven que encuentra un modo de soportar la relación sexual merced a la creación de un artificio, objeto hecho con restos que funciona a la manera de un cuadro que enmarca el encuentro con el partenaire. Esta invención se plantea como efecto del análisis, en tanto el analista ha sostenido una interdicción del goce mortífero, abriendo el espacio para la construcción de un equilibrio, al cual, sin embargo, califica como “demasiado precario”. El amor

se sitúa con características fraternales en relación al partenaire, pero sólo se sostiene en referencia al tratamiento analítico.

L. Gorostiza comenta el caso Maxime, de Marc Lévy (2006), en el cual el amor es calificado de tentativa de tratamiento de la psicosis pero requiere una *invención* del sujeto, en particular se trata de una autonominación. El paciente sostiene una relación conyugal, iniciada a partir del que describe como “un flechazo”, pero puede hacer límite a lo que funciona de manera invasiva por parte de su mujer (como el deseo de ser madre) a través de la autocreación de un nombre que impone a su entorno y al analista. El comentario del caso explica esta adjudicación de un nombre en relación con la “ausencia de palabra, cáscara del significante” y postula “es posible un anudamiento con la forma de un amor muerto” (p. 164). Formulación que, si bien tiene las resonancias de Lacan, no se justifica en el desarrollo del caso. Más aún cuando Maxime, de acuerdo al relato clínico, ha logrado sostener una relación más allá del flechazo y es la mediación de la voluntad de Dios el resorte de dicha continuidad.

Otros argumentos en torno a la eficacia de la pareja toman su aspecto de “identificación narcisista”. En el libro *La psicosis ordinaria* (2003) se describe un caso en el cual la eclosión de síntomas (cenestesias interpretadas como transformación del cuerpo, acompañadas de gran angustia) en una mujer se produjo a partir de su viudez. Los autores hipotetizan que el matrimonio logró mantener cierto abrochamiento, cierto anudamiento. “Tal vez, debido al aspecto tan narcisista de este amor que le permitía encontrar en el cuerpo del otro una metáfora para hacer callar ese goce imposible” (Miller et al. 2003, 179).

Una conjetura similar -que incluye la noción de *sinthome*- formula P. Muñoz (2012), al presentar el relato del desencadenamiento de la psicosis clínica de Víctor a partir de la ruptura con su mujer, cuya imago constituía un sostén ortopédico. “Quizás sea válida la conjetura de que su relación con ella cumplía la función del *sinthome* que mantuvo encadenados los registros hasta su desencadenamiento.” (Muñoz, 2012, 345). Incluso traza un principio de analogía con la relación de James Joyce y su mujer, Nora Barnacle.

Los artículos mencionados refieren a casos de la práctica de quienes producen el escrito, las hipótesis que presentan versan sobre la singularidad

del caso. Como referíamos al inicio de este apartado, en nuestra búsqueda hemos encontrado también propuestas que realizan una lectura de Schreber y de Joyce a partir de los trabajos de Freud y Lacan. Por el lado de Schreber, se toma el señalamiento de Lacan en el escrito “De una cuestión preliminar...” (1958) en el que afirma que es compatible para aquel una relación conyugal entendida como “*philia*” en el sentido aristotélico del término. Por ejemplo, Daniel Paola (1997) plantea una tesis acerca de los desencadenamientos en Schreber a partir de la vacilación de la relación con su mujer. J-C. Maleval (2002) también ofrece una lectura similar. La función de la pareja amorosa no se encuentra especialmente discernida, y se equipara a la función de “identificación imaginaria” sostén de la parapsicosis (de acuerdo a los planteos de Lacan en el Seminario 3).

∞ *Sinthome*

Respecto a James Joyce, a partir de las referencias que Lacan propone en 1975-76, se han extendido las hipótesis (v. g., Pilar Dasí en Revista Colofón, 1995) acerca del *sinthome* como suplencia, leyendo la relación del artista con su mujer, como velo del “se goza”, complementando la función de suplencia que la escritura y la publicación de su obra habrían tenido para Joyce. Tal es también la opinión de C. Godoy (2012), quien califica a Nora como una “tenaz partenaire- *sinthome*” y de C. Soler (2009). Esta última explota las referencias lacanianas a la extraña relación que une al artista con su mujer: guante dado vuelta que lo ciñe, mujer que “no sirve para nada” sin embargo es la única. El uso de la analogía lacaniana sugiere la completa adecuación entre el sujeto y su partenaire, una complementariedad no objetada por el falo (representado en la analogía por el botón del guante), que cumple una función precisa –en el caso de Joyce– que es sostener su imagen narcisista en déficit por el error de anudamiento. Que “no sirve para nada” (expresión de Lacan en el Seminario *El sinthome*) es leído en estos autores en la línea de que no se articula con el fantasma para el goce.

Mencionábamos más arriba la relación en términos de “amistad” (la traducción más corriente del griego *phillia*) con el semejante, la cual es posible incluso una vez producida la desestabilización y la reconstrucción delirante. Esta vía, sin embargo, no es la planteada en los trabajos que proponen una versión del amor como “suplencia, anudamiento, invención”. Por ejemplo, G. Belaga alude a “la invención macedoniana del amor, como muestra Deunamor” (Belaga, 2008, p.110) y lo articula en la que denomina perspectiva del *sinthome* considerando al amor como “lo que puede hacer mediación entre los unos solos, es una manera de fabricar sentido a partir de un goce que es siempre parasitario.” (Belaga, 2008, p.111).

Teniendo en cuenta la topología de nudos, ofrecen una perspectiva singular las tesis propuestas por Daniel Paola en 1997, que articulan amor, erotomanía y psicosis a partir de sus anudamientos y desanudamientos, dando cuenta además de la estabilidad en función de la superficie de la mentalidad. En sus trabajos, la cuestión del amor participa tanto de la estabilidad de la mentalidad paranoica como de su tambaleo, en tanto “el encuentro con la circunstancia del amor tiene para la mentalidad paranoica la imposibilidad del encuentro con el sin sentido donde el amor conduce” (Paola, 1997, p.91). A partir de esto último, se registra un borde trágico en el asunto ya que el amor en su despliegue encontraría un punto de sinsentido insoportable para el psicótico. Pero esta circunstancia no objeta su articulación pacificante para el sujeto, lo cual está dado por el entramado en la mentalidad que el amor asume (por su articulación con las frases de la paranoia establecidas por Freud) y no por su funcionamiento solitario².

II. *Amor como invasión de goce*

La tesis de D. Paola ubica un borde, propio de la cuestión del amor, que también encontramos en una serie de trabajos que dan cuenta de la catástrofe del amor para el psicótico, entendiendo que se trata de una experiencia capaz

² Estas ideas de D. Paola son comentadas en más detalle en el capítulo sobre “Erotomanía”

de confrontar al sujeto con la falta forclusiva; o que puede implicar una invasión de goce para el sujeto. Así el amor puede resultar lo imposible de soportar. Por ejemplo, Marta Serra trabaja en “Un hombre con las ideas claras y una vida estable” (en 2006) un caso en el cual el desencadenamiento de la psicosis está asociado al acercamiento a las mujeres por el propósito de “formar una familia”. Conjetura la analista que, justamente, el trabajo del sujeto consiste en poner a distancia toda posible relación que involucre el encuentro con una mujer.

En “Una lógica del celibato” N. Guey (2006) presenta el caso de un hombre que consulta procurando encontrar una solución a sus fracasos amorosos. El rechazo que encuentra en las mujeres a quienes se declara lo ubica frente al amor como asunto enigmático y la solución del sujeto se produce por la vía de la interpretación delirante más no erotómana. El desarrollo de la psicosis bordea la feminización y el recurso a un significante que se recorta como identificación posible: ser soltero. En este caso, lo que funciona como defensa no es el amor sino su fracaso.

M. Vieira, en referencia a otro sujeto, agrega una hipótesis relativa a la relación con una mujer que pareciera acercarla a la lógica de la neurosis: “la mujer puede convertirse en un Nombre del Padre, que ordena el goce y da lugar al deseo” (2006, p. 261). El analista considera que, para el sujeto referido, el amor sin límites está ligado al padre y que el resorte de esa estabilización no es tanto el amor de la mujer como un rasgo corporal, al que ubica fijando un agujero en el cuerpo del Otro. También podríamos suponer que es dicho agujero real el que frena o detiene la tendencia propia de la psicosis a constituir La mujer. En este caso, la mujer cumple un papel de límite y se distingue de un amor que resultaría desestabilizante para el sujeto.

Otros trabajos consideran la propuesta de Lacan en torno a la figura del *amor extático* como posibilidad del psicótico en términos de “heterogeneidad radical” en la relación con el Otro. Y, en esta línea, proponen al amor como amor muerto, sostenido por la certeza delirante. A modo de ejemplo podemos citar los casos expuestos por Sebastián y por Arteagoitia (1992). J. Sebastián presenta el caso de una mujer que padece crisis desde los 14 años, con vivencias de desmembramiento corporal y con la presencia de Dios en su cuerpo al que denominaba “éxtasis”. La descripción de la clínica de la paciente es schreberiana, el autor interpreta sus fenómenos en relación con el amor

extático; indicando que el éxtasis sería un intento de regular el goce vivido en el cuerpo a partir de la localización de este goce en el Otro. Arteagoitia presenta un caso en que el delirio oscila entre lo erotómano y lo místico, configurándose una relación en la cual Jesús muestra al paciente que es el hijo predilecto.

La erotomanía, por su parte, declina en la formulación de “erotomanía de transferencia”, sintagma que da cuenta de la emergencia del analista en el lugar del Otro, supliendo el vacío forclusivo. Esta vertiente es leída más frecuentemente en términos de pendiente de goce en transferencia (*cfr.* Maleval, Soler, Lombardi).

En otro trabajo, además del que ya citamos, C. Soler realiza una mención y ofrece una indicación de lectura del “lazo extático” con el Otro. Lo interpreta en un doble sentido: “designa un matiz de goce, de voluptuosidad, y designa también la desaparición del sujeto, su desvanecimiento. Es el ravissement, el arrebató, el rapto, el arrobó, que también encontramos en Schreber” (Soler, 1988, p.54). El lazo extático con el Otro, o bien el amor extático, como hemos visto en este recorrido, admite diferentes usos y acepciones.

A partir de este relevamiento bibliográfico podemos extraer algunas conclusiones:

No se encuentra una elaboración sistematizada de las relaciones entre amor y psicosis. Pero sí abundan los artículos breves, con referencia a casos clínicos que interrogan esta vinculación. En estos, por su parte, las hipótesis se orientan por lo singular de cada caso y las referencias conceptuales a las que recurren pueden sintetizarse de la siguiente manera:

1. Amor como defensa- límite al goce:
 - 1.a. Amor desexualizado como contenido delirante
 - 1.b. Amor ligado a una imagen o identificación imaginaria sin articulación en un delirio
 - 1.c. Pareja sostenida en un elemento mediador
 - 1.d. Articulado como *sinthome*
2. Amor como fenómeno de goce
3. Amor extático- amor muerto (que es usado en ambos sentidos, 1 y 2)

Cabe señalar que esta distribución vela uno de los resortes que constituyen nuestro problema, ya que hay fenómenos clínicos que pueden funcionar tanto en 1 como en 2 y dirimir las condiciones de estos tipos de funcionamiento es uno de los aspectos problemáticos que abordaremos en nuestro trabajo. Por este motivo, de acuerdo al plan de trabajo que nos planteamos, profundizaremos en estas paradojas de la posible conjunción amor y psicosis, a través de la exploración de las figuras que emergen con insistencia en los antecedentes:

- ⇒ Erotomanía
- ⇒ Relación de pareja
- ⇒ Suplencia, *sinthome*
- ⇒ Amor extático

Será nuestra tarea profundizar en cada una de estas vertientes, intentando extraer de ellas indicaciones valiosas y rigurosas para caracterizar conceptualmente los fracasos del amor en las psicosis.

1. B. PLANTEO DEL PROBLEMA

Existen argumentos teóricos propiamente psicoanalíticos para considerar la conjunción amor- psicosis como un conjunto vacío. Sin embargo, el análisis de las producciones en psicoanálisis lacaniano nos ha mostrado una preocupación por el tema, sin que este se encuentre sistematizado.

Las cuestiones problemáticas que el tema presenta se encuentran ligadas a relatos clínicos. Allí se pone de manifiesto una serie de interrogantes, tales como:

¿De qué orden son las relaciones amorosas con semejantes que sostienen psicóticos declarados, las que, además, parecen participar de su estabilización? ¿Cómo es el funcionamiento que las sostiene?

Si en la erotomanía el amor se adjudica al Otro, quien es el agente emisor de un amor que tiene por objeto al paciente ¿qué explicación le podemos dar al amor cuyo agente es el psicótico mismo, y que se sostiene con carácter de amor infinito?

¿Cómo se relaciona el amor con la curación, el remedio que articula el psicótico en el lugar del *desfiladero ausente* del Nombre del Padre?

Siguiendo el hilo de estas preguntas, encontramos la presencia de caracterizaciones positivas de la relación amor- psicosis, a las que denominamos *configuraciones o figuras*. Tomamos como tales a la erotomanía, al amor vinculado con la suplencia/el *sinthome*, al amor extático/ amor muerto.

Entonces, partiendo de la afirmación de Lacan según la cual la psicosis es un fracaso en el cumplimiento del amor, existiendo figuras de lo amoroso en la psicosis ¿podemos afirmar que fracaso equivale a inexistencia? Si no es así ¿de qué manera se pone en juego el fracaso del amor en las configuraciones que localizamos?

En el curso de esta investigación nos proponemos situar los enunciados teóricos y realizar un comentario de los mismos teniendo como principio hermenéutico su ubicación en el contexto de los trabajos de Lacan y las derivaciones en el psicoanálisis contemporáneo.

Las pistas para dar cuenta de este problema las rastrearemos en la caracterización positiva de lo que aparece como figuras de lo amoroso en la psicosis.

De esta manera, estructuramos un recorrido para dar cuenta de los siguientes objetivos:

Objetivo General

Especificar las características, modos de presentación y la estructura del llamado “fracaso” del amor en las psicosis, a partir de un recorrido por las formas que asume y pueden ser aisladas en la obra de Lacan.

Objetivos particulares

- Establecer una caracterización de amor en el contexto de la obra lacaniana, tal que permita ser contrastada con las diferentes proposiciones acerca de la relación amor- psicosis.
- Caracterizar el tratamiento de la categoría erotomanía en la obra de Freud, Lacan y los aportes de psicoanalistas contemporáneos.
- Despejar las referencias a las relaciones con un partenaire en las psicosis, ubicando el carácter amoroso de estas relaciones y si éste implica alguna particularidad.
- Explicitar las concepciones en el psicoanálisis contemporáneo de estabilización, suplencia y *sinthome*, así como las referencias entre estos términos y el amor.
- Situar la referencia lacaniana de 1955-56 al amor extático- amor muerto, a fin de esclarecer su significación y su alcance.
- Verificar la existencia de una/s estructuras comunes en los modos de falla del amor.

1. C. EN TORNO A LA METODOLOGÍA

¿Qué referencias de método orientan nuestro camino? ¿Con qué dificultades nos hemos encontrado ya desde el planteo mismo del problema y cómo fundamentamos la salida que propusimos a ese atolladero?

Por una parte, la investigación que llevamos adelante es de carácter bibliográfico y este ámbito puede ser recorrido de diferentes maneras, por lo cual explicitaremos las decisiones que tomamos: al trabajar con diferentes momentos de la obra de Lacan y los ecos de su producción, por una parte; el tema del amor, por otra; y el lugar de los indicios clínicos en una investigación en psicoanálisis en tercer lugar.

La lógica y los límites de la obra o la obra como campo de estudio

Los supuestos que sostienen nuestra lectura de la bibliografía seleccionada se orientan en las propuestas de López (1994), quien elabora un modo de concebir la obra aplicando las teorías de E. Benveniste. De acuerdo a esta idea, la obra es planteada como una estructura, comparable a la estructura del lenguaje y, como tal, no es universal. O sea, no es subsumible en una obra que la incluya (lo que nos recuerda el esquema de la progresión al infinito de la remisión del par significante, según lo propuesto por Lacan en *Seminario 16*). La estructura de la obra podría analizarse en sus elementos, pero cada uno de ellos adquiere sentido en su articulación con los demás. El objetivo de López al recurrir al análisis estructural es también eludir las referencias a la subjetividad del autor, haciendo equivalente el ordenamiento sincrónico de las relaciones sintagmáticas con las porciones de los textos freudianos que, nuevamente, cumplen su función como elementos integrantes de una obra discursiva. La obra de Lacan, además, es planteada como *otra* respecto a la de Freud, con la cual mantiene una relación no de superación sino de consecución, constituyendo así el discurso psicoanalítico.

Nos apropiamos de este modo de conceptualizar el conjunto de la producción bajo el significante *obra*, ya que nuestra operación de lectura implica considerar una enseñanza con momentos de superación, desequilibrios momentáneos y recuperaciones de lo trabajado. Situar el contexto de cada formulación que estudiemos, implicará para nosotros la posibilidad de eludir el siguiente riesgo, también señalado por López “Tal efecto de sentido no aparecería desde una lectura que se limitara obsesivamente a los significados de los contenidos del artículo aislado, tomado como signo”. (López, 1994, p.75)

La cronología no será el principio rector de nuestra lectura, sí nos indicará momentos de elaboración de un pensamiento, herramientas conceptuales con las que se cuenta (o no). La idea de cronología que evitamos es aquella evolucionista, que deja detrás un “primer Lacan” superado por un segundo y por un tercero también.

En el caso de nuestro trabajo consideramos también que el psicoanálisis, como cuerpo teórico vivo, sigue produciendo articulaciones a partir de los textos fundadores. Estas configuran un campo de apropiaciones y lecturas que enriquecen a la vez que dan cuenta de la potencia de los conceptos y categorías en relación con los problemas clínicos. En nuestro trabajo no podemos dejar de lado dicho legado y las lecturas de psicoanalistas contemporáneos también, en su diálogo con la obra de Freud y la de Lacan, tienen lugar en el trabajo de comentario al que nos dedicamos.

Justamente, López sitúa con precisión a la práctica del comentario. Este implica, en tanto disciplina, un método. Lo ubica en la denominación lacaniana de repensar, producto de un “arduo trabajo: el de restituir la sincronía de las relaciones lógicas en la dispersión diacrónica de los artículos o textos que componen una obra”. (López, 2004, p.18).

En cuanto a nuestro tema específico, de acuerdo a la revisión del estado de la cuestión, las referencias lacanianas y el uso “pos lacaniano” de las mismas pueden ser objeto de la práctica del comentario en procura de situar su potencia explicativa.

Figuras como principio hermenéutico

Abordar una investigación que involucra al amor nos confronta con atolladeros señalados con claridad por investigadores de fuste. Barthes (1977) se preguntaba ¿de qué manera abordar un tema que resiste a su captación teórica? El semiólogo propone sus fragmentos de un discurso amoroso explotando al máximo el carácter local, puntual de las figuras del discurso del enamorado. El recurso elegido es el que denomina "método dramático":

...renuncia a los ejemplos y descansa sobre la sola acción de un lenguaje primero (...) se ha sustituido pues la descripción del discurso amoroso por su simulación (...). Se puede llamar a estos retazos del discurso *figuras*. La palabra no debe entenderse en sentido retórico, sino más bien en sentido gimnástico o coreográfico; en suma, en el sentido griego (...) no es el esquema, es de una manera mucho más viva, el cuerpo en acción... (Barthes, 1977, p.17-18).

La elección de este recurso se propone por la naturaleza misma del discurso amoroso y no pretende lograr una integración en las figuras. No nos proponemos reproducir una versión desde las psicosis de los *Fragmentos...* de Barthes, esa constituiría otra empresa cuya factibilidad incluso sería necesario demostrar (la objeción primera es la in-compatibilidad entre discurso y psicosis). Pero nos resulta orientadora de un modo de tratar el amor sin producir un discurso unitario.

Le Brun se encuentra con un problema similar al abordar el "amor puro". Ubica una paradoja que le es constitutiva y obstaculiza las tentativas de síntesis teórica

... razón por la cual preferiremos hablar de "configuración" antes que de "teoría" o "sistema", tomando el término en su sentido más preciso de figuras sucesivas y parciales cuya reunión y organización vuelven legible lo que sería un amor puro, sin que necesariamente se demuestre algo (...) tales figuras son ejemplos, en el sentido medieval y moderno de la palabra, imágenes parlantes que hablan junto a la teoría y que hacen ver lo que no puede ser elaborado o sostenido dentro del rigor del razonamiento (Le Brun, 2002, p.11-12)

Nuevamente, es la naturaleza del problema la que lleva al investigador a tratarlo como configuraciones. Y, al igual que en Barthes, se indica la incompletud con que nos enfrentamos. Las figuras, las imágenes parlantes, no son ni pueden ser todas las que hay. Pero admiten ser recortadas y, en el caso de nuestra tesis (a diferencia del trabajo de Le Brun que citamos), dilucidadas en función de las preguntas que nos planteamos.

En el caso de nuestro trabajo, la revisión del estado de la cuestión nos permitió crear conjuntos³ a partir de los modos de aparición de los fracasos del amor en las psicosis. Son algunos, son los que pueden agruparse según sus particularidades y los que podrían hacer “tipo”, a los que proponemos considerar como configuraciones.

Y a estas configuraciones nos ha interesado aplicarles una lectura que considere que los conceptos -junto a su comprensión en relación con los elementos de la obra- requieren un despliegue de su historia formativa como apertura de su recaída en la inmediatez.

∞ Apertura de la inmediatez

Para hacer uso de esta noción, podemos autorizarnos en las referencias del propio Lacan, quien en una buena parte de su producción⁴ supo hacer uso de la dialéctica y del pensamiento de Hegel. La lógica del análisis articulada según movimientos dialécticos en “Intervención sobre la transferencia” (1951), es uno de los ejemplos más evidentes. Sin embargo, no es la referencia a la autoridad la que nos lleva a considerar ahora ideas surgidas de la lectura que Samaja hace de Hegel, sino la capacidad de éstas ideas para caracterizar una perspectiva de lectura (la que pretendemos que oriente nuestra investigación).

El marco en que se aprovecha el concepto de “recaída en la inmediatez” es el de una metodología considerada como semiótica. Esta se funda en una ontología que considera la complejidad de una realidad con su historia

³ Conjunto, como se considera en matemáticas, es la enunciación de una colección de elementos definidos que no constituyen un todo absoluto.

⁴ Según D. Rabinovich (1993), el alejamiento de Hegel se produce a partir del Seminario 10 con la incompletud radical del Otro y la formalización del objeto a como causa de deseo.

formativa, que se construye integrando sus niveles de manera que cada nivel supera, suprime y conserva el anterior. Cada nivel, a su vez, se da formas de regulación que implican su propia conservación. Los niveles superados se integran en los nuevos, pero no desaparecen. El pasado sigue teniendo real y efectiva presencia.

Esta historia formativa, sin embargo, requiere de un trabajo de lectura ya que cada nivel del ser, una vez logrado, “recae en la inmediatez”. Borra las huellas de su formación y aparece como “lo que es”, como una naturalidad sin historia, objetiva. Olvida su génesis y se presenta como “pura presencia, como algo dado” (*cfr.* Samaja, 2000).

La recaída en la inmediatez también es planteada como “recaída de la terceridad en la primeridad” en la lectura del proceso semiótico propuesto por Peirce. La terceridad implica un carácter normativo y de cierre, necesario, del sistema para que este no incurra en una semiosis infinita.

En su recaída en la inmediatez, la estructura normativa se reifica como primeridad del ser. Esta categoría, según Samaja

... contiene la llave que permite abrir el enigma de *todos los orígenes* (...) porque expone la operación básica por la que el proceso de mediación se autoclausura (...) y así se levanta sobre su propia infinitud y se entifica en una región ontológica que esa misma infinitud construye con su negación. (Samaja, 2000, p.160)

Este concepto puede ser aplicado a las formulaciones conceptuales que, una vez producidas, se conforman como primeridad, como cierre de una significación. La tarea de investigación puede considerarse también como una operación de apertura a las mediaciones que los conceptos naturalizan y se reproducen en su uso.

Desde esta idea nos proponemos abrir las mediaciones de las figuras del amor en las psicosis que existen en la literatura analítica lacaniana. Es esta idea de mediación (también aprovechada por Lacan, por ejemplo, al aplicar las figuras hegelianas de la conciencia a la determinación de la locura) una que arroja luz sobre los conceptos mostrándonos cuál es su espesor. Pero éste surge en su relación con la obra, con los otros términos en referencia a los cuales se sostiene y produce efectos de sentido.

Existe una cercanía entre este planteo y el que sugiere P. Cancina como “mostrar la cuerda”. Además de la resonancia topológica, la autora destaca la remisión a la trama que necesariamente esconde todo tejido “ya que no hay estofa que no sea tejido” (Lacan, RSI 21/1/75 inédito). Subraya la psicoanalista que se trata de una expresión francesa referida a mostrar cuál es la trama de un tejido cuando se ha desgastado por el uso (*cf.* Cancina 2008).

Investigar orientados por la apertura de las mediaciones de lo que se muestra como primeridad, permite mostrar la cuerda, la trama que se ha desdibujado.

Investigación y clínica

¿Qué de la clínica en la investigación? En tanto estudio teórico, nuestra investigación remite a los casos clínicos con fines de ilustración. El devenir de nuestra tarea nos llevó a incluir el comentario de un fragmento de un caso, en cuanto dicho comentario es ya una lectura de una de las figuras con las que trabajamos. Pero también queremos destacar que las elaboraciones de la clínica misma han conformado el campo de los hallazgos, no sólo en la motivación íntima o personal de la elección del tema. También en las elaboraciones de distintos analistas de las que dimos cuenta al relevar nuestros antecedentes y estado de la cuestión encontramos el efecto de la praxis en la construcción de una clínica.

Un modelo posible para pensar las relaciones entre práctica y teoría es el que propone P. Cancina (2008). Se trata de tres términos articulados de manera borromea (o sea, de acuerdo a la propiedad por la cual el desprendimiento de un redondel desarticula la cadena). La praxis, esa experiencia singular⁵ de la intimidad del encuentro entre un analista y el sujeto (del inconciente). La clínica, elaboración de saber que construye el analista (el dos que también debe ser, según la indicación lacaniana) “teorizando los efectos que produce en la experiencia su práctica” (Cancina, 2008, p55). Y la

⁵ Singular en sentido peirciano, pero también con la carga del “aura” de la experiencia que W. Benjamin destacó en relación con la obra de arte (y en riesgo de pérdida).

teoría. En tanto a la primera no tenemos acceso, la psicoanalista la ubica en el terreno de lo real; la clínica sí es transmisible como teorización de esta experiencia y la teoría se localiza en el lugar de lo imaginario “porque siempre está produciendo un efecto de cerramiento puesto en cuestión cada vez” (2008, 55)...justamente desde la clínica. Tres anillos que se limitan y son a su vez necesarios para sostener una investigación y no una praxis tecnificada ni una repetición dogmática.

CAPÍTULO 2

MARCO CONCEPTUAL.

DELIMITACIÓN DE LA POLISEMIA DEL AMOR

El amor es un guijarro que ríe al sol.

En el *Seminario 3* (1955-56) y en “La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud” (1957) Lacan juega con la metáfora surrealista situándola, en el primero de los casos, como “una definición indiscutible del amor” (p. 325). Esta mención de Lacan, no exenta de ironía, da cuenta de la naturaleza del problema con que nos encontramos al abordar nuestro trabajo de investigación en general y este capítulo en particular.

Resulta problemático adoptar una definición de amor. El carácter mismo del fenómeno se resiste, no sólo porque la estructura simbólica siempre remite a otra significación, también porque el discurso del amor se presenta necesariamente fragmentario. Tal es la figura propuesta por Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso* (1977). Asumiendo la imposibilidad de un discurso unitario del amor, al menos en nuestro tiempo, el escritor aborda el tema desde un método dramático que le permite poner en escena lo intratable que aparece en lo amoroso. Este recurso, tal como mencionamos en nuestra reflexión metodológica, se vale de figuras que no se articulan ni ordenan en torno a un discurso del amor, más bien son emergencias posibles del soliloquio amoroso, al que Barthes distingue de la historia tramada con un sentido o un fin.

Por su parte, el psicoanálisis se ha ocupado del tema y no puede menos que hacerlo, al desenvolverse éste como una experiencia articulada en torno al amor que se dirige al saber. Desde el punto de vista teórico, el psicoanálisis no brinda del amor una entidad conceptual definida. Incluso algunos posfreudianos asumieron el planteo de explicaciones de un amor normativo, tal como el *amor genital* en Balint, en términos de logro del fin de análisis; transformando al psicoanálisis y su práctica en algo no muy distinto a una moral.

En “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958b) Lacan se pregunta: “¿Nos tocará a nosotros camuflar de cordero rizado del Buen

Pastor a Eros el Dios Negro?” (p. 587). Y es esta tensión la que no queremos eludir.

Un esfuerzo por no teorizar

Si realizáramos una genealogía de las referencias que existen en los escritos y seminarios de Lacan, encontraríamos diferentes definiciones que se descompletan e incluso se discuten. Se trata de momentos en que el amor es delimitado de acuerdo a los conceptos que Lacan se encuentra desarrollando. Es, en parte, el monumental trabajo que llevó adelante J. Allouch y publicó con el nombre “El amor Lacan” (2009). Y al cual tomamos como revisión del asunto, si bien no suscribimos enteramente a sus hipótesis de lectura. Allouch persigue el propósito de dar cuenta de un “amor Lacan”, entre las significaciones que confluyen en el significante amor; entendiendo por tal un tipo de amor “que es el que no se obtiene” y sería específicamente aislado por el psicoanálisis lacaniano. Este objetivo no es el nuestro, sin embargo el trabajo nos sirve de referencia para enmarcar la naturaleza de la dificultad que encontramos.

El modo de aparición del tema en la enseñanza lacaniana es calificado por J. Allouch como “herván del amor”. De acuerdo a su planteo, la dificultad para situar el asunto del amor en Lacan es su decidida opción por que no adquiera un tratamiento con pretensiones de orden teórico; a la que Allouch califica como “rechazo lacaniano a teorizar el amor” (Allouch, 2009, p.27). Es más “construir una teoría del amor equivale a colocarse en una postura que seguramente lleve a fallarle al amor. Lacan no suscribirá el proyecto, confesado por Freud, de considerar al amor desde un punto de vista científico” (Allouch, 2009, p.15).

Siguiendo este planteo, podemos compartir la afirmación de que hay un claro intento lacaniano por no definir *lo que el amor es* desde una aproximación excesivamente explicativa. Incluso el mismo Allouch señala una eficacia en la postulación lacaniana de fórmulas, que se convirtieron rápidamente en eslóganes (v.g. “el amor es dar lo que no se tiene a alguien que no lo es”);

expresión ésta de su éxito en tanto evitan una explicación del amor. (cfr. Allouch, 2009, p.15)

En relación con nuestra investigación, realizaremos una breve puntuación de dos definiciones lacanianas. La primera de ellas preexiste a los *eslógenes* más conocidos (vg. la recién mencionada “el amor es dar lo que no se tiene...” y también “el amor es un sentimiento cómico”), la segunda se formula veinte años después, momento en que la consideración de la relación entre registros, el goce y el inconciente admiten nuevas lecturas. Las presentaremos en su contexto a fin de comentarlas y extraer de ellas los elementos conceptuales mínimos que oficiarán de brújula en la lectura de los fracasos del amor en las psicosis.

Más allá del yo

En principio, situémonos en las afirmaciones del *Seminario 1. Los Escritos Técnicos de Freud* (1953-54). En la sucesión de estos desarrollos vemos que el enamoramiento es referido a la captura por una imago, y es esta experiencia la que Lacan comienza a matizar estructurándola por el significante, incorporando el registro del don. Siguiendo la lectura de Allouch, el amor empieza a “ser tironeado entre imaginario y simbólico” (2009, p.60).

En la clase del 30 de junio de 1954 Lacan propone un modo de leer las *pasiones del ser* -entre las que se cuenta el amor- como bordes, aristas entre los “registros del ser”. En el contexto del Seminario vemos que Lacan intenta localizar un error en la lectura de los psicoanalistas: el que escinde y contrapone lo afectivo a lo intelectual. En consecuencia, su abordaje de las pasiones lo lleva a ubicarlas en los puntos de unión en los registros de la experiencia humana. Así, el amor se ubica entre simbólico e imaginario, a diferencia del odio (entre real e imaginario) y la ignorancia (entre simbólico y real). La escritura de un prisma intenta mostrar esos bordes que no dan cuenta

de la realización del ser en tanto ésta se vincula con la “revelación de la palabra plena”⁶.

Los dos registros que estructuran al amor son planteados como dos dimensiones, que necesariamente se articulan: la captura imaginaria y el “don activo del amor”. Este último apunta al otro, a su ser, “más allá de lo que parece ser”. Existe una correlación también en el amado, de quien afirma que quiere ser amado por todo, no sólo por su yo. Apuntar al ser es, en este contexto, apuntar a su particularidad. Se acentúa así el más allá de la captura imaginaria, dependiente de la palabra “sin la palabra, en tanto ella afirma el ser, sólo hay Verliebtheit (enamoramiento), fascinación imaginaria, pero no amor. Hay amor padecido, pero no don activo del amor” (Lacan, 1953-54, p.403).

Afirmamos entonces que el amor no se agota en la imagen, se dirige hacia el ser del otro, lo cual depende de la estructura de la palabra. También lo hace el odio, cuya dimensión imaginaria se enmarca en una relación simbólica. Ambas pasiones así consideradas no se agotan en la desaparición del adversario o en el enaltecimiento del amado, por lo tanto “el odio, como el amor, es una carrera sin fin” (Lacan 1953-54, p.403). El amor, entonces, se dirige al ser del otro pero no lo alcanza (re encontramos esta idea en las líneas finales del seminario *Aún*).

La articulación entre registros, sin embargo, no es armónica. Antes de ubicar a las pasiones, Lacan refería que “el amor es un fenómeno que ocurre a nivel de lo imaginario, y que provoca una verdadera subducción⁷ de lo simbólico, algo así como una anulación, una perturbación de la función del ideal del yo.” (Lacan, 1953-54, p.215). Esta figura geológica, la subducción, refiere a un desequilibrio parcial por el encuentro de dos bordes. Ahora bien, no podemos soslayar un eco directo de esta afirmación respecto a las psicosis. Si en ellas consideramos que la perturbación simbólica es estructural ¿cómo podrían hacer frente a la perturbación contingente que provocaría el amor?

También Lacan hace uso del término *pacto*, dando como ejemplo la enunciación de la palabra plena: *Tú eres mi mujer*. Pero, aclara, su sola presencia no comporta el fenómeno amoroso ni absorbe las exigencias de los

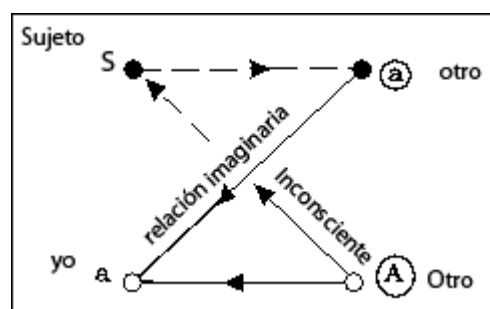
⁶ Esta consideración implica separar el registro del amor de aquel del deseo “pues su objetivo no es la satisfacción, sino ser” (Lacan, 1953-54, p.401)

⁷ Subducción es un término de la geología que refiere al deslizamiento del borde de una placa tectónica debajo del borde de otra (DRAE).

amantes. Si introduce el pacto amoroso como necesario en tanto simbólico que pacífica, que ordena, que ubica el más allá de la captura imaginaria ¿se convertiría en un ideal? ¿alcanzaría el lacanismo su propia propuesta de amor-como-debe-ser? Justamente, nuestra lectura procura alejarse de esta (quizás posible) interpretación, destacando que el amor se compone de aristas que unen y separan.

De estas elaboraciones destacaremos los siguientes rasgos del amor:

- ✓ implica una articulación entre simbólico e imaginario.
- ✓ es por esta articulación que se dirige al ser del otro, más allá de su yo.
- ✓ la dimensión de “más allá” sostiene a la imagen del objeto amado, en virtud de su carácter de don.
- ✓ existe una relación con el odio, cuyo punto de contacto es el registro imaginario. No son el reverso uno del otro, pero se vinculan también en cuanto se dirigen a un más allá del sujeto.
- ✓ el amor implica una articulación que puede representarse según el esquema Lambda, haciéndose necesaria -como en tal esquema- la dimensión, velada, del más allá del otro imaginario sosteniendo este eje. Tal articulación implica que ambos registros no se superponen, no se confunden.



La articulación del amor con los términos falta- don será un eje que se profundice en los seminarios de Lacan de años posteriores, alcanzando, de acuerdo al enfoque de Allouch, un contrapeso mayor la cara simbólica, más aún en los desarrollos de los años 1955- 1964⁸.

⁸ Tal sería el caso de la incorporación de referencias al amor cortés, asunto de deseo y sublimación más que de amor, según la lectura de Allouch.

De contingencia a ilusión de necesidad

Situándonos en 1972-73, volvemos a encontrar la dimensión del ser en referencia al amor. En el *Seminario 20. Aún* Lacan enuncia claramente que, a diferencia del goce, que implica la relación del sujeto con un cuerpo, el amor pone en juego el registro del ser. Distinción a la cual Lacan vuelve una y otra vez a lo largo de su curso ya que “el goce del Otro no es signo de amor” (vg. p.12, p.26, p.33, p.51, p.165). El amor cae bajo la órbita de la aspiración al Uno, lo que lo aparta de la diferencia radical que el sexo pone en juego.

A- sexuado, el amor sin embargo se articula con el traumatismo de lo sexual para el hablante. Y con la peculiar forma de tratar dicho traumatismo: “Todo amor encuentra su soporte en cierta relación entre dos saberes inconcientes” (Lacan, 1972-73, p.174).

Tomaremos en particular el modo en que esta proposición se articula a través de la aplicación lacaniana de la lógica modal.

... pues no hay allí más que encuentro, encuentro en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto, en cada quien marca la huella de su exilio, no como sujeto sino como hablante, de su exilio de la relación sexual ¿no quiere esto decir que sólo por el afecto que resulta de esta hiancia se encuentra algo, que puede variar infinitamente a nivel del saber, pero que, un instante, da la ilusión de que la relación sexual cesa de no escribirse?- ilusión de que algo no sólo se articula sino que se inscribe, se inscribe en el destino de cada uno, por lo cual, durante un tiempo, tiempo de suspensión, lo que sería la relación sexual encuentra en el ser que habla su huella y su vía de espejismo. El desplazamiento de la negación, del *cesa de no* escribirse al *no cesa de* escribirse, de contingencia a necesidad, éste es el punto de suspensión del que se ata todo amor. Todo amor, por no subsistir sino con el *cesa de no* escribirse (contingencia), tiende a desplazar la negación al *no cesa de* escribirse (necesidad), *no cesa*, *no cesará*. Tal el sustituto que- por vía de la existencia del inconciente, y no de la relación sexual, que son distintas- hace el destino y también el drama del amor. (Lacan, 1972-73, p.175)

Se trata de una extensa y rica referencia que condensa articulaciones muy precisas, de las cuales destacaremos que:

- ✓ el amor articula una temporalidad particular, haciendo de una contingencia la posibilidad de un tiempo otro, al que Lacan llama “de suspensión”.
- ✓ en esta puntuación se incorpora, a través del *no hay relación sexual*, la dimensión de lo imposible, uno de los nombres de lo real.
- ✓ amor es encuentro (en la pareja) de aquello que se sostiene más allá de la imagen: las marcas del ser hablante, exiliado -por su condición misma de *parlêtre*- de la relación sexual.
- ✓ la condición de posibilidad del encuentro es la marca de la no relación sexual para el sujeto.
- ✓ el efecto del encuentro es una ilusión de que el *no* se suspenda y esta suspensión adquiera un carácter necesario.
- ✓ la sustitución de contingencia por necesidad se produce en virtud del inconciente. Este, en tanto saber, es su soporte.
- ✓ es esta sustitución la que da un carácter dramático al amor, es necesaria ilusión de que no cese... pero en el punto de partida están los síntomas, está la falla del sujeto hablante, está el desencuentro. Hay la ilusión de una ausencia de límite... y un límite implícito en la experiencia misma, en virtud justamente del inconciente.

El límite, el borde del amor se encuentra en su génesis misma. En el decir de Lacan “el amor es impotente aunque sea recíproco, porque ignora que no es más que el deseo de ser Uno, lo cual nos conduce a la imposibilidad de establecer la relación *de ellos (d’eux)*”. (Lacan 1972-73, p.14). En esta frase ya encontramos la homofonía entre *deux* (dos) y *d’eux* (de ellos) de la cual saca provecho Lacan. La posibilidad del amor está también ligada a participar del engaño. Si está en juego el inconciente, también lo está el malentendido, de ahí el drama.

También debemos señalar que la relación entre amor y odio, esbozada en los planteos de la década de 1950, es retomada en el *Seminario Aún*: “El más grande amor acaba en el odio” (Lacan, 1972-73, p.176). En este contexto Lacan elabora el neologismo *odiamoramiento*, incorporando con carácter necesario el cambio de sentido del amor hacia el odio. Inclusive, señala, esta

conversión del amor al odio no es un descubrimiento del análisis sino parte del acervo popular. Retengamos para nuestro propósito que este término es incorporado para evitar el de ambivalencia y señala una torsión en lo amoroso a la que podríamos calificar de constitutiva. De esta manera, su posibilidad “articulada” puede ser representada en la Banda de Möebius, en función de la cual la torsión no implica el atravesamiento de un borde sino, como dijimos más arriba, un cambio de sentido.

Algunas precisiones

Hasta aquí hemos recortado, aislado, circunscripto dos definiciones del amor en Lacan de las que nos serviremos en el recorrido de nuestra investigación. Ahora bien, tal como venimos proponiendo desde nuestra posición de lectura - de acuerdo a la cual los conceptos adquieren su significación en relación con los términos con los que se articula-, será necesario situar también la significación con que abordamos algunos de los significantes implicados en las definiciones.

I. El amor se vincula con el ser, por lo tanto, no podemos dejar de mencionar siquiera el siguiente problema ¿qué se entiende por *ser* en psicoanálisis? Como es notorio apenas lo formulamos, el abordaje mismo del problema excede ampliamente los límites de esta investigación, pero sí podemos situar algunas delimitaciones. En principio, el psicoanálisis no es una ontología; no podemos considerar que se proponga en un marco de esa índole delimitar la pregunta por el ser; pero a la vez podríamos afirmar que se ubica fuera de los márgenes de la denominada “metafísica de la subjetividad”⁹ al proponer un abordaje del sujeto no sustancialista, bajo la figura del *parlêtre*. Evanesciente, puntual, exiliado y a la vez constituido en relación a un goce perdido. Incluso en

⁹ Nos referimos al conocido planteo de M. Heidegger acerca del estado de la filosofía moderna. Esta ha olvidado la pregunta por el ser, encubriendo el carácter factual de la existencia con las categorías de hombre, yo, conciencia, sujeto. Las mismas conllevan pre-comprendida la noción de *subjectum*: lo que subyace, lo que permanece (cfr. Heidegger, 1927). La modernidad es el suelo mismo de surgimiento de la psicología y el sujeto cartesiano es justamente condición de posibilidad del psicoanálisis en tanto se ubica en posición de subversión del mismo.

Lacan toda definición del ser nos confronta con la falta-en-ser propia del hablante. Convergamos entonces que ser es homologable a *falta en ser*. El hablante está afectado por su carencia de ser, y, si en los primeros años de su enseñanza Lacan suponía un acceso al ser por la palabra, en 1972-73 el ser se escamotea y su hiancia es irreductible. Ahora bien, la respuesta fantasmática puede otorgar consistencia al ser en tanto objeto. El yo es una máscara necesaria tanto como engañosa respecto del ser. Además, no hay formalización de la afirmación del ser: la duda cartesiana en el camino a la obtención de la certeza es descompuesta por Lacan en “no pienso... o no soy” El ser se inscribe bajo el signo de su negatividad.

II. El amor se articula con la proposición *no hay relación sexual*, la cual se encuentra vinculada con otras afirmaciones cruciales de los desarrollos lacanianos. Adquiere una relevancia cada vez mayor en los mismos, por cuanto el agujero constitutivo, la radical pérdida de goce marcada por la inmixión del lenguaje en el hablante son presupuestos de esta proposición y son determinaciones que Lacan no abandona en el desarrollo de su obra.

En principio, digamos que *no hay relación sexual* es solidaria de que no hay Otro del Otro y da cuenta de que “no existe la posibilidad de escribir la relación de un sexo con otro como una relación entre dos significantes opuestos y complementarios” (Gerber, 1989, 3). Su definición como *imposible* alude a que no es posible su escritura lógica en tanto el significante de La mujer no existe. Pero recordemos que el modo lógico de lo *imposible* no refiere a su nadificación, antes bien es una modalidad que opera con la insistencia de lo real, la imposibilidad de su escritura no elimina su insistencia: lo imposible *no cesa de no inscribirse*. Como dijimos antes, la hiancia que abre la no relación sexual para el viviente es efecto de su ser mortificado por el lenguaje. *No hay relación sexual* también se vincula con la castración, que es del Otro, cuya falta de goce es simbolizada por el falo. En palabras de Lacan “no hay relación sexual porque el goce del Otro considerado como cuerpo es siempre inadecuado” (Lacan, 1972-73, 174).

La incidencia del lenguaje en el viviente, su carácter traumático, su radical desacoplamiento del saber de la especie, se articulan a su vez con el

planteo de *lalengua* que Lacan incorpora distinguiéndolo del lenguaje estructurado en la cadena significante.

III. Por otra parte, la relación entre amor e inconciente es planteada en la definición de 1972-73. Y es en este contexto en el que podemos ver que tiene consecuencias en el concepto de inconciente la introducción de *lalengua*. En el *Seminario 20* presenta su articulación de la siguiente manera:

El inconciente es testimonio de un saber en tanto que en gran parte escapa al ser que habla. Este ser permite dar cuenta de hasta dónde llegan los efectos de *lalengua* por el hecho de que presenta toda suerte de afectos que permanecen enigmáticos (...) El lenguaje sin duda está hecho de *lalengua*. Es una elucubración de saber sobre *lalengua*. Pero el inconciente es un saber, una habilidad, un *savoir-faire* con *lalengua*. (Lacan, 1972-73, p.167).

La marca del lenguaje en el viviente pasa a ser considerada según la figura del enjambre, ya no la cadena significante sino los S1 solos, sin articulación. Ésta requiere un trabajo, trabajo del inconciente, de sustitución y desplazamientos, de orden en su peculiar lógica. El inconciente implica este modo de elaborar el traumatismo que no cesa de escribirse: *no hay relación sexual*.

Respecto a nuestro campo de investigación, necesitamos explicitar también la relación entre psicosis e inconciente con la cual trabajamos. Partimos del supuesto (lacaniano) de que el psicótico es un ser hablante, habitado por el traumatismo del lenguaje (por *lalengua*). Es sujeto en tanto “efecto concreto y singular de la forma en que un cuerpo ha sido afectado por el lenguaje y por el deseo del Otro” (López, 2004b, p.18). Su ausencia de morada es la del inconciente, del cual se encuentra desabonado en tanto discurso, o respecto del cual está en una posición de rechazo. Las consecuencias sintomáticas se vinculan con la ausencia de la dimensión del Otro velado (la cadena inconciente reprimida) y la ausencia de la simbolización del deseo del Otro. Estas consideraciones serán desarrolladas con más detalle en los capítulos de nuestro trabajo.

IV. ¿Qué entendemos por pareja, dado que afirmamos este rasgo como parte de una definición del amor? En principio, la idea de que el amor implica la pretensión de hacer de dos, Uno. Recordemos que Lacan juega con la homofonía entre *deux* (dos) y *d'eux* (de ellos). O sea, el amor supone, aspira a la unión de dos, supone un *ellos* cuyo estatuto puede ir desde una persona, hasta una fantasía, inclusive un ideal¹⁰. Como muestra el poeta "... y entonces Belano recuerda un poema de Gregory Corso, en donde el desdichado poeta norteamericano hablaba de su único amor, una egipcia muerta hace dos mil quinientos años..." (Bolaño, 2001, p.205) En los términos de nuestra investigación elegimos postular al amor teniendo en cuenta también su carácter de demanda (el amor pide amor, lo pide sin cesar, lo pide aún diríamos parafraseando a Lacan), que lo coloca necesariamente abierto en dirección a otro.

Las relaciones entre los partenaires amorosos, como es de suponer en psicoanálisis, están mediadas, programadas, en alguna medida determinadas por el inconciente. "¿Con qué condición la imagen de un semejante sexuado puede ser investida por el deseo inconciente?" se pregunta C. Soler (2009, p.149). El partenaire, dice, es investido como objeto del fantasma y/o como síntoma, considerando que ambas formulaciones no se contradicen. Del análisis de ambas proposiciones se concluye que la relación con el partenaire siempre es mediada y que en esta mediación intervienen elementos determinados por el inconciente. "Por eso es más bien *auto* que *homo* o *hétero*; *auto* en el sentido en que después de todo el sujeto copula con su inconciente" (Soler, 2009, p.157). Veremos en el desarrollo de nuestro trabajo qué declinaciones asume esta proposición en el caso de las psicosis.

¹⁰ O la divinidad, como nos lo mostrará el examen del amor en la mística.

Una articulación posible

Nos vimos llevados a realizar un amplio rodeo por los planteos de Lacan de dos momentos diferentes de su obra, con el fin de extraer indicios que nos permitan situar una definición de amor susceptible de dialogar con nuestro tema.

Recapitulando las puntuaciones realizadas, el amor será considerado en este trabajo como un fenómeno que articula una tensión entre los registros simbólico e imaginario, dirigiéndose al ser más allá de la imagen; fenómeno que implica una dimensión ilusoria; posibilitado por la huella en el sujeto de que es *parlêtre*; se particulariza por que a partir de un encuentro (efecto de la contingencia) instala un sentido de necesidad, que sustituye el sin sentido de la ausencia de complementariedad. Conlleva la marca de lo azaroso y su drama implica su posibilidad de desfallecimiento. Es un fenómeno que encuentra puntos de contacto con el odio.

Estos aspectos admiten su aplicación al campo de las psicosis por cuanto no resaltan sólo o exclusivamente el aspecto simbólico del amor, en tanto articulado con la falta -lo cual allanaría la aplicación sin más, ya que la psicosis no cuenta con la inscripción vitalizante de la falta simbólica. Las relaciones entre los registros simbólico e imaginario pueden efectivizarse de un modo diferente en las psicosis y en las neurosis (en el primer caso veremos que Lacan introduce el término de “recubrimiento”). La ilusión misma del carácter necesario del amor será interrogada en su delimitación con la certeza delirante; la cual pone en tensión también la posibilidad de azar y desfallecimiento (en términos de Seminario 3, la dialéctica de la experiencia humana¹¹). La pareja fundada en el encuentro de los síntomas ¿será objetada por la particular constitución sintomática de las psicosis? El viraje, contacto, comunicación del amor y el odio formulado para las neurosis puede ser también un operador de lectura para las figuras positivas del amor en las psicosis.

¹¹ “Se olvida que lo propio del comportamiento humano es el discurrir dialéctico de las acciones, los deseos y los valores (...) la posibilidad del cuestionamiento a cada instante del deseo, de los vínculos, incluso de la significación más perseverante de una actividad humana...” (Lacan, 1955-56, p. 38-39)

CAPÍTULO 3

LA EROTOMANÍA COMO CONFIGURACIÓN.
ENTRE AMOR Y GOCE

Tal como afirmamos desde nuestro planteo del problema, una clásica referencia a la cuestión amorosa en las psicosis nos introduce en la erotomanía. Concepto de raigambre psiquiátrica, su caracterización semiológica se extiende entre la de un Síndrome -que tendría una forma pura- y la de un mero contenido delirante. El psicoanálisis se apropiará de este término y podremos localizar un uso propiamente analítico del mismo, en función del cual precisaremos el papel que juega el amor.

Breve recorrido por la erotomanía

∞ De Clérambault, maestro en psiquiatría

Delimitando a la erotomanía en cuanto síndrome, el autor destacado es el llamado por Lacan “su único maestro en psiquiatría”. En la década de 1920 G. G. de Clérambault ubicó este cuadro con las psicosis pasionales junto a los delirios de reivindicación, cuya expansión característica es *en sector*. Destacó su origen en un Postulado generador “de los razonamientos, de las quimeras, de los actos que de ellos derivan, y de la evolución ulterior” (de Clérambault, 1942, p.38). En el caso del Síndrome Erotomaniaco lo enuncia de la siguiente manera: “es el Objeto¹² quien ha comenzado y que ama o el único que ama” (de Clérambault, 1942, p.42). Este postulado se encuentra fundado en el “orgullo sexual” y a partir de aquí el psiquiatra francés discutía a sus colegas por el acento puesto en el platonismo de la relación erotómana, a la que no consideró en modo alguno esencial: “... aunque no lo parezca, el Amor no es la fuente principal sino tan solo una fuente accesoria del Delirio Erotomaniaco; la fuente principal de éste, es el orgullo; Orgullo Sexual, por cierto, pero ante todo, Orgullo” (de Clérambault, 1942, p.38). Con *orgullo* parece referirse a una

¹² La mayúscula es del original, su abundancia ha sido señalada como una nota característica de la escritura de de Clérambault.

posición megalómana que no llega a ser “global o absurda” (de Clérambault, 1942, p.42).

En el texto podemos ver que su rechazo del platonismo – el que era considerado central en los autores de la época de Clérambault - no se funda en un desconocimiento de la participación del fenómeno (incluso las pacientes presentadas en sus conferencias enuncian delirios platónicos). Antes bien considera que el elemento de platonismo es inconstante, inestable, incluso accesorio y no responde a los requisitos metodológicos para delimitar una entidad clínica: ser determinante de otros síntomas, contribuir a su asociación, dirigir la evolución del delirio. Estas características sí son encontradas en el Postulado “el elemento que reúne a todos los otros, los vivifica y, bien mirado, los engendra” (de Clérambault, 1942, p.37). Retengamos sin embargo, el carácter accesorio que el amor tiene en el delirio.

El mismo síndrome reconoce una evolución en estadios: esperanza, despecho, rencor. Pero el amor siempre puede volver si se dan las condiciones. Y su diferencia crucial con un “pasional normal y desgraciado” reside en la ausencia del Postulado del que parten las deducciones. El pasional normal podrá esforzarse en hacerse amar... justamente el punto de partida que no está en discusión para el delirante, gracias al postulado que sostiene su relación con el Objeto.

La referencia clásica a de Clérambault será retomada por Lacan, llevando la marca de sus vaivenes con el maestro. Señalaremos las marcas de esta apropiación en la construcción psicoanalítica del concepto.

Usos del concepto de erotomanía en psicoanálisis

☞ Lacan y los ecos de Aimée

Antes de adentrarnos en las elaboraciones específicamente lacanianas, es necesario que demos cuenta de cómo Freud supo hacer también uso del término *erotomanía* en su sentido más descriptivo e incluso dando cuenta de lo que consideraremos como uno de los rasgos del concepto: su deslizamiento

hacia un fenómeno de goce, tal como se verifica en las relaciones de Schreber con Flechsig y con Dios.

Como señalamos en el estado de la cuestión, Freud incorpora al delirio erotómano como una de las modificaciones de la frase gramatical que enuncia la “pulsión homosexual”. El Postulado -que en de Clérambault aparece como generador- ya no se encuentra en el origen, sino que es efecto de un complejo proceso. En el delirio de persecución, la afirmación “yo lo odio” no se formula concientemente, apareciendo así solo el odio del otro como retorno. Esto se diferencia de la formación de la erotomanía, en la cual la contradicción a través de afirmar “yo la amo” puede ser conciente. Así, incluso el retorno “porque ella me ama”, sería un movimiento que podría faltar. Esta es una de las observaciones que realiza Lacan en 1932, en sus primeros contactos con el psicoanálisis en la redacción de la Tesis “De la psicosis paranoica y sus relaciones con la personalidad”.

En los escritos del joven Lacan encontramos un abordaje psiquiátrico de la clínica de las psicosis: un estudio metódico del estado de la cuestión de la “paranoia” en su tiempo, y el abordaje del caso paradigmático que le permitiría dar cuenta de sus hipótesis acerca de la peculiaridad de una paranoia pariente del delirio de reivindicación, en tanto encuentra su génesis en la “tendencia concreta” de la pulsión autopunitiva.

La Tesis doctoral aborda la clínica de Aimée desde esta perspectiva psiquiátrica, tal que le permitirá a Lacan dar cuenta de una observación realizada en forma casi diaria durante un año y medio sin detenerse en cuestiones propias de la clínica psicoanalítica. Su referencia, al describir el caso, a las “relaciones con el médico” es una oración de la que no se extraen consecuencias en términos de transferencia: “sus relaciones con el médico no están exentas de un eretismo¹³ imaginativo vagamente erotomaniaco” (Lacan, 1932, p.143). El rasgo del “ser amada”, será al que Lacan volverá en años posteriores, en mayor medida que a la cuestión de la semiología o la estructura de la paranoia de Aimée. Aún en 1976 Lacan se detiene en el nombre que otorgó a su paciente, señalando que “ella tenía necesidad de serlo (amada). Tanta necesidad tenía que lo creía...”

¹³ Eretismo, según el DRAE, es un término de la medicina que alude a la actividad muy intensa y limitada en el tiempo, de un organismo o parte de él. Su origen griego remite a “excitación”.

Del conjunto de la tesis doctoral, y a los fines de nuestro trabajo, destacaremos que según Lacan la erotomanía en Aimée es uno de los temas delirantes, subsidiario en una primera instancia de los temas de grandeza (junto a las ensoñaciones y a los idealismos altruistas). Su forma consumada y susceptible del diagnóstico, tal como fue aislado por los clásicos, es la que asume con el Príncipe de Gales. La elección del personaje habría estado teñida por la “necesidad de benevolencia” de un protector poderoso al avanzar las persecuciones delirantes. El príncipe llega a convertirse en “el último recurso” ante la inminencia del pasaje al acto. Sin embargo, este tema delirante adquiere para Lacan los rasgos propios del síndrome, en el que acentúa más el platonismo (rechazado por de Clérambault) y discute el origen en el “orgullo sexual”.

En la reconstrucción de la historia de Aimée, Lacan se detiene en el dato de su primer amor, un seductor con quien no habría tenido más que pocos encuentros luego de los cuales quedó prendada, hasta que súbitamente el amor se transformó en desprecio. La significación de este episodio será elucidada por Lacan al abordar desde una perspectiva freudiana las transformaciones de la lógica delirante. En primer lugar, señala que “la proyección secundaria, por la cual la iniciativa amorosa viene del objeto, implica la intervención de un mecanismo delirante propio, que Freud deja en la oscuridad” (Lacan, 1932, p.237).

La calificación de erotomanía extiende su alcance, ya que al abordar la génesis de las perseguidoras en el delirio de Aimée encuentra una estructura de sustituciones que le permiten afirmar que se trata de “una auténtica erotomanía homosexual” (Lacan, 1932, p.238). Nos resulta curiosa esta especificación que redobla la lectura freudiana de la “pulsión homosexual” en la génesis de la psicosis y que encuentra en el tema persecutorio su profunda determinación amorosa. Aquí señalaba Lacan “Estos personajes, según hemos visto, simbolizan además el *ideal del yo* de Aimée” (Lacan, 1932, p.238). Distingue, entonces, esta última posición del tema “francamente erotomaniaco” (cuyo objeto era el Príncipe de Gales): con características de puro platonismo, formado tardíamente y que se esclarece en cuanto a su sentido al compararlo con aquel “primer amor”, el que fue oportuno para evitar las relaciones heterosexuales a las que era poco afín. De esta manera, la situación superior

del objeto queda explicada por ser “la expresión del deseo inconciente de la no realización del acto sexual y de la satisfacción que se encuentra en un platonismo radical” (Lacan, 1932, p.239). Aquí no solo discute el “orgullo sexual” como fundamento del despliegue erotomaniaco, sino que señala el punto en que el platonismo es recurso del sujeto, transaccional, para evitar el acto sexual. Queda indicado en el texto que la erotomanía puede funcionar como un recurso defensivo respecto del acto sexual- si bien, en este momento de la elaboración conceptual, Lacan solo brinda por explicación una falta de afinidad. Veremos a lo largo de nuestro trabajo si este alejamiento de las relaciones sexuales se particulariza por una dificultad en cuanto a la inscripción fálica.

∞ Schreber y Dios, relaciones peligrosas

Años después, ya en el marco de su enseñanza analítica, Lacan se abocará a la lectura de las Memorias de Schreber. En el *Seminario 3. Las psicosis* (1955-56), se refiere a la relación de Schreber con ese Dios absoluto en términos de erotomanía divina. Las relaciones aquí distan mucho de ser platónicas: Schreber está tomado por toda clase de fenómenos de goce en el cuerpo, de intrusiones de nervios divinos y de sensaciones de voluptuosidad. Esta fenomenología parece carecer de resortes amorosos más que en un aspecto ligado al significante: las intenciones de Dios no son claras, pero puede “dejarlo plantado” (*lieger lassen*) y ese retiro de la presencia divina acarrea un estallido de fenómenos internos “de desgarramiento, de dolor, diversamente intolerables” (Lacan, 1955-56, p.183). El asunto de las relaciones de Schreber con Dios será comentado más en detalle cuando nos refiramos al amor extático y las peculiaridades de la relación con el Otro.

El uso del término erotomanía es retomado por Lacan en 1966, con una nueva adjetivación: erotomanía mortificante. En la “Presentación de la traducción francesa de las *Memorias del Presidente Schreber*” Lacan lo aplica a la relación de Schreber con Flechsig, cuyo efecto nocivo ya había señalado

en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1959):

Porque el así llamado clínico debe acomodarse a una concepción del sujeto, de la cual se desprenda que como sujeto no es ajeno al vínculo que para Schreber, con el nombre de Flechsig, lo coloca en posición de objeto de cierta erotomanía mortificante y que el lugar que ocupa en la fotografía sensacional con que se abre el libro de Ida Macalpine, o sea, ante la imagen mural gigantesca de un cerebro, tiene un sentido en todo el asunto (Lacan, 1966, p.32-33).

La apropiación analítica del concepto de erotomanía nos muestra uno de los atolladeros del amor para la psicosis, ese borde en el cual el amor se platoniza o bien se gocifica. Apreciamos también, como se esbozaba ya en el caso de Aimée, que se desliza del contenido o tema delirante para dar cuenta de una posición del sujeto respecto del Otro.

Lacan señala en diferentes lugares los riesgos del análisis para el sujeto, indica el drama schreberiano en su relación con Dios y elabora un sintagma que da cuenta de una peculiaridad transferencial: la erotomanía de transferencia. La aparición de este tipo de fenómenos no se circunscribe a Schreber, sino que parece dar cuenta de un dato de estructura. En la relación con el Otro el sujeto se expone a un fenómeno de suposición de goce, y esto implica un riesgo para el analista si se aviene a ocupar el lugar del Otro: convertirse en ese Otro que toma la iniciativa para el sujeto y ante el cual éste no encuentra reconocimiento.

La perspectiva lacaniana respecto de la erotomanía la ubica definitivamente lejos de las preocupaciones por el contenido delirante. Si es una posición del sujeto respecto del Otro, es una posibilidad abierta para las psicosis en tanto afectadas por la ausencia de regulación a través de la referencia metafórica del padre. A su vez, la erotomanía no se confunde con el amor, al cual encontramos ya desde los trabajos sobre Aimée, ligado al platonismo y en una función que podemos considerar “defensiva”. Incluso cierto carácter de “demanda amorosa” se desliza en la denominación misma de Aimée. Este rasgo que nos incomoda teóricamente si consideramos que

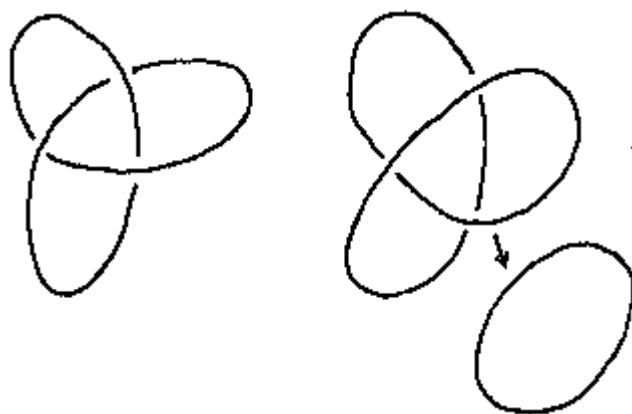
psicosis y demanda se presentarían como incompatibles, es uno de los elementos más productivos para sostener la pregunta acerca del amor cuando se reduce a la circulación de la demanda sin posibilidad de apertura a un espacio de deseo.

Erotomanía y mentalidad

¿Qué ecos encontramos en la producción contemporánea alrededor de estos conceptos? ¿Qué usos han hecho los analistas de estas articulaciones? Comentamos en el estado de la cuestión las descripciones clínicas de los delirios de tipo erotómano, cuya elucidación teórica se orienta por la posición del sujeto respecto del Otro sin ley que lo ubica como objeto de goce, aunque este se enuncie en términos amorosos. Destacaremos ahora en nuestro recorrido la peculiar lectura que formula Daniel Paola (1997), en base a la cual el autor propone líneas para la clínica de las psicosis.

Su argumentación, planteada con detalle en el libro “Erotomanía, paranoia y celos” (1997), hilvana las transformaciones gramaticales -que Freud ubica en la estructura de los delirios- con la topología de nudos. En particular, se sirve de la postulación lacaniana del nudo de trébol (como nudo de la paranoia) y del concepto de mentalidad.

Respecto al nudo de trébol, el autor hace suyos los planteos de Lacan que lo ubican como nudo de la paranoia. Esta figura topológica tiene la peculiaridad de ser justamente una única cuerda torsionada con puntos de cruce que dan forma a las “hojas” del trébol. Es el nudo más sencillo, de un solo eslabón con tres puntos de cruce. En el Seminario 23, Lacan utiliza esta figura para dar cuenta de la continuidad entre los registros “... lo imaginario, lo simbólico y lo real son una sola y misma consistencia, y en esto consiste la psicosis paranoica” (Lacan, 1975-76, p.53). El nudo puede estar afectado por un “error” en uno de los puntos de cruce, llamado *lapsus* de anudamiento. Error que podría desencadenarse con lo cual los puntos en tensión (las “hojas” del trébol) se desdibujan en un círculo (un nudo trivial), tal como lo indican las reglas topológicas.



Por su parte, la mentalidad es considerada como el efecto de un imaginario anudado, sea este anudamiento borromeo, de trébol o *sinthomático* (al modo de Joyce). En este sentido, la mentalidad nos compete a los hablantes en tanto contamos con una superficie que nos permite la representación. Así lo mental es lo que puede desarmarse ante la confrontación con el des- anudamiento.

La senti- mentalidad sería correlativa de un anudamiento borromeico; por cierto, implica el establecimiento del *odioamoramiento*, condensación neológica propuesta por Lacan, como “acotamiento lógico que lleva a la sexuación y al deseo” (Paola, 1997, p.41). Pero cabe considerar que otros tipos de anudamiento determinarían otras mentalidades y por consiguiente otras presentaciones del odio y el amor en la clínica; si bien separados o no articulados en la unión “möebiana” que podemos leer en el neologismo lacaniano.

A partir de estos conceptos y situándose específicamente en la paranoia (homóloga estructuralmente con la erotomanía) el autor despliega su hipótesis: ubica las frases gramaticales postuladas por Freud (*yo lo amo- yo lo odio- él/ella me ama*) en los puntos de cruce del nudo de trébol, como puntos de los que se sostiene la propiedad de *lo mental*.

Pero allí donde no hay circulación entre las tres proposiciones –también llamadas posiciones o fases-, el sujeto se queda detenido en la certeza propia de erotomanía o paranoia, y el odio o el amor alcanzan máxima efervescencia. La entrada en la locura o, dicho de otro modo, la desestabilización por el no funcionamiento de la mentalidad, lleva al odio y al amor a ser vivenciados “con una potencia indescifrable”. El contrapunto de esta “plenitud” es el vacío

sentimental que puede ejemplificarse con la posición de Lol V. Stein. Recordemos muy sucintamente¹⁴ que en su comentario acerca del bello libro de Marguerite Duras, Lacan evoca la vacuidad sentimental del personaje allí donde la crisis debería producirle una reacción; y la función de sostén de la mirada en una clave que no es histérica (Lol dirigiéndose a la Otra mujer que sostiene la pregunta por la feminidad). “No es Lol quien mira, aunque más no fuese por el solo hecho de que no ve nada. Ella no es el voyeur, lo que sucede la realiza” (Lacan, 1985, p. 69).

Este es un aspecto de los argumentos que despliega Paola: el trabajo con las psicosis en términos de equilibrio de una mentalidad. Otro costado que él resalta, articula las peculiaridades del amor con la mentalidad erotómano-paranoica. Éstas declinan en un aspecto defensivo (mentalidad como pantalla de goce) y en un aspecto desencadenante o enloquecedor.

Por una parte, Paola hace especial uso del neologismo *odioamoramiento*, al cual encuentra solidario del anudamiento borromeico. Para la mentalidad neurótica- borromeica, amor y odio se encuentran ligados constitutivamente. La constitución narcisista requiere de un pasaje del amor (fijación de la tendencia homosexual) al odio, que puede sublimarse en la línea de los fundamentos de la socialidad y la camaradería. “Ni en la paranoia, ni en la erotomanía se cumple este proceso sublimatorio descrito por Freud y aquello que transcurre del amor al odio ofrece una fractura” (Paola, 1997, p.51). Aquí, entendemos, se encuentra el elemento nuclear de la propuesta de Paola: en paranoia- erotomanía no se cuenta con la posibilidad de que el amor vire al odio, modo en que ambas pasiones se encontrarían articuladas. Ya no condensación, tampoco ligazón, sino *fractura* entre amor y odio en la paranoia, presentándose cada sentimiento con una potencia que pareciera extenderse al infinito.

Odiamoramiento implica, además de la ligazón entre los sentimientos, un cambio de sentido. Se incluye aquí otra consideración topológica y es que las cuerdas que conforman la cadena borromea pueden girar en torno a sus

¹⁴ Señalamos aquí solo uno de los aspectos recortados en referencia a la psicosis. No podemos más que sugerir la lectura del texto completo del “Homenaje a M. Duras del rapto de Lol V. Stein”.

agujeros, en una u otra dirección. En cambio, el nudo de trébol, una cuerda ajustada en torno a sí misma, solo cuenta con una posibilidad de circulación del sentido (en virtud de la rigidez de su estructura que le es propia). En consecuencia, la estructura paranoica no soporta que el amor gire en sentido al odio o que encuentre un punto de sin-sentido.

Pero, justamente, esta es una particularidad del amor que señala D. Paola, y que nosotros recortamos en la definición de amor. Está sujeto a las contingencias aunque funcione velando el azar a través de la ilusión de necesidad. El encuentro con lo amoroso entonces puede determinar para el psicótico un “error de nudo” al advenir el sinsentido, que no se puede reconocer como tal.

Siguiendo este argumento, el autor plantea una suposición: para el paranoico no habría dificultades... si una demanda de amor pudiera obtenerse de forma ilimitada, merced a la compañía de un partenaire. Pero si allí aparece una fractura -que en una mentalidad borromeica provocaría una torsión hacia el deseo vía el odio-, para el paranoico se manifiesta lo imposible de reconocer no tanto como sentimiento sino como fractura.

La hipótesis del psicoanalista argentino, con consecuencias clínicas, nos permite vislumbrar una articulación de lo amoroso en la psicosis en términos que pueden ser sostenidos a condición de equilibrio de la mentalidad, que será pantalla suplente de la consistencia siempre a punto de fallar¹⁵. La caída de los otros dos puntos de la serie (cuando lo que se escucha es una circulación en la certeza “me odia” o bien “me ama”) deja al sujeto preso del goce del Otro de algún partenaire. Las condiciones del desencadenamiento admiten otra formulación: “en el punto donde la demanda no puede torsionarse hacia el deseo” (Paola, 1997, p.27).

El autor se ocupa también de caracterizar la forma que asume un amor al que podríamos calificar de “hipertrofiado”. Lo hace en referencia a la articulación entre amor e inconciente que comentamos en nuestro marco conceptual. En términos de D. Paola, el don de amor implica una falla, la falla del inconciente. Pero articula esta posibilidad con la función nombrante, ligada

¹⁵ Debido a las características propias del nudo de trébol, cuya continuidad lo priva de las posibilidades de tolerar el sinsentido, éstas si habilitadas para la mentalidad borromea.

al decir paterno y a la posibilidad de transmisión. Dar un nombre implicaría la transmisión del don de amor; pero quien no ha recibido el amor como don puede que lo invente, que cree un amor excepcional... Y retorne desde lo real ese amor que no recibió como don. Esta tesis que Paola vincula con Aimée es interesante ya que señala la disyunción, la profunda desarticulación entre un Amor que “mueve montañas” y el abandono de su objeto de amor (el hijo).

Amor delirante, entre platonismo y goce

Como decíamos al inicio del capítulo, nos interesa particularmente la apropiación psicoanalítica del término erotomanía y sus relaciones con el amor. Ya de Clérambault había señalado que el amor no es lo esencial en el cuadro y Freud abrió la puerta a considerarla cómo una posición defensiva del sujeto.

Ambas cuestiones son recuperadas por Lacan, quien entrevió en su tesis sobre Aimée la vertiente platónica- defensiva; pero señaló también el entramado erótico con las perseguidoras, freudiano por excelencia. La enunciación del Postulado es releída por Lacan como una posición del sujeto en la cual es objeto del goce en el lugar del Otro: posición mortífera y un riesgo abierto en las psicosis.

El amor es, siguiendo esta perspectiva, un aspecto de la erotomanía que brilla más en cuanto adquiere la dimensión platónica. Así es un recurso del sujeto que lo mantiene alejado... del encuentro (sexual). La puntuación que realiza D. Paola nos permite profundizar estas relaciones, ya que ubica la dificultad paranoica para vérselas no sólo con el goce sino con otro aspecto crucial de lo amoroso, a saber, el cambio de sentido, el borde donde se conjuga con el odio o donde admite el azar. Ante esta vicisitud el amor quiebra, falla, fracasa.

En el caso del Objeto idealizado, veremos más adelante que podría coincidir con la postulación del *Seminario 3* de un amor que se detiene en la envoltura de una palabra. La erotomanía, además, pone en relación al sujeto con el Otro pero ¿qué ocurre cuando se establecen relaciones amorosas?

¿qué lugar ocupa el partenaire sino es el del Otro del delirio? Rodear estas cuestiones nos llevará a un nuevo capítulo.

CAPÍTULO 4

LA RELACIÓN CON EL PARTENAIRE COMO OTRO IMAGINARIO:
POSIBILIDADES Y CONDICIONES

El recorrido por la erotomanía nos ha mostrado qué resulta para el psicótico de una relación con el semejante si este es ubicado en el lugar del Otro. Sin embargo, existen casos (y es la apuesta misma de la clínica con las psicosis) en que no toda relación con el otro imaginario se transforma en una relación con el Otro, recubriéndola.

Cuando construimos la definición de amor, localizamos que ésta implica el reinado del Uno pero a su vez comporta una dirección al partenaire. Dirigiéndonos al otro del amor volvemos a encontrar el Uno del que partimos, pero ese trayecto implica una ilusión, una promesa. Acordamos también en considerar al amor y su partenaire, que puede ser desde un objeto amoroso, una fantasía hasta Dios... y que el carácter fantasmático del partenaire no es privativo de las psicosis.

Si todo amor encuentra su soporte en cierta relación de dos saberes inconcientes ¿qué pasa con el partenaire cuando el sujeto no cuenta con esa dimensión de cadena inconciente en la estructura, de simbolización del deseo del Otro (según Soler) o está desabonado del inconciente (como se diría de Joyce)?

A continuación tomaremos esta cuestión con el fin de precisar si existen particularidades de la relación con un partenaire amoroso en las psicosis. Y, más aún, si es posible la relación con un partenaire amoroso para el psicótico.

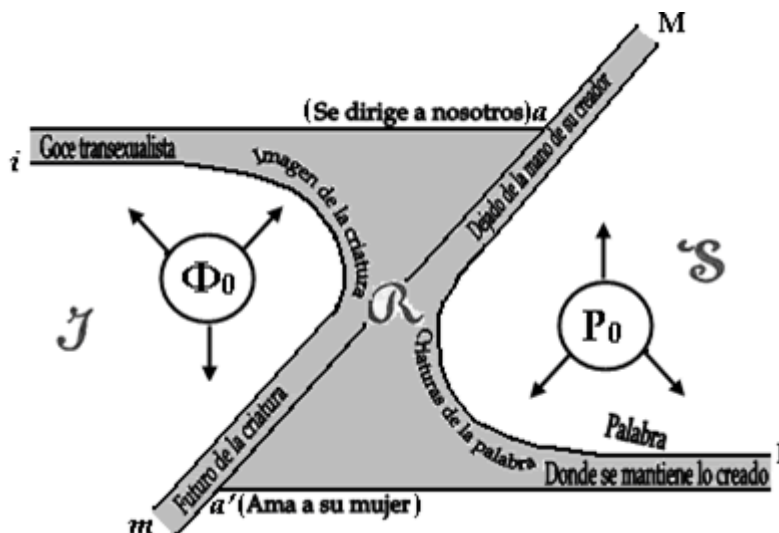
La *philia*

En principio la referencia que tomaremos se sitúa en la lectura que Lacan formula del estado terminal de la psicosis, tal como lo representa en el

esquema I¹⁶, en el que pone en claro que responde a líneas de eficiencia y no al caos posterior a un sismo. Recorre así los efectos de disolución imaginaria y la restauración del campo de la realidad y distingue la cuestión de “lo que somos para el sujeto” a la par de “lo que permanece de su relación con su mujer (...) hacia quien nos afirma, compitiendo con su confesión más decisiva de su vocación delirante, ‘haber conservado el antiguo amor’” (Lacan 1958, p. 555). Y continúa

El mantenimiento en el esquema I del trayecto Saa'A simboliza en él la opinión, que hemos sacado del examen de este caso, de que la relación con el otro en cuanto con su semejante, e incluso una relación tan elevada como la de la amistad en el sentido en que Aristóteles hace de ella la esencia del lazo conyugal, son perfectamente compatibles con la relación salida de su eje con el gran Otro, y todo lo que implica de anomalía radical, calificada, impropriamente pero no sin algún alcance de enfoque, en la vieja clínica, de delirio parcial (Lacan, 1958, p. 555).

La tesis respecto del trastorno en lo imaginario efecto del desencadenamiento significante es clara y reiterada, consecuente con la concepción del Otro que pacifica, ordena, legaliza las relaciones imaginarias. Siendo de éste modo ¿cómo se conserva la relación con el otro en tanto semejante luego de la disolución imaginaria de la que testimonia Schreber? ¿Esta conservación tiene relación con el carácter amoroso/ filial que le adjudica aquí Lacan?



Señalemos por un lado que la llamada “conservación” se constata clínicamente pero con un carácter en ningún modo universal. Le hacen objeción las solteras erotómanas o bien paranoides descritas por De Clérambault; podemos sumarle la pregnancia de la significación personal en sus relaciones justamente en los “delirantes sensitivos”, sin olvidar la desafectivización apática de aquellos para quienes todo lo simbólico es real.

Hecha esta salvedad, nos orientaremos hacia las particularidades de sujetos en quienes se constata esta posibilidad de lazo *philia*. Pero ¿qué quiere decir este concepto al que Lacan vincula con el matrimonio?

Amistad se dice en griego *philia*, palabra de la misma raíz que el verbo *phileîn*, que significa “querer”. El lector de los textos aristotélicos ha de tener en cuenta que, aunque traduzcamos *philia* como 'amistad', la palabra *philia* tiene un campo de aplicación mucho más amplio que nuestra palabra 'amistad'. En griego, *philia* abarca todo tipo de relación o de comunidad basado en lazos de afecto, de cariño o amor, y de ahí que Aristóteles incluya, bajo esta denominación, relaciones tan dispares como el cariño entre padres e hijos, la relación apasionada entre amantes, la concordia civil entre conciudadanos, y la relación que nosotros consideramos más estrictamente como amistad. (Calvo Martínez, 2007, p.1)

Aristóteles en efecto dedica dos libros (VIII y IX) de la *Ética a Nicómaco* a la amistad, concepto que adquiere una gran importancia en las relaciones entre los hombres. Para Aristóteles la amistad implica mutualidad y reconocimiento, si bien existen vínculos de amistad de diversas clases (motivados por utilidad, placer o por el bien mismo) estos lazos claramente se juegan entre semejantes. Es más, la amistad es más verdadera entre iguales aunque hay un género de amistades posible aún con desigualdad entre las partes (*cf.* Aristóteles 2001, p. 237-39). En estas amistades cada uno no obtiene ni debe pretender obtener del otro idéntica cosa, pero en tanto cada uno corresponda al otro como es propio de tal relación “la amistad entre tales personas será permanente y excelente”. En esta lógica de atribuciones justas, la excesiva importancia de una de las partes impide la relación de amistad, como en el caso de Dios (ya nos lo había dicho Schreber). En la relación conyugal, en el decir de Aristóteles, encontramos que “la amistad entre marido

y mujer es idéntica a la aristocracia porque está de conformidad con la virtud, el mejor obtiene más de lo mejor, y cada uno de ellos obtiene lo que le cuadra” (Aristóteles, 2001, p.252). Esta relación amistosa pareciera existir “por naturaleza” entre marido y mujer; en tanto el hombre tiende “por naturaleza” a fundar un hogar y a repartir las tareas con la mujer. En esta relación habría reciprocidad sosteniendo el lazo, además de la mutua utilidad.

La digresión aristotélica nos permite hipotetizar acerca de los motivos por los cuales Lacan se sirve de esta analogía. ¿Se trata del acento puesto en una relación “virtuosa”? ¿Se trata del registro de la “reciprocidad” que permite la duración de una relación? ¿Se trata de ubicar el lazo conyugal en un registro no sexual? Cualquiera de estas opciones pone en juego una posibilidad de reconocimiento por parte del semejante. Posibilidad que, veremos más adelante, se encuentra objetada para la psicosis respecto del Otro por la exclusión que lo afecta, en los términos del *Seminario 3*. En este mismo sentido, la posibilidad de conservación del amor se juega en función de no ocupar el lugar del Otro, con su consecuente riesgo de ser quien toma la iniciativa para el sujeto. En relación con la erotomanía, podríamos afirmar que no hay matrimonio dichoso entre el delirante y su objeto.

Entre los trabajos que citamos en el estado de la cuestión no encontramos mencionada esta característica, lo *phillial*, en el lazo entre el sujeto y su partenaire. Sin embargo hay un rasgo que pareciera participar en la posibilidad de sostener relaciones amorosas y es la articulación de una terceridad: la comunidad religiosa, la relación del partenaire con otra persona, una práctica de “conversación” con la pareja. Estos funcionamientos podrían llevarnos a pensar que funcionan en el lugar del “más allá de la imagen”, permitiendo que se sostenga una relación que no es pura captura imaginaria. El lazo *phillial* puede ser reinterpretado en estos términos, de mediación en una relación imaginaria.

Respecto de “haber conservado el antiguo amor” en Schreber

La florida clínica de la que testimonia Daniel Paul Schreber atrapa la atención de tal manera que no abundan los trabajos sobre otras referencias que pudieran haber participado en su estabilización o en alguno de los desencadenamientos, además de la larga y trabajosa elaboración delirante. Estudiando justamente el problema de los desencadenamientos, J-C Maleval (2002) se detiene en la relación con la mujer y la madre de Schreber, en función de la tesis que propone considerar a la confrontación con la incompletud del Otro como factor principal de desencadenamiento (*cfr.* Maleval, 2002, p.262). Esta proposición le permite distinguir las condiciones y el alcance de cada una de las llamadas “tres enfermedades” de Schreber: el primer desencadenamiento, superado con relativa facilidad y con manifestaciones clínicas de menor volumen (es considerado un acceso hipocondríaco) es asociado al fracaso en la candidatura al Reichstag por el cual habría tambaleado la identificación narcisista (asunción de los ideales maternos), pero sin alcanzar el estatuto de confrontación con la hiancia del Otro. El alcance del segundo desencadenamiento es mayor, el vacío forclusivo queda al desnudo y la pacificación y reconstrucción del mundo requieren la elaboración del delirio. Pero el tercer desencadenamiento, cuya gravedad clínica es mucho mayor, se asocia también a la confrontación con la incompletud del Otro (a partir de una demanda que se le inicia para que dirima el uso del nombre “Schreber” por parte de las asociaciones seguidoras de los preceptos de su padre); sin contar ahora con los puntos de referencia que le brindaban su madre (muerta pocos meses antes) y su mujer (enferma de apoplejía pocos días antes de la internación de Schreber). Maleval ubica entonces una diferencia sustancial en términos de recursos con los que contaría el sujeto en esta última ocasión, en la que ya no están la presencia de su madre y su esposa.

Otra breve referencia a esta participación de la mujer de Schreber en su reconstrucción del mundo la encontramos en una Conferencia de 1983 de Serge André. En ella se distingue el tratamiento sintomático que realizan Joyce y Schreber, en términos de que “el ego schreberiano no es el ego joyceano, tanto como la escritura de las *Memorias* no se compara al *Finnegans Wake*”

(André, 1983, p.47) Joyce puede sostenerse en la escritura y la perversión que dirige a Nora, pero Schreber queda suspendido de la reacción de su lector y su mujer. André, retomando la referencia del esquema I, señala que si él se dirige a nosotros y a su mujer es suficiente que el lector desfallezca o que su mujer deje de asegurarle su amor para que él se desplome nuevamente.

Ese antiguo amor del que Schreber testimoniaba en las *Memorias*... nos permite vislumbrar que su función para el sujeto habría sido de sostén, ligado a la presencia de su mujer. Cuando nos adentremos, en el próximo capítulo, en los comentarios acerca de Joyce, podremos ver que se introduce con firmeza la hipótesis de que el *sinthome* se puede tramar también con el partenaire. En otros términos, la mentalidad no borromea se sostiene también por el ajuste de la presencia de la pareja. Pero, dado que Joyce desde estos análisis es considerado paradigma de la psicosis sin desencadenar ¿podrá extrapolarse la hipótesis referida a él para explicar cómo funciona la relación con el semejante en la psicosis que ha atravesado el desencadenamiento sintomático?

Por otra parte, estamos produciendo un deslizamiento desde la relación con un partenaire que se supone amoroso (la mujer) y el amor. Diríamos que acentuamos un poco más el costado del encuentro, al que necesitamos recorrer porque el amor implica encuentro entre dos saberes inconcientes ¿de qué otro orden puede ser el encuentro? Si éste, de acuerdo a los términos que propusimos en el capítulo 2, es de los síntomas ¿hay encuentro en la pareja a partir del delirio?

Una referencia a la pareja delirante ¿el delirio hace pareja?

Antes de finalizar este capítulo, nos resulta necesario hacer una breve puntuación respecto de los delirios a dúo, la locura comunicada o *folie à deux*; justamente en función de las preguntas por el posible encuentro de los síntomas en la pareja.

Lasegue y Falret describen en 1877, con maestría clínica, las condiciones excepcionales de formación de un particular tipo de locura: la locura de a dos. Su caracterización deja en claro desde el punto de partida que

... el delirante vive ajeno a la opinión del prójimo; se basta a sí mismo y, dado que su creencia se impone con una autoridad irresistible, no le importa que lo quieran seguir en el terreno del cual nadie podrá sacarlo. (Lasegue y Falret, 1877, p.46)

El delirante es amo absoluto en su comarca, de manera que la locura de a dos no reúne a dos delirantes sino que la relación en la “pareja” es asimétrica. Uno de los miembros del dúo es inductor, el otro es inducido “cómplice involuntario e inconciente” (Laségue y Falret, 1877, p.46). El establecimiento de esta solidaridad requiere de un conjunto de circunstancias que los clínicos logran definir, entre las que destacan la citada asimetría. Los casos que reúnen las condiciones generativas son en gran mayoría de mujeres –madres e hijas, hermanas, amigas. En ninguno de ellos la relación sustentada en el delirio es planteada como amorosa.

Lacan se ocupó del tema en un artículo contemporáneo a “De la psicosis paranoica...”, llamado “Motivos del crimen paranoico” (1933), a partir del caso de las hermanas Papin. Señala, tal como lo hacía en la tesis, que los delirios a dúo no son explicables solo como la influencia sugestiva de un sujeto activo respecto de uno pasivo. En su análisis de la paranoia destaca la estructura del complejo fraternal, que había sido un elemento clave en la intelección del delirio de Aimée. Así la estructura imaginaria prevalente en la paranoia es caracterizada:

...el mal de ser dos que aqueja a esos enfermos no los libera sino apenas del mal de Narciso. Pasión mortal y que acaba por darse la muerte (...) pero es como si las hermanas Papin no hubieran podido siquiera tomar, respecto la una de la otra, la distancia que habría sido necesaria para hacerse daño. Verdaderas almas siamesas, forman un mundo cerrado para siempre (Lacan, 1933, p.345).

Ahora bien ¿Es posible hablar de amor en este tipo de relación?
¿Esclarece su estudio los vínculos entre amor y psicosis?

En un breve artículo de una publicación periódica, A. Ruiz (2013) rescata el relato acerca de una pareja delirante, entre quienes se establece un vínculo amoroso que pareciera cumplir con la pretensión de hacer Uno... por la

mediación de la práctica espiritista. La analista señala, como un dato que nos parece relevante, una lectura menos psiquiátrica de la “debilidad” de quien se ubica como partenaire y no amo absoluto del delirio. Se pone en juego, antes que la “debilidad del razonamiento”, el anhelo de servidumbre como un modo de borrar, obturar la falta en ser constitutiva. Lombardi (2013) señala el aislamiento social de dos que enseña la observación de estos casos, lejos de consistir en una forma de lazo social.

Por otra parte, hay una lectura psicoanalítica (Rivas, 2006) que acentúa el poder del inductor, como si éste buscara un partenaire a quien convencer. La descripción clínica clásica muestra más bien que los términos inductor/inducido borran o eluden el compromiso de aquel que comienza a participar de los efectos sugestivos en un contexto de “compromisos mutuos”, como dicen Lasegue y Falret, siempre y cuando el tema toque al inducido en sus intereses y se encuentre predispuesto por una cuota de “temor y esperanza”.

Rivas, a partir del estudio de una pareja conformada por dos sujetos con diagnóstico de psicosis (él, con síntomas de psicosis maníaco depresiva; ella, con alucinaciones e ideas delirantes paranoides), aplica el término en una acepción más amplia por la cual la dupla puede ser de dos sujetos que deliran cada uno por su cuenta pero conviviendo. Sostiene que la existencia de este delirio da cuenta del establecimiento de una suplencia articulada por el amor a la idea delirante, suplencia que funcionaría para ambos miembros en sus puntos de falla. Produce la siguiente definición: “podemos constatar que se trata, entonces, en la *folie à deux*, del establecimiento de una pareja de amantes, de dos sujetos ciegamente comprometidos en el amor de los significantes de lo real que vinieron a sustituir la falla irreductible en uno de los sujetos (el inductor), de la significación fálica, la castración y el deseo” (Rivas, 2006, p.49). Califica a este amor como “sin límites” al no encontrarse regulado por la función fálica. Pero en el desarrollo de su artículo no se explicitan los fundamentos por los cuales es considerada amorosa la relación de la locura simultánea.

Allouch (1989) se propone revitalizar la categoría de *folie à deux*, ampliando su alcance al de las condiciones de generación de las psicosis. En una lectura que se vale de la indicación de Lacan de 1975, planteará el

anudamiento de las generaciones y su desanudamiento (“separación”) como aquello que deja al desnudo las paranoias ya no borromeas. En este contexto, propone afirmar la existencia de una transferencia psicótica. Su argumentación distingue la dirección al Otro y la posibilidad singular de ubicarse en el lugar del a (semejante). A esta tesis, el autor suma la restitución en el discurso analítico de la *folie-à-deux*, categoría desde la cual afirma que es inseparable de la locura su contagio, su comunicabilidad. Extiende el uso de esta categoría a “las condiciones determinantes de la psicosis” (Allouch, 1989, p.139) y propone en consecuencia un modo de engarzar las relaciones entre sujetos que comunican su locura o bien codeliran en un equilibrio sostenido precariamente por un “cuarto” que opera como *sinthome*. Si bien el ejemplo que toma el autor es el de la familia Papin, su hipótesis puede contribuir a ubicar la cuestión del semejante en la psicosis. Pero no realiza una articulación en particular acerca del vínculo amoroso.

Relación de pareja y terceridad

Desde nuestra perspectiva, la locura de a dos es objetada como relación amorosa en tanto “aislamiento social de a dos”. Si el amor implica el encuentro en la pareja de lo que marca el exilio de la relación sexual, el delirante no se encuentra habitado por la hiancia que lo habilite a tal contingencia. Sin embargo, producido el encuentro, es posible que algo de él se torne necesario¹⁷, tan necesario que no admita el otro rasgo de lo amoroso que es “ser tiempo de suspensión”. Pero el delirante ¿se liga al partenaire por amor? Si el exilio de la relación sexual se encuentra soportado por el orden delirante, aún cabe preguntarnos ¿cuál es el papel que cumple el inducido para el delirante, en la locura de a dos?

Por el lado del inducido, el partenaire a quien no suponemos psicótico, su “debilidad”, su particular forma de relacionarse con el agujero de la no relación sexual, puede ubicarlo como un enamorado/inducido que pague el

¹⁷ Como señalaba D. Paola, si el paranoico encontrara una respuesta permanente en un partenaire

precio de someterse a un amo delirante. Incluso teniendo en cuenta la incidencia de la necesidad de servidumbre, la esperanza y el temor que sostienen a esta posición; podríamos afirmar que, del lado del inducido la posición puede ser amorosa. Recordemos que Freud recupera el término “servidumbre sexual”, acuñado por Krafft-Ebing, en el artículo “El tabú de la virginidad” (1918). Allí refiere que el psiquiatra designaba con él “el hecho de que una persona pueda adquirir respecto de otra con quien mantiene comercio sexual un grado insólitamente alto de dependencia y heteronomía” (Freud, 189); incluso esta posición puede conducir a la pérdida de toda autonomía y la admisión de los mayores sacrificios del propio interés. Pero el comentario freudiano va más lejos de una supuesta disparidad de fuerzas con la que Krafft-Ebing justificaba su génesis. Se trata más bien en la sujeción al partenaire de la magnitud de la resistencia sexual superada y no de los seductores contenidos de su pensamiento.

Por otra parte, tal como pareciera indicar el examen de la relación *phillial*, puede haber una relación con un semejante que permanezca tal y sostenga la reciprocidad, o al menos su máscara más allá del uso del partenaire para el goce. Diríamos que puede sostener una ilusión, quizás a condición de que esta no cese.

Entonces, si hay una función del partenaire (la pareja) su examen nos llevará a la siguiente zona de contacto entre amor y psicosis: la suplencia en el amor como tercero o bien en la pareja.

CAPÍTULO 5

ESTABILIZACIÓN, SUPLENCIA, SINTHOME. DELIMITACIÓN DE SU CAMPO SEMÁNTICO

Solución, invención, suplencia, estabilización son algunos de los términos que encontramos en la pluma de los analistas para dar cuenta de las salidas de la crisis psicótica, o bien como argumento de la ausencia de síntomas sucedáneos de un desencadenamiento. *Sinthome* también podría formar parte de la serie, al menos en el uso que se hace del concepto. Como mencionamos en el estado de la cuestión, se refieren a fenómenos de diferente orden, entre los cuales se incluyen las relaciones amorosas.

Dado que hallamos caracterizaciones del amor en las psicosis también en estos términos, nuestro propósito será precisar si lo amoroso así considerado alcanza alguna peculiaridad. En este capítulo nos abocaremos a distinguirlos, intentar precisar su referencialidad y su articulación conceptual.

Estabilización

No tenemos el concepto apropiado para referirnos a ese momento de la psicosis en que los fenómenos que se han desencadenado se apaciguan, se ordenan parcialmente, se diluyen, pierden fuerza, se apagan. Hablamos de estabilización, nos entendemos en función de que el paciente está menos enloquecido, alejado del borde del pasaje al acto... pero es una aprehensión que requiere de un discernimiento.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, estabilizado es aquello “1. que se mantiene sin peligro de cambiar, caer o desaparecer. 2. Que permanece en un lugar durante mucho tiempo. 3. Que mantiene o recupera el equilibrio”. Veremos que la primera de las acepciones es puesta en duda por la clínica misma.

Ahora bien, el concepto de estabilización en su uso clínico ampliamente difundido en nuestro medio, no es propiamente psicoanalítico. Así lo afirma C. Soler (2004), quien propone leerlo teóricamente a través del concepto de

metáfora. Ésta es caracterizada como un principio de estabilización y detención del deslizamiento del significado bajo el significante, que engendra efectos de significación. La psicosis, entendida con Lacan como defecto de metáfora en tanto el Nombre del Padre no ha sido inscripto, muestra en su clínica los retornos en lo real, efectos de esta carencia. Así la estabilización puede ser comprendida como construcción de una nueva metáfora –delirante- que realiza una *suplencia* (nos abocaremos un poco más adelante a este término, señalemos que en este uso se confunde con estabilización) del Nombre del Padre forcluido. Ya lo mencionaba Lacan en relación a Schreber al afirmar que el progreso de su psicosis implica la estabilización de una significación posible (*cfr.* Lacan 1955-56, p.203).

La solución delirante, sin embargo, es pseudo metáfora o, al producirse por fuera de la ley del Nombre del Padre, orden de hierro (siguiendo la expresión de Lacan en *Le non dupes érrant*). Además, adquiere diferentes grados de consistencia y de capacidad estabilizante de acuerdo a la regulación del goce que posibilita. Maleval (2002) distingue una escala de los delirios en la cual retoma las descripciones de la clínica psiquiátrica de los tipos y evoluciones de los delirios. A través de este recurso da cuenta de que el principio estabilizador del delirio depende del lugar posible para el sujeto respecto del Otro absoluto, postulando que el mayor grado de pacificación lo encuentra quien ha alcanzado una parafrenización, en la cual su delirio le otorga un lugar en relación a una misión. Los momentos que señala el autor no responden a una lógica evolucionista: puede haber avances y retrocesos entre ellos, con lo cual la estabilidad y el delirio encuentran sus matices.

Si bien el delirio tiene un carácter paradigmático como estabilización¹⁸, esta afirmación es interrogada desde la clínica por dos vertientes. Una es la evidencia de que hay sujetos que salen de las crisis psicóticas sin delirio (a continuación nos referiremos a estas formas de estabilidad). Otra es la constatación de que el delirio puede no pacificar sino, en su despliegue metonímico, precipitar al sujeto a un sinfín de la interpretación (basta como muestra remitirnos a Aimée y la insoportable expansión de sus persecuciones).

¹⁸ Quizás debido a un deslizamiento entre el valor del mismo como reconstrucción, intento de curación tan claramente planteado por Freud y su propiedad, además, estabilizante.

Entonces, retomando a C. Soler (1991), en otro de sus artículos, el delirio es considerado uno entre otros tratamientos de los retornos del goce en lo real. Se incluye en la categoría de “trabajo de la psicosis” con el que la autora da cuenta de las posibilidades del sujeto para intentar civilizar el goce no regulado fálicamente. El delirio opera por medio de lo simbólico, construyendo una ficción situada en el lugar del Edipo faltante. Pero también se considera el recurso a un significante ideal tomado del Otro y la “sublimación creacionista” como diversos tratamientos de lo real por lo simbólico. La autora reconoce además otras soluciones que operan desde lo real: la obra pictórica, los pasajes al acto auto y heteromutiladores. Vemos así que, en la consideración del trabajo de la psicosis, la solución a cargo del sujeto excede la cuestión delirante.

Otras modalidades de la estabilización consideradas en las psicosis son las identificaciones imaginarias, señaladas por Lacan a partir de su lectura de las personalidades *como si* (*cfr.* Lacan 1955-56, p.359-60). En éstas el sujeto se sostiene en una especularidad con un *partenaire*, lo que puede derrumbarse ante el surgimiento de un mínimo rasgo diferencial. La identificación por la cual el sujeto asume “el deseo de la madre” (siguiendo una referencia de Lacan en “De una cuestión preliminar...”) se incluye en esta consideración, que algunos analistas extienden a la denominación “soluciones imaginarias” (*v. g.*, Belaga, 2008). También vemos que otros términos como invención, solución autógena y autoelaboración, son aplicados en diferentes trabajos a detalles clínicos muy disímiles: desde una relación de pareja (*cfr.* Soler 2001) hasta un síntoma no conversivo (no metafórico) localizado en el cuerpo (*cfr.* Miller y otros, 2003), o una práctica perversa (*cfr.* Maleval, 2007). Todos ellos se consideran modos de estabilización.

El uso del término estabilización puede referirse, acordando con D. Millás (2012), a un abrochamiento entre sentido y goce, el que puede producirse por muy diferentes medios. Luego de intentar circunscribirlo, vemos que el término no nos ayuda a precisar el modo en que “el amor” o la relación amorosa estabilizaría (*cfr.* Streliski 2006; Gorostiza, 2006). Pero el otro término que emerge en referencia a un amor “fuera de crisis” es el de suplencia. ¿Encontraremos en él más precisiones?

Suplencia

La utilización del término suplencia en relación a las psicosis es referida generalmente a la denominada “última enseñanza de Lacan”. Allí encontraríamos la posibilidad de valernos de él en tanto los registros Simbólico, Imaginario y Real se encuentran en el mismo orden de consideración y también en cuanto la función del Nombre del Padre se ha *pluralizado*. Sin embargo, el uso del término por parte de Lacan puede remontarse al *Seminario 4. La relación de objeto* (1956-57) y a “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1958). Ya desde ese momento se relaciona con la cobertura de una falta que se lleva a cabo con elementos de otro registro; estableciéndose una diferencia con el mecanismo de *sustitución*. Justamente, este es el que caracteriza a la metáfora tal como Lacan lo propone en “La instancia de la letra”: un significante sustituye a otro significante tomando su lugar en la cadena y en virtud de ese procedimiento produce un efecto de significación.

Suplir, en el DRAE, se define según cuatro acepciones. La primera, cumplir o integrar lo que falta en algo, o remediar la carencia de ello. En segundo lugar: ponerse en lugar de alguien para hacer sus veces. Luego: reemplazar, sustituir algo por otra cosa. Finalmente: disimular un defecto de otra persona. Vemos que su campo semántico abarca tanto el reemplazo en lugar de lo ausente como el remedio, por ese acto, de la carencia o el defecto.

En los términos de nuestra lengua, suplencia se diferencia también de suplemento. Este último es un agregado que completa, al sumarse, a algo que no se modifica por su integración. En el *Seminario 23. El sinthome*, Lacan se refiere a la función *suplementaria* del nombre del padre, más no necesariamente es ésta de suplencia.

¿Qué huellas hallamos de éste término en Lacan? En el *Seminario 4. La relación de objeto* (1956-57) encontramos su uso en referencia a la fobia y la función del padre. “Para Juanito, se trata de encontrar una suplencia para ese padre que se obstina en no querer castrar” (Lacan, 1956-57, p.367), falla en el lugar del padre que deja al pequeño en una encrucijada “ya vemos dibujarse el

modo de suplencia que le permitirá superar la situación primitiva, dominada por la pura amenaza de devoración total por parte de la madre” (Lacan, 1956-57, p. 369). Se produce una convocatoria al padre como “perforador” (según los fructíferos fantasmas del pequeño), pero ante su carencia Juanito desarrolla una solución que “no es sino una suplencia”. Esta especificación de la solución por el término suplencia es aclarada de la siguiente manera:

... si la solución no es sino una suplencia, es porque de alguna forma se ve impotente para hacer madurar –permítanme esta expresión, en este caso no se trata de maduración instintual- o para conducir en una dirección que no lleve a un callejón sin salida el desarrollo dialéctico de la situación (Lacan, 1956-57, p.370).

La construcción que suple la carencia del padre en su función castradora es significativa, en tanto Lacan demuestra dicho estatuto en el objeto fóbico. La solución, sin embargo, deja detenido al sujeto en el síntoma. Recordemos también que la mentada carencia paterna es un concepto más propio del psicoanálisis contemporáneo a Lacan que de su cosecha. En “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1958) se continuará ocupando de desmantelarlo de sus resonancias fenomenológicas.

Justamente, en “De una cuestión preliminar...”, escrito contemporáneo en su producción al seminario sobre *La relación de objeto*; la referencia en términos de suplencia es a Flechsig cubriendo el vacío de la forclusión. “No cabe duda que la figura del profesor Flechsig, en su gravedad de investigador, (...) logró suplir el vacío bruscamente vislumbrado de la *Verwerfung* inaugural (“¡Pequeño Flechsig!” claman las voces)” (Lacan 1959, p.563). Esta indicación nos muestra la relación entre agujero (ahora en lo simbólico, efecto de la forclusión) y lo que remedia, cubre, suple (voz alucinatoria, retorno en lo real). Al tiempo que sugiere una relación entre suplencia y psicosis que no necesariamente implica estabilidad, pacificación para el sujeto.

La relación entre registros es planteada también, a propósito de las psicosis, en el *Seminario 5. Las formaciones del inconciente*:

... Creo sin embargo, que el seminario sobre la psicosis les permitió comprender, si no el motor último, al menos el mecanismo esencial de la reducción del Otro, del Otro con

mayúscula, del Otro como sede de la palabra, al otro imaginario.
Es una suplencia de lo simbólico mediante lo imaginario (Lacan, 1957-58, p.14).

En este fragmento de la primera clase del *Seminario 5*, recapitulando los ciclos previos de su trabajo de enseñanza, Lacan se refiere al curso sobre las psicosis como aquel en que ha mostrado la importancia del mecanismo de la *Verwerfung*. La suplencia de lo simbólico por lo imaginario es una descripción de lo que acontece en la psicosis: reducción del Otro de la palabra al otro imaginario.

En un inicio, la significación del término suplencia se orienta a aquello que cubre una falta con elementos de otro registro (a diferencia de la sustitución, operatoria interna a lo simbólico); en su funcionamiento no se produce necesariamente estabilización. Lacan lo ubica en relación al Nombre del Padre forcluido o a la carencia paterna (en la fobia de Juanito); pero en años posteriores de su enseñanza se extiende aún más el campo de aplicación del término suplencia, modificación correlativa de la precisión del síntoma como goce y de la articulación del nombre del padre como nominación, ya no sólo como función metafórica.

Este movimiento se produce lógicamente en la obra de Lacan al ubicar un resto inasimilable en lo simbólico, al Otro estructuralmente atravesado por la falta. El agujero en la constitución subjetiva es ineliminable para el sujeto en tanto se encuentra mortificado por el significante y por la nadificación en que éste lo constituye: no hay ni habrá significante que lo represente, y el goce está perdido, sólo restan al sujeto prácticas de recuperación de plus-de-gozar. *No hay relación/proporción sexual* es uno de los nombres del imposible, agujero constitutivo.

De aquí en más, en tanto bordeamiento de un agujero, la suplencia puede ser considerada generalizada. Su sentido se amplía al punto de que los recursos de un sujeto (síntomas, actos, etc.) llegan a ser considerados, en algunas elaboraciones psicoanalíticas, suplencias, en cuanto se inscriben en torno al vacío constitutivo del hablante

Si nos detenemos especialmente en este término se debe a su recurrente utilización en referencia a las psicosis. Señalemos que se presenta tanto ligado al remiendo del Nombre del Padre forcluído (siguiendo el modelo de Joyce) como al delirio schreberiano. En éste no se contaría con una suplencia del Nombre del Padre como cuarto elemento, sino con “una suplencia interior al nudo de tres” (Rabinovich, 1993, p.159), la metáfora delirante que instituye una nueva significación en el lugar de la significación fálica que no se ha producido.

J.C. Maleval (2002) distingue formas de estabilización o compensación. Por un lado, considera las “prótesis” (las identificaciones imaginarias o la asunción de ideales de un allegado). Y por otro lado, las suplencias, tomando el término en referencia al modelo Joyce y al trabajo de Lacan de 1975: “Hablar de suplencia parece implicar, pues, la referencia a una construcción significativa adecuada para producir un encuadramiento del goce mediante la restauración de un anudamiento” (Maleval, 2002, p.267). Restringe entonces la aplicación de este concepto y lo incluye en el campo semántico del *sinthome* (que revisaremos a continuación), a la vez que lo considera una forma de estabilización.

En el volumen colectivo *La psicosis ordinaria* (2003), se utiliza suplencia en referencia a algunos de los casos comentados, en su sentido amplio. Por ejemplo “se trata, en efecto, de un sujeto enganchado al Otro por una suplencia que nombra su relación con el mundo: el “tumor”, significante asemántico” (Miller et al., 2003, p.160). Pero su uso, en este mismo volumen, es esporádico y se aplica a fenómenos diversos, también calificados de “solución, enganche, anudamiento”.

Por su parte, los autores reunidos en el libro *Lacan, efectos en la clínica de las psicosis* (1993) utilizan el término suplencia en estrecha relación con la estabilización y el delirio en tanto otorga una “misión” que suple el S1 ausente (*cfr.* Grandinetti) o bien con el concepto de *sinthome*, tomando la referencia de la elaboración lacaniana acerca del desanudamiento y su arreglo en Joyce (*cfr.* Rodríguez Tuñón).

Si bien nos hallamos ante una homologación progresiva, en la aplicación del concepto, entre estabilización y suplencia (y entre esta última y *sinthome*, al que nos dedicamos en el próximo apartado); tenemos la posibilidad de despejar ambos términos. Por ejemplo, D. Millas (2012) plantea que, en tanto todo lo que se inscribe alrededor de un agujero puede considerarse una suplencia, no toda inscripción de este orden abrocha sentido y goce, modo en que el psicoanalista entiende que se produce estabilización (como comentamos más arriba). Recordemos la constatación clínica de que hay suplencias que pueden resultar enloquecedoras (vg. las voces que dicen “Pequeño Flechsig”).

Paradójicamente, el discernimiento nos lleva por la senda de una generalización de la suplencia en la estructura, que desdibuja su potencia heurística y explicativa. Si proseguimos por esta vía, cualquier recurso de la estructura del sujeto es una suplencia. Considerar el amor en la psicosis, sea cual sea la forma que asuma, puede ser calificado de suplencia...en tanto cubre el agujero constitutivo del hablante. Y no aporta precisiones acerca de qué peculiaridad implicaría respecto de otras suplencias, por una parte; y respecto del funcionamiento del amor en otras posiciones subjetivas, por la otra.

Por su parte, “lo que suple la relación sexual es precisamente el amor” (Lacan 1972-73, p.59) es una frase extraída del Seminario 20 que aplica, en su sentido amplio, la denominación suplencia también al amor. Conviene no precipitarnos sobre esta articulación, formulada por Lacan cuando está refiriéndose al amor cortés, en el cual no se trata (solamente) del imposible encuentro estructural sino de una práctica amorosa que excluye el acto sexual en el sentido más corriente de este término, en el sentido de encuentro de los cuerpos. Además, ese modo de enunciar tomado aisladamente produciría el efecto opuesto –restrictivo- al que venimos comentando ¿se trata de que *sólo* el amor suple la relación sexual?

La generalización de estos términos no arroja precisiones sobre el modo particular de fracaso del amor en las psicosis, si es que lo hubiera. Las coberturas del agujero constitutivo del hablante son consideradas suplencias (incluso cuando no cumplan la función de abrochar goce y sentido), por lo tanto

el amor en la psicosis no implica alguna solución particular. O bien, considerarlo suplenia nada nos dice de cómo sería un amor “no suplente”.

A su vez, si el amor suple la (no) relación sexual... encontramos la dificultad ya mencionada por su sentido amplio ¿qué, de lo que se inscribe alrededor del agujero no es suplenia?

Sinthome

En este capítulo nos resulta difícil de soslayar el planteo lacaniano del concepto de *sinthome*. A partir de la introducción de la topología en su enseñanza se profundiza la posibilidad de conceptualizar otras formas de estabilización de la estructura, considerada ahora en los nudos. Si bien no es el concepto más aplicado a las soluciones o estabilizaciones por la vía del amor, encontramos referencias que ligan psicosis y *sinthome* y que además tienen en cuenta las relaciones de pareja (veremos si también son amorosas). De acuerdo a los abordajes elegidos encontramos que su uso se confunde con el de suplenia y nos interesa precisar sus características peculiares.

Por un lado, la elaboración lacaniana va configurando la necesidad de un cuarto elemento que anude real, simbólico e imaginario: el *sinthome* será ese cuarto elemento, postulado para todo tipo clínico, cuyo funcionamiento es solidario de la consideración del padre como nominación en cada uno de los registros y del pasaje del Nombre del Padre de S_2 a S_1 .

El alcance del concepto de *sinthome* puede apreciarse en contrapunto con el síntoma. Es el recurso elegido, por ejemplo, por F. Schejtman y otros en la compilación *Elaboraciones lacanianas sobre las psicosis* (2012), donde se traza una comparación con dos formas de entender el síntoma en Lacan (metáfora y letra) justamente para señalar que no se confunden con el *sinthome*. El síntoma- metáfora se inscribe en la vertiente de las formaciones del inconciente, producto de la represión; en tanto la perspectiva del síntoma- letra subraya sus efectos de goce irreductibles a la sustitución significante (la letra escribe el Uno de un inconciente concebido como enjambre de S_1 , y produce así una fijación de goce). Ambas vertientes recogen aspectos del

síntoma destacados por Freud a partir de las posibilidades y los escollos de la clínica. En particular la dimensión de satisfacción sustitutiva (vg. Conferencia “Las vías de formación de síntomas”) es acentuada al dar cuenta de lo irreductible y lo que resiste a la reducción interpretativa. El síntoma, goce en su naturaleza, debe ser atrapado en la transferencia.

La escritura del *sinthome* supone algo nuevo en la enseñanza de Lacan; en particular resulta diferente de esta dimensión de goce (como una intrusión real en lo simbólico) articulada en el denominado (por los autores citados) “síntoma- letra”; ya que el *sinthome* justamente ex-siste a los tres registros, permitiendo que se enlacen. “Es algo que permite a lo simbólico, lo imaginario y lo real mantenerse juntos.” (Lacan, 1975-76, p.92) La definición más precisa podría ser la que se configura entre las clases del 10 y el 17 de febrero de 1976: es propuesto como una reparación de la falla del anudamiento, como un remiendo del “lapsus del nudo”. Un eslabón nuevo que se agrega para remediar en el punto mismo donde se produjo el fallo. A esta reparación Lacan la llama también “corrección, compensación, suplencia”. El resultado preciso de esta reparación es que los eslabones no se tornan equivalentes¹⁹, se conserva la distinción entre registros. Además, el lugar donde se produjo el fallo solo se conoce a posteriori, retroactivamente, leyéndolo desde el *sinthome* que se ha construido. Construido a partir de su conceptualización en el que puede considerarse un paradigma, Joyce; el *sinthome* sin embargo no se circunscribe a la reparación de la *Verwerfung* (ya sea considerada como rechazo de lo simbólico o bien carencia “de hecho”). El “error de anudamiento”, lejos de ser imputable a una estructura mal armada, se constituye en estructural, otro nombre del “no hay relación sexual”. Y el cuarto elemento suplementario que enlaza a los registros se torna necesario en las neurosis: realidad psíquica, complejo de Edipo, Nombre del Padre cumplen esa función que les ex-siste.

En el caso particular de las psicosis, el *sinthome* (elaborado por Lacan en relación a Joyce) permitiría sostener una estabilidad, pero no convierte a la falla reparada en una propiedad del nudo que sería característica de las

¹⁹ Fue la dificultad que Lacan hallaba con el nudo borromeo de tres, en tanto no se distinguían, la que llevó a considerar la necesidad del cuarto que anude. En este capítulo nos basamos en la propuesta que ya incluye el nudo de cuatro.

neurosis (borromeica), en la cual no hay interpenetración de los registros conservándose así los agujeros específicos de cada uno de ellos.

La aplicación del concepto de *sinthome* a la clínica de las psicosis ha sido utilizada para dar cuenta de estabilizaciones no delirantes, cuya eficacia puede aplicarse a sujetos que no han manifestado síntomas de psicosis desencadenada (*cf.* Mazzuca 2000; Fernández Tuñon 1993). Algunas otras derivaciones del uso del *sinthome* en la conceptualización del tratamiento de las psicosis implican la postulación de una tarea de “hacerse un nombre” en tanto esta función ha fallado por la forclusión del significante del Nombre del Padre en la nominación simbólica (*cf.* Domb, 1989, Vegh 1988), siguiendo el modelo de lo señalado por Lacan en el caso de Joyce, quien habría construido un “ego de suplencia” merced a su obra publicada y su constitución como “artista”.

Sin embargo, cabe señalar que esta extensión daría cuenta de una necesidad de la clínica (a saber: ¿cómo explicar las posiciones subjetivas estabilizadas eficientemente sin delirio?) que se vale de una argumentación no referida a la clínica de las psicosis. Al respecto, por ejemplo D. Rabinovich señala

... de esta peculiar forma de suplencia que Joyce presenta, creo que es incorrecto deducir una teoría de la cura para las psicosis. En primer término porque Joyce no es un psicótico, sino alguien que, plantea Lacan, suplió la ausencia del Nombre-del-Padre de manera particular y que por ello nos enseña algo acerca de esas suplencias (1993, p.186).

Elaborar esta necesidad de la clínica es uno de los derroteros posibles a partir de la formulación del concepto de *sinthome*. Este, sin embargo, está íntimamente ligado al nombre de Joyce. Ligado para Joyce, quien de acuerdo a la tesis lacaniana, hizo de su nombre función de anudamiento. Ligado para nosotros, que seguimos la huella lacaniana al dar cuenta de la estructura.

Tanto seguimos esas huellas que tomamos como evidentes algunos presupuestos lacanianos del análisis de Joyce, produciendo repeticiones circulares de las afirmaciones. Sin embargo, será pertinente demorarnos un

poco más en algunas peculiaridades de lo que nos ha dejado la enseñanza que Lacan extrae de Joyce, o los efectos de la transferencia de Lacan con Joyce (cfr. Ritvo, 2004); en particular en torno a la relación *partenaire amoureux-sinthome*.

∞ La mujer guante

Los comentarios que esbozaremos a continuación convocan la siguiente advertencia. El modo en que Lacan se refiere a James Joyce y los fundamentos que presenta en el Seminario y en la Conferencia que lo precede en unos meses, han sido objeto de críticas argumentadas. Sobre todo, en cuanto identifica al autor con el protagonista de sus obras (Stephen) y ejerce un psicoanálisis aplicado al arte que alimenta una ilusión de sujeto unificado (Joyce escribiendo es su personaje, lo que hace decir a su personaje es lo que él siente). Remitimos al artículo de J. Ritvo, “Lo inquietante de la lengua” (1991) para la lectura atenta de sus objeciones. Entre ellas se cuenta, por supuesto, el cuestionamiento del diagnóstico de psicosis *sinthomatizada*.

Intentaremos, en consecuencia, no producir un (repetido) comentario de las frases emblemáticas del Seminario 23. Tomaremos al Joyce de Lacan más como objeto teórico que como referente empírico; a los fines de extraer las peculiaridades que éste, objeto lacaniano, podría aportar acerca de las psicosis.

Condionalmente, y a los fines de nuestra investigación, partiremos de la siguiente hipótesis (una de las más consensuadas) en torno de Joyce: paradigma de cómo un sujeto que no cuenta con la inscripción del Nombre del Padre en su función nombrante puede sostenerse sin desencadenar los síntomas de una psicosis clínica.

Es merced al artificio logrado a través de la escritura que Joyce logra un saber hacer con el efecto de interpenetración entre simbólico y real²⁰: las palabras impuestas son elaboradas en su escritura hecha con el inglés

²⁰ La lectura de Schejtman y col. (2012) acentúa esta peculiaridad del síntoma como interpenetración de registros a diferencia del síntoma considerado como efecto de lo simbólico en lo real: la letra de goce del síntoma. En este último caso, la propiedad borromea se conserva, no así cuando hay interpenetración; lo que establece una decisión diagnóstica.

atacándolo, desintegrándolo. La tesis lacaniana implica que se forja, a través de este saber hacer, un Ego de artista que no llegará a ser un yo narcisista. Este anudamiento que remedia la carencia paterna sin embargo adolece de un atributo esencial del decir nombrante del padre: no se transmite. Lacan se detiene en la relación de Joyce con el síntoma de su hija Lucia, de quien decía que era telépata. Lucia padecía las palabras impuestas en una “prolongación del síntoma paterno”, más no pudo contar con la referencia del Nombre del Padre transmitida generacionalmente.

Ahora bien, el sostén de su mentalidad sin precipitación sintomática también se tramaría en relación con Nora, su mujer. Pero ¿qué función cumple esta relación con Nora? ¿Para qué le sirve? ¿Se trata de amor?

Algo encuentra allí Lacan que lo lleva a las cartas de amor a Nora, a partir de lo cual afirma “es una extraña relación sexual” (1975-76, p.81). Efectivamente, en las cartas (fundamentalmente en las de 1909) se registra un intercambio erótico referido a sus prácticas sexuales que incluyen fantasías sadomasoquistas y una pregnancy particular de lo excrementicio. Pero las cartas de Joyce son también cartas de amor, apasionado, por momentos celoso, demandante de respuestas o de una palabra que confirme el amor de ella hacia él²¹. Sin embargo, C. Soler (2009) diferencia este vínculo de aquel que, se supone, liga un hombre a una mujer en el que llama “síntoma padre”, en el que se trata de ubicar a una mujer como causa del deseo y hacerla suya para hacer hijos. Y, en el caso de Joyce, Soler conjetura que no habría correlación entre el fantaseo masturbatorio de las cartas y la práctica efectiva de la pareja (*cfr.* Soler, 2009); objetando su “uso para el goce”. También, con mayor poder argumental, retoma la perturbación producida por el nacimiento de los hijos, formulada por Lacan como “cada vez que se presenta un mocoso es un drama, no estaba previsto en el programa” (Lacan, 1975-76, p.82) y avalada por las informaciones biográficas.

²¹ Mencionemos por ejemplo el siguiente fragmento: “Y sin embargo, ¿por qué debo avergonzarme de las palabras? ¿por qué no debo llamarte tal como en mi corazón continuamente te llamo? ¿qué es lo que me lo impide, a no ser que ninguna palabra es lo bastante tierna como para ser tu nombre?” (Joyce, 2000, p.52) y también, luego de un episodio de celos: “Querida, dime sólo una palabra, sólo una, para desmentir todo y la alegría me transportará. ¿Estás bien, cariño? ¿No estarás molesta? No leas más esas horribles cartas que te escribí. Entonces la rabia me puso fuera de mí.” (Joyce, 2000, p.65).

C. Godoy, en base a las referencias biográficas, señala que Nora “se constituyó en una tenaz partenaire-*sinthome* que, sin lugar a dudas, sostuvo con eficacia su anudamiento.” (Godoy, 2012, p.258).

Lacan no toma en consideración la relación Joyce- Nora desde la perspectiva del lazo amoroso, en su lugar acentuó esta extraña relación con la analogía del *guante dado vuelta*. “El guante dado vuelta es Nora. Es la manera que él tiene de considerar que ella le va como un guante” (Lacan, 1975-76, p.81). Así lo sugieren algunas menciones en las cartas (vg. las de 12/7 y 21/7 de 1904): “Espero que pongas mi carta en la cama debidamente. Tu guante a mi lado toda la noche está sin abotonar; por otra parte, se comporta muy decentemente como Nora.” (Joyce, 2000, p.21). Lacan señala a partir de aquí que Nora es su mujer elegida, pero que es necesaria no sólo la complementariedad imaginaria sino también que ella “le ajuste como un guante” (Lacan, 1975-76, p.82). Esta particularidad es asociada al *ego sinthome*: si lo imaginario corre riesgo de desprendimiento, la consistencia del cuerpo (aquel imaginario que se amarra por el nombre de artista) es sostenida también merced a la presencia de Nora, que lo enguanta ciñéndolo. Su presencia es comentada, por ejemplo por Soler, como “complemento del síntoma”.

La analogía del guante tiene una consecuencia más que es la presencia del botón. Un guante dado vuelta sería perfecto para una mano...si no tuviera botón. Objeción a la especularidad, objeción fálica, fórmula C. Soler (2009), que no operaría para Joyce- Nora.

Finalmente, de estas líneas de Lacan se extrae un problema más ¿Esa extraña relación es una relación sexual? ¿Entre estos dos enguantados hay relación sexual? “Allí donde hay relación es en la medida en que hay *sinthome*, es decir donde el otro sexo es sostenido por el *sinthome*” (Lacan, 1975-76, p. 98-9). Soler propone interpretarla en consonancia con una afirmación de la lección anterior del seminario, aquella en que el encuentro con Nora es vinculado con el *exilio* de la relación sexual. Es entonces este encuentro con la mujer el que lo confronta con el exilio de la relación sexual, propio del hablante, en lugar de velarlo merced al amor.

Su particularidad, y es lo que Lacan dice en ese párrafo, es que su exilio de la relación- la no-relación que en cierto sentido es para todos-

se le revela, mientras que por regla general no se le revela a cualquiera. (Soler, 2009, p.143)

Resultados del recorrido

¿Qué saldo nos brinda el rodeo que hemos realizado bordeando el asunto de la estabilización, la suplencia y el *sinthome* y, en especial, la articulación *sinthome*-partenaire amoroso en el paradigma Joyce?

En sentido estricto, *sinthome* tiene especificidades objetivables a partir de su lugar en la estructura. Al extenderse su uso, es posible confundirlo con suplencia en sentido amplio, pero ni uno ni otro nos brindan indicaciones que permitan especificar lo amoroso en la psicosis. Un ejemplo de este uso lo encontramos en una breve mención de G. Belaga: “En la perspectiva del *sinthome*, el amor es lo que puede hacer mediación entre los unos solos, es una manera de fabricar sentido a partir de un goce que es siempre parasitario.” (Belaga, 2008, p.110-1). Afirmación que coincide con la definición de Millas acerca de la estabilización: abrochamiento entre goce y sentido.

Pero en la vía de la relación con el partenaire (¿amoroso?) encontramos más indicaciones. La relación puede ceñir, sostener, aportar consistencia, evitar el desencadenamiento, con lo cual podemos hipotetizar que se diferenciaría una compensación imaginaria de una elaboración que sostiene la mentalidad.

La relación Joyce- Nora señalaría otro enganche no sólo imaginario. “Un mes antes de conocerla, Joyce asistió a la representación de Casa de Muñecas y salió muy impactado. Tanto como para aferrarse a este significante del nombre de la protagonista hasta su muerte” (Sigal, 2004, p.35). Pero Nora no era sólo la envoltura de una palabra, la cáscara del significante. Nora ceñía más aún y su nombre no estaba desarticulado de su cuerpo. Quizás esta relación pueda resultarnos ejemplar a la vez que excepcional, ya que tramaría la mentalidad joyceana, sin reducirse ni a una imagen ni a una palabra.

¿Se trata de encuentro de los síntomas? O sea, ¿hay pareja amorosa? Podríamos acordar con esta postulación, la que nos brindaría una precisión

más a la que pudimos encontrar en el caso de las relaciones sostenidas en un lazo *phial*. Postulación que implicaría que, además de ser pareja especular una relación amorosa puede unir a partir del espanto de las propias faltas, pero no por el síntoma, sino por la consistencia otorgada. Es destacable que, como dijimos en este capítulo, la extensión de estas hipótesis requeriría la afirmación de la psicosis de Joyce, pero también que un análisis de las cartas enviadas por Joyce daría cuenta de que se cumple otra condición de lo amoroso y es el soportar el cambio de sentido, el *odioamoramiento*.

CAPÍTULO 6

EL AMOR EXTÁTICO Y LA HETEROGENEIDAD RADICAL
DEL OTRO

El asunto que nos ocupa a continuación es una de las puntuaciones más explícitas de Lacan en cuanto a la caracterización del amor en las psicosis, tal como referíamos en el estado de la cuestión. Se trata de la que realiza en el *Seminario 3. Las psicosis* (1955-56) acerca de una figura que daría cuenta de “la naturaleza de la locura”: el amor extático. Amerita toda nuestra atención el intento de dilucidación también porque es una de las fórmulas reencontradas en los artículos de psicoanalistas lacanianos. El planteo de Lacan, que adquiere muchas resonancias, es asimismo el que incluye la calificación de “amor muerto”. Veamos la cita en su extensión:

En la Edad Media se hacía la diferencia entre lo que llamaban la teoría física y la teoría extática del amor. Se planteaba así la cuestión de la relación del sujeto con el Otro absoluto. Digamos, que para comprender las psicosis debemos hacer que se recubran en nuestro esquemita la relación amorosa con el Otro como radicalmente Otro, con la situación en espejo, de todo lo que es del orden de lo imaginario, del *animus* y del *anima*, que se sitúa según los sexos en uno u otro lugar. ¿Que diferencia a alguien que es psicótico de alguien que no lo es? La diferencia se debe a que es posible para el psicótico una relación amorosa que lo suprime como sujeto, en tanto admite una heterogeneidad radical del Otro. Pero ese amor es también un amor muerto. Puede parecerles que recurrir a una teoría medieval del amor para introducir la cuestión de la psicosis es un rodeo curioso y singular. Es imposible, empero, concebir si no la naturaleza de la locura (Lacan, 1955-56, p.363)

Adelantemos aquí nuestra hipótesis de lectura: en el contexto del seminario es una referencia a la que recurre Lacan con el fin de clarificar qué relación se puede precisar entre el sujeto y el Otro en las psicosis. Por lo tanto, su alcance se esclarece al seguir el seminario desde ese hilo, que será también puntuado en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1958). Dicho de otra manera, más que una tesis acerca del amor, es

una articulación acerca de la relación entre el sujeto y el Otro. Recordemos una vez más que “la condición del sujeto S (neurosis o psicosis) depende de lo que tiene lugar en el Otro” (Lacan, 1958, p. 530).

Abordaremos esta articulación clave desde diferentes perspectivas. En primer lugar, el contexto de desarrollos en que se halla la doble referencia: amor extático- amor muerto. En segundo lugar, la especificidad del que se plantea como amor extático y sus relaciones con la psicosis. Finalmente, el alcance de lo que se denomina amor muerto en las psicosis.

El Otro excluido, el Otro de las psicosis en 1955-56

Como acabamos de mencionar, la lectura de la relación entre amor extático y amor psicótico es solidaria de la elaboración del lugar del Otro y su presencia en las psicosis. El amor extático es una figura, en este contexto, que funciona en analogía: una relación con el Otro en la que es posible la supresión del sujeto. Esta cuestión atraviesa el seminario en tanto las “estructuras freudianas de las psicosis” son estructuras de lenguaje. Y el lenguaje supone el lugar del Otro que reconoce, autentifica la palabra. En el momento de la obra de Lacan en el que estamos situados, el Otro no está afectado por la inconsistencia y, en tanto funcione la inscripción de la ley, tiene un carácter pacificante.

A lo largo del desarrollo del Seminario vemos desplegarse y argumentarse esta cuestión crucial: la psicosis no es sin Otro ya que “a partir del momento en que el sujeto habla hay otro con mayúscula. Si no, el problema de la psicosis no existiría. Los psicóticos serían máquinas con palabra” (Lacan, 1955-56, p.63). Justamente, las estructuras freudianas de las psicosis que Lacan intenta dilucidar son “estructuras de lenguaje” y este es el eje a través del cual relee y ordena la posición y la fenomenología del psicótico.

A partir de la afirmación por la cual “la estructura de la palabra es que el sujeto recibe su mensaje del Otro en forma invertida” (Lacan, 1955-56, p.57), Lacan señala que esto se manifiesta en la *palabra plena*. Esta compromete al sujeto, tiene un carácter fundante de su posición y de aquel a quien se dirige (el ejemplo paradigmático con el que trabaja es *Tú eres mi amo...*). Más aún,

dicho valor fundante reside en que “lo apuntado por el mensaje, así como lo manifiesto en el fingimiento, es que el Otro está ahí en tanto que Otro absoluto. Absoluto, es decir que es reconocido pero no conocido” (Lacan, 1955-56, p.59). Como vemos, Lacan también señala que el Otro no es objeto de conocimiento (en el sentido del conocimiento paranoico), caracterización que sí le cabe al otro semejante, en el registro especular.

Por otra parte, la concepción del Otro no está afectada por una falta ni, aún, por la inconsistencia, lo cual nos permite entender que este Otro absoluto es necesario en tanto garante de la verdad: “El Nombre del Padre es concebido inicialmente como lo que asegura la consistencia de otro absoluto, garante de la verdad” (Maleval, 2002, p.85). Así podemos empezar a comprender la insistencia de Lacan en la *exclusión* del Otro, como lugar de reconocimiento de la palabra del sujeto... y su correlativa imposición al sujeto como discurso que se independiza, como significante en lo real, revelándose por ejemplo en los fenómenos de franja. Pero podemos afirmar que el modo de leer los fenómenos clínicos de las psicosis en términos de estructura del lenguaje no será descartado o dejado de lado, aún cuando el Otro comience a revelarse en su incompletud. Al contrario, este carácter parásito del lenguaje, que las psicosis desnudan, adquirirá un alcance mayor para el sujeto en tanto *hablanteser*.

Veamos de qué modos se articula a lo largo del *Seminario 3* este carácter del Otro en las psicosis, al que Lacan denomina “excluido”, teniendo en cuenta que la psicosis no es sin Otro. La argumentación acerca de las consecuencias de que el lugar del Otro se encuentre “excluido” puede abordarse, por ejemplo, desde el comentario que Lacan realiza acerca de la alusión y la injuria. A partir de la presentación de la paciente conocida como “vengo del fiambrero” y también “marrana”²², se apoya en la caracterización del Otro del reconocimiento de la palabra, mostrando su ausencia de funcionamiento. Para esta paciente, se trata de su propio mensaje, no recibido de forma invertida desde el lugar del Otro sino desde su pareja imaginaria:

... ella recibe de él su propia palabra, pero no invertida, su propia palabra está en el Otro que es ella misma, el otro con minúscula, su reflejo en su

²² Ambos epítetos circulan en nuestro medio al referimos al detalle clínico, curiosamente la misma indiferenciación en el rebote del mensaje señalada por Lacan

espejo, su semejante. *Marrana* surge en ping-pong y ya no se sabe dónde estuvo el primer saque. (Lacan, 1955-56, p.80)

En consecuencia, se encuentra excluido el Otro, su existencia sólo es indicada bajo esta forma de alusión. A diferencia de la palabra verdadera, en la cual el Otro es presupuesto, es aquello ante lo cual el sujeto se hace reconocer pero es posible por que está ya reconocido. “Esta dimensión suplementaria, la reciprocidad, es necesaria para que valga esa palabra” (Lacan, 1955-56, p.79). En este sentido el Otro es un absoluto irreductible.

Leer la exclusión del Otro en la palabra delirante implica que “no hay verdad por detrás”, quedando el sujeto en un estado de perplejidad, de embudo temporal en el que no se sabe quién habló primero²³. La consecuencia de la exclusión del Otro recae en aquello que concierne al sujeto y que se liga a los pequeños otros de manera tal que “el pequeño otro presenta, en efecto, un carácter irreal, tendiente a lo irreal” (Lacan, 1955-56, p.81).

De la misma manera, en el *Seminario* se dibuja la determinación simbólica de las relaciones imaginarias: el orden simbólico, en su carácter de legalidad introducida por el Complejo de Edipo, funciona evitando el estallido o la colisión de la relación imaginaria. Una red simbólica es necesaria para que se alcance cierta “estabilidad de la imagen en las relaciones interhumanas” (Lacan 1955-56, p.145). Schreber da testimonio de la inoperancia de este orden con las fragmentaciones de su identidad. Y en este mismo sentido, Lacan introduce la importancia que muestran los fenómenos auditivos en Schreber, ya que estos dan cuenta de que el peligro residiría en que Dios fuera aniquilado.

Progresivamente, el análisis de Lacan recae en las relaciones Dios-Schreber, en las que el primero es el único partenaire en el cual se reabsorbe todo el mundo que aún existe para el paciente. Una forma en que se evidencia esta relación es en el efecto de la entrada en la psicosis: la proliferación imaginaria y la presencia de Dios. Curiosa presencia, por otro lado, ya que dista mucho de los testimonios de la presencia divina. Este Dios se le presenta

²³ Embudo temporal es la expresión que usa Lacan en el comentario acerca de la alucinación del Hombre de los Lobos, en “Respuesta al comentario de J. Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud” (1954).

a Schreber en una alteridad tal que “permanece ajeno a las cosas vivientes” (Lacan, 1955-56, p.391). Pero aún en esta ajenidad sigue siendo decisiva la presencia de ese Otro, ya que justamente hay Otro que toma la iniciativa. Entre tanto, vemos dibujarse cada vez con mayor claridad que el Dios de Schreber es lenguaje, cuya revelación se produce en la forma de una presencia que se le impone necesariamente y su rasgo es ser una presencia hablante. Tanto que puede dejar de hablar y... *dejar plantado (lieger lassen)* al sujeto. Aunque trasluzca intenciones poco claras, llenas de perfidia, Schreber testimonia que la presencia de Dios es preferible a su retiro.

Hasta aquí encontramos la dimensión del Otro como un más allá necesario, en su funcionamiento velado para el sujeto y en tanto “lugar del reconocimiento”. Su carácter excluido no implica su desaparición sino más bien la aparición de teratologías en la relación imaginaria y una presencia desregulada del aparato significante. En diferentes puntuaciones del *Seminario 3* Lacan caracteriza este Otro que habla en el sujeto sin velo: “el inconciente a cielo abierto” es una de las fórmulas más conocidas. Monólogo interior, ese discurso que habla en nosotros, ese murmullo incesante, el comentario permanente de los actos, automatismo en tanto discurso sin subjetivación, automatón de la cadena significante son otras variantes de este Otro desarticulado que ya no regula o sostiene la dimensión imaginaria sino que la deja funcionando sola, loca.

Reconocimiento de la palabra

En este recorrido en que adquiere una significatividad particular el asunto de Otro excluido para el sujeto, nos detendremos en caracterizar otro abordaje de la “exclusión del Otro” que se trabaja en el *Seminario 3*, perspectiva que leeremos teniendo en cuenta al Otro como lugar del reconocimiento. Se trata del análisis de la relación entre el sujeto y el Otro a través de las frases que enuncian lo que Lacan ha considerado “palabra plena”. Habíamos señalado que ésta tiene un valor fundante en tanto se dirige al Otro como lugar del reconocimiento.

El reconocimiento, polisémico concepto, hunde sus raíces en la tradición filosófica. Si atendemos a las referencias filosóficas que Lacan menciona en su enseñanza, se inscribe en la corriente que considera al reconocimiento desplegado entre reconocer y ser reconocido, es decir, mutuo. Es la influencia hegeliana, que Lacan recibió a través de la enseñanza de Kòjeve²⁴, la que podemos leer en el planteo de este problema. Esta implicaría, al menos, las siguientes características: es un proceso dialéctico, que comporta mediaciones y requiere la salida “fuera de sí” de la conciencia (tanto como su retorno enriquecido). Es un proceso no exento de conflicto, pero para que se produzca reconocimiento es necesario que los participantes del proceso estén en condiciones mínimas de libertad tanto para reconocer como para hacerse reconocer como otro deseante. Además el proceso implica la constitución de un deseo propiamente humano, el deseo de deseo (según Kójeve), el deseo de reconocimiento como apetencia (goce) reprimido en la formulación literal de Hegel.

Vayamos ahora al funcionamiento del pronombre personal en la frase, que es abordado por Lacan en diferentes momentos del *Seminario 3*, pero es llegando al final cuando se dedica en extenso a una puntuación que permite ubicar qué consecuencias comporta para un sujeto no ser reconocido o bien no hacerse reconocer por el Otro. Su desarrollo, además, está involucrado en la argumentación de dos proposiciones cruciales del seminario: el punto de almohadillado y la carretera principal. Respecto a esta última, señala Glasman (2006) que ha tenido tal pregnancia en su difusión que pareciera que basta con contar con la posibilidad de “subirse a la carretera” para que todo funcione, siendo la ruta del padre un camino sin escollos. El rodeo por el análisis de la frase que mencionaremos a continuación, por el contrario, revela otras encrucijadas inherentes a la función paterna en términos simbólicos.

En primer lugar, la relación entre yo y tú no es recíproca. Hay un enrarecimiento entre los términos, en su uso pleno, que es trabajado a partir de dos frases compuestas, cuya diferencia radica en la escritura ya que en francés

²⁴ Vg. “Sea como fuere, la realidad humana no puede engendrarse y mantenerse en la existencia sino en tanto que realidad “reconocida”. Sólo siendo “reconocido” por otro, por los otros, y, en su límite, por todos los otros, un ser humano es realmente humano: tanto para sí mismo como para los otros. Y no es sino hablando de una realidad humana “reconocida” que se puede, al llamarla humana, enunciar una verdad en el sentido propio y exacto del término”. (Kojève, 2006, p.21).

son homofónicas: se trata de la diferencia entre las frases “Tú eres el que me seguirá” y “Tú eres el que me seguirás”²⁵. Ambas pueden ser separadas en una parte principal “Tú eres el...” y una subordinada “...me seguirá/s”, articuladas por un *que* al que Lacan atribuye función de pantalla.

En el segundo caso, cuando la subordinada se formula en segunda persona, se escucha como un mandato, una elección quizás única, una delegación, un llamado que deja un punto de indeterminación para que el sujeto ubique su pregunta. En tanto la primera frase, con el pasaje a la tercera persona, es una constatación “penosa” que no deja apertura a la pregunta, es petrificante para el sujeto. Rompe con la dialéctica supuesta en el reconocimiento, que implica también una interrogación sobre el deseo.

Dicho de otro modo, es preciso que el sujeto opere con el significante (y su posibilidad de metáfora) para dar cuenta de qué opciones encierra el “seguir”. Si el sujeto no accedió al haz de significaciones que confluyen en “seguir” quedará apresado en un solo sentido, lo que cambia inclusive el alcance del *tú*. Solo le queda la constatación de una relación en la que está situado por el Otro. Esta es una disyunción crucial con la primera frase (... *me seguirás*), en la que sí hay un margen de libertad, y cuyo contexto cambia “según las significaciones adheridas por el sujeto a cierto registro del significante, según el bagaje con el que parte el sujeto en la indeterminación del *¿qué soy yo?*” (Lacan, 1955-56, p.401). En esta enunciación hay lugar para que el sujeto oiga, se ubique en relación a la palabra del Otro, se haga reconocer.

Resumiendo, la argumentación en el recorrido del *Seminario 3* respecto del Otro en las psicosis muestra dos aspectos, por una parte es quien se presentifica para el sujeto como discurso interior que se revela como puro lenguaje. Pero esencialmente es Otro que no funciona en clave de reconocimiento del sujeto, en ese sentido entendemos su carácter “excluido” en las psicosis. Y, considerando este contexto es que el amor extático representaría una versión de la posición del sujeto respecto al Otro cuya “heterogeneidad” es radical. La “heterogeneidad radical del Otro” no puede ser

²⁵ *Tu es celui qui me suivras y tu es celui qui me suivra.*

más que objeción al reconocimiento y, según Lacan, representa una relación solo posible para el psicótico en tanto exige su supresión total.

Sin embargo, nos preguntamos por el alcance de esta afirmación ya que el amor extático es un término ligado a la mística y es posible establecer distinciones entre su campo y el de las psicosis. Analizaremos a continuación este asunto.

El amor extático

Es preciso entonces dar cuenta de a qué se considera “amor extático”. Ya su denominación es una invención de Lacan, una condensación, al decir de Jacques Le Brun (2002), a partir del trabajo de 1908 “Pour l’Histoire du Problème de l’Amour au Moyen Age”, de Pierre Rousselot. En éste, el abate distingue entre concepción física y concepción extática para ordenar las diferentes posiciones que asumían los pensadores medievales sobre la pregunta por la naturaleza del amor y, en consecuencia, del amor a Dios.

Si bien Lacan no lo menciona explícitamente en el *Seminario 3*, el nombre de Rousselot no deja de asociarse a esta distinción *amor físico- amor extático*, ya que es una operación de lectura de este abate en su tesis complementaria, que se considera una propuesta filosófica más que una descripción historiográfica. Le Brun (2002) señala, en primer lugar, que dicha tesis refiere a dos concepciones del amor y no a dos amores diferenciados (como parecería deducirse de la mención en *Seminario 3*). Y ésta se desarrolla en torno a la pregunta por la posibilidad de un amor no egoísta y que pueda tender a lo que no es su propio bien. Concepción física y extática no se encuentran en un mismo nivel de elaboración, ya que esta última, así calificada en referencia a la salida de sí -tal la etimología de éxtasis- conduce a la descripción de intuiciones de la experiencia que no son pensadas o articulables sistemáticamente. La concepción física plantea un amor desinteresado, también, pero la extática implica la “suposición imposible” que han postulado los místicos en las recurrentes apariciones del amor puro. Apresa entonces los

rasgos de esta “configuración”²⁶: dualidad entre amante y amado, sacrificio total del amante por el amado, incluso del bien del sujeto... lo que lleva a esta práctica al borde de la herejía y la contradicción dogmática. (cfr. Le Brun, 341 y ss.).

Dado que la distinción de Rousselot pareciera ser la base del comentario de Lacan, veamos cómo la plantea en sus propios términos. La concepción *física* engloba a “aquellos que fundamentan todos los amores reales y posibles sobre la necesaria inclinación de los entes de la naturaleza a buscar su propio bien” (Rousselot, 1908: 3). Es la posición, por ejemplo, de Santo Tomás, en la que todo amor queda reducido directa o indirectamente al amor hacia uno mismo. A ésta se opone la *concepción extática del amor*.

El amor, para los inscritos en esta escuela, es tanto más perfecto, tanto más amor cuanto más completamente lleve al sujeto ‘lejos de sí mismo’ (...). El amor es, a la vez, extremadamente violento y extremadamente libre (...) violento, porque va en contra de los apetitos naturales, porque él los tiraniza, porque parece no poder saciarse más que en la destrucción del sujeto amante debido a su absorción en el objeto amado. Existiendo, no tiene otro objetivo más que a sí mismo, y en sus aras se sacrifica todo en el hombre, hasta la felicidad y la razón. (Rousselot, 1908, p.3-4)

Podríamos leer aquí la llamada, por Lacan, “supresión del sujeto”. El rasgo mortificante que encontrábamos en la erotomanía insiste en esta posición sacrificial, pero resulta necesario trazar demarcaciones. Por un lado con el orden de experiencia del que proviene este tipo de amor, la mística. Por el otro, dar cuenta de su peculiaridad en el psicótico, si consideramos que esta sería una relación *solo posible* para él.

La referencia en que se estaría situando Lacan es la de una experiencia mística, resistente a articularse en sistema y que descompleta al dogma mismo. El goce en juego en esta experiencia es leído con fruición desde los planteos de Aúñ. La referencia medieval del amor será retomada por Lacan en 1972-73, en el contexto de precisar qué goce está en juego del lado femenino de la sexuación. Vuelve al abate Rousselot si bien en un tono crítico respecto

²⁶ Tal la denominación o el recurso metodológico del investigador francés para dar cuenta de la recurrente aparición de un tema que resiste a la sistematización o a la teorización.

de la distinción entre los tipos de amor. Señala también la crítica de Gilson a dicha postulación (*cf.* Gilson, 1979, pp272-276) en la cual podemos entrever que la categoría de amor extático se desdibuja en su precisión. Y, hasta aquí, del amor en las psicosis no leemos ninguna nueva mención. Del amor extático como un amor muerto, tampoco hallamos nuevas referencias. Es notorio que la encrucijada en que se encuentra Lacan en el *Seminario 20*, es la de dar cuenta de otro goce, el goce más allá del falo, suplementario; respecto del cual los discursos del amor (los filosóficos, el exceso de literatura) nada aportan. “Hay, pese a todo, la posibilidad de un empalme cuando se lee a cierta gente seria, que por azar son mujeres” dice Lacan; se trata de la mística, o mejor, de los testimonios de los místicos que dan cuenta de que gozan, sienten un goce, del que no saben nada. La marca de goce de estos testimonios los distinguen de “palabrería o verborrea” (Lacan, 1972-73, p.92).

Caracterizar el amor extático y los usos que Lacan ha hecho del concepto nos conduce al interés por la experiencia mística. Nuestro interrogante, recordemos, sigue teniendo como horizonte la validez de aplicar esta calificación a la psicosis.

El místico y el psicótico

El éxtasis es definido en el Diccionario de la Real Academia Española como “estado del alma caracterizado por cierta unión mística con Dios mediante la contemplación y el amor, y por la suspensión del ejercicio de los sentidos” ¿Es éste fenómeno, el éxtasis, todo lo que define al amor extático? ¿Qué diferencia existe entre la experiencia “solo posible para el psicótico” y la experiencia mística?

No escapó a Lacan esta distinción y en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis” (1958) describe la relación de Schreber con dios:

... más bien como mezcla que como unión del ser con el ser, y que, en la voracidad que en ella se une con el asco, en la complicidad que

sostiene su exacción (...) no muestra nada de la Presencia y de la Alegría que iluminan la experiencia mística” (Lacan, 1958, p.557).

Experiencia psicótica y experiencia mística se oponen por la ausencia, en la primera de ellas, del Tú (vocablo que se vincula con el llamado a y de Dios), al que denomina “el significante del Otro en la palabra”. Marca del Nombre del Padre, marca de la ley.

Esta afirmación recoge el planteo del *Seminario 3* en el que Lacan señala que la solución delirante de Schreber no contiene nada de una relación entre dos seres (recordemos la heterogeneidad radical del Otro, supresión del sujeto). Toma como ejemplo a las esposales del alma con la presencia divina, de San Juan de la Cruz, que no se equiparan con el testimonio de Schreber tomado por esposa de dios. La diferencia radica en el carácter de la experiencia transmitida (o de la transmisión de la experiencia): en Schreber hay testimonio objetivado de una experiencia en la que el sujeto no está incluido, a diferencia de la experiencia original del religioso, que además se aproxima a la poesía como posibilidad de transmisión de lo inefable o imposible de plantear en términos de saber (*cfr.* Lacan 1955-56). Gusman (1996) señala también una diferencia en el modo en que Dios se dirige al místico y a Schreber. Si en el primer caso “el Dios de san Juan de la Cruz es un Dios persuasivo, que responde, un Dios del amor” (Gusman, 1996, p.18), ya hemos visto cuán vejatorio es el trato que da Dios a Schreber.

Justamente, Schreber es escritor más no poeta, ya que “no introduce una nueva dimensión de la experiencia” (Lacan, 1955-56, p.114) y su testimonio es ofrecido al público en procura de un reconocimiento que va en la dirección de objetivar su experiencia con Dios. Mientras la poesía se vincula con la presencia de un ser, con la creación de un mundo²⁷, el mundo de Schreber está vacío de su persona. Al dar cuenta de versiones teóricas de la mística, Lacan se refirió al trabajo inscripto en la tradición francesa (Rousselot es un caso); pero para mostrar de qué orden es la posible comunicación de la experiencia (el testimonio de un goce) toma en cuenta la vertiente española

²⁷ “(la poesía) es un movimiento hacia el Otro, pasa de su misterio al misterio de todos y les ofrece rostros que duran la eternidad de un resplandor” Juan Gelman, citado en Revista Radar/Página 12, el 19/01/2014.

que privilegia la experiencia, como es el caso de San Juan de la Cruz o Sor Juana Inés de la Cruz (*cfr.* Gusman, 1996).

Volviendo a la distinción entre éxtasis místico y psicosis, esta se orienta a resaltar la vertiente de “experiencia de goce” del éxtasis. Resulta esclarecedor considerar que en *Seminario 20* el primero es trabajado en términos del goce -no de amor- y roza la cuestión del goce femenino. El místico da testimonio de soportar un goce de todo el cuerpo, que está más allá de la función fálica. Goce inefable del que puede hacer discurso a través de la poesía. En tanto Schreber, el psicótico, nos habla de su experiencia del goce en el lugar del Otro, un Otro cuyo delirio hace consistir, tomar la iniciativa de gozar de Schreber y mortificar su cuerpo. El místico, en cambio, da cuenta de un goce sentido como propio en la relación con Dios y que suplementa al goce fálico sin prescindir de él. Como estado del alma que “suspende la participación de los sentidos”, se diferencia del compromiso de un cuerpo-organismo gozado característico de las psicosis. Respecto a éste, quizás, el Eros permita poner un velo. En este sentido, resulta más sutil la diferencia entre goce místico y goce femenino que entre el primero y el goce mortífero des- regulado fálicamente que padece el psicótico.

Pero la lectura de Lacan, que aprovecha de la mística sus rasgos de goce inefable, nos lleva a descuidar su denominación como amor²⁸, ya que la experiencia del místico es la de un *amor* con características propias. Estas, sin embargo, no lo incluirían en el fracaso del amor propio de la psicosis.

La perspectiva de la mística en su vertiente tanto de goce como de amor la encontramos desarrollada en la obra de Jacques Le Brun, *El amor puro* (2002), que justamente recorre el hilo de esta configuración que asume diferentes formas, siempre resistiéndose al sistema y al apresamiento en un discurso. La hipótesis del autor es que no se trata de una experiencia reductible al amor divino sino que “la idea del amor puro no ha dejado de asediar el pensamiento occidental” (Le Brun, 2002, p.11). Su trama se extiende “de Platón

²⁸ “Al dedicar así su seminario de 1972-73 a la cuestión del goce, y al articular el goce con el amor, Lacan se colocaba en el centro de la secular cuestión del amor puro y se daba los medios para enfrentar las contradicciones y paradojas del total desinterés. Lo hacía realizando una especie de fisura entre el amor y el goce, descomponiendo implícitamente la figura tradicional de un amor “fruitivo” o amor “gozoso” (Le Brun, 2002, pp.416-417).

a Lacan”, pasando por Schopenhauer, Kant y Sacher Masoch, una vez que fuera expulsada de la teología.

Lo que caracteriza a esta *configuración*²⁹ es el carácter absolutamente desinteresado, verdaderamente apartado de cualquier expectativa de recompensa; el desapego que lleva al punto de pérdida del sujeto y que se formula como la *suposición imposible* de los místicos:

... si por una suposición imposible Dios no recompensara, e incluso condenara a penas como las del infierno al hombre que lo amaba perfectamente y hacía su voluntad, ese hombre amaría a Dios igual que si lo recompensara y le ofreciera todos los goces del paraíso (Le Brun, 2002, p.8)

El amor puro en su despliegue histórico, se encuentra en una tensión que lo lleva a un borde de herejía, de abismo, del cual es rescatado por la teología o por los intentos teológicos de circunscribirlo. El amor puro encuentra un estrecho vínculo con la muerte al aspirar a la abolición del deseo para sí, purificado al absorberse por entero en su objeto. El carácter sacrificial, el sacrificio en sí mismo, sin condición ni apuesta por el más allá, otorga a esta experiencia un carácter trágico ya que no se trata de la muerte-por, que hace condicional el sacrificio y lo alivia, sino de una “segunda muerte”, definitiva y eterna: Lacan la mostró imaginada por los héroes de Sade como *aniquilación*, más allá del asesinato. El referente en los debates del amor puro en el siglo XVII, Fénelon, situó ese pasaje de la muerte-por (amor-por) a la segunda muerte

...más allá de toda idea de fracaso, de logro, de salvación, de redención, fuera de cualquier relación conmigo mismo pero más íntimo que yo, ese íntimo morir ya sabido desde siempre y que se ejercita expresando, en la pasividad, el amor puro sin recompensa. (Le Brun, 2002, p.54)

Por este rodeo amor y muerte se tocan, se vinculan, pero el amor puro no se convierte en amor muerto sino en sacrificio. Recordemos que en esta serie del amor puro se incluye a Sacher Masoch quien, al decir de Le Brun,

²⁹ Referimos el sentido de este término en el capítulo 1. C. “Acerca de la metodología”

produce su obra en un contexto de fuerte presencia de imaginería religiosa, fundamentalmente las historias de mártires y sus tormentos. El investigador francés ubica figuras prevalentes en sus obras: Judith, los mártires y particularmente la crucifixión. Estas figuras se encuentran secularizadas “pareciera que no hay misión, ni predestinación, ni salvación efectuadas o buscadas por ese martirio, sino el cumplimiento de un fin propio” (Le Brun, 2002, p.322). La pregunta que se formula, a partir de la secularización, podría ser la siguiente ¿qué queda del amor puro sin la referencia teológica del Otro? La respuesta de Sacher Masoch será el contrato:

El amor puro reconoce así un espacio donde a quien ama no le corresponde ninguna recompensa, suerte de lugar fuera de la ley, lugar de excepción al intercambio y al reino del “bien”. Mediante el contrato la víctima señala lo que espera de aquel o de aquella a quien se somete. (Le Brun, 2002, p.328)

Indagando en el carácter sacrificial del amor puro hemos encontrado en su configuración al sacrificio perverso. La heterogeneidad radical del Otro, que habíamos leído en referencia al amor extático, es una figura que toma distancia respecto de la mística. A la vez que la secularización del amor puro lo aproxima al ejercicio de la escena masoquista, o, podríamos decir, a la fascinación por el sacrificio a los dioses oscuros (*cf.* Lacan, 1964).

La analogía de Lacan de la vertiente extática del amor con el amor del psicótico encuentra sus límites, estaría al servicio de mostrar cómo puede sostenerse una relación en la cual el sujeto tienda a su propia desaparición en aras del engrandecimiento del objeto. Sin embargo, resulta interesante señalar para otro trabajo de profundización, la diferencia en la verificación de lo sacrificial en juego en la psicosis, por una parte y como posición perversa del sujeto, por la otra; ya que es una de las cuestiones que emergen al examinar el amor extático en los términos de la configuración del amor puro. Por otra parte, la concepción extática del amor supone una experiencia que tiende al encuentro a partir de la falta, que no excluiría al inconciente...

Sin embargo, en ese deslizamiento de la muerte al sacrificio, nos resta precisar la caracterización de lo muerto en este amor, en el amor del psicótico.

CAPÍTULO 7

EL AMOR MUERTO O LA CÁSCARA DE UNA PALABRA

Este recorrido nos ha mostrado que el amor extático es una figura que excede ampliamente el campo de las psicosis. No ha dejado de interesar a Lacan ya que su enlace con el goce inefable, su manifestación mística, se constituyeron en elementos necesarios para su doctrina en relación con los goces.

La heterogeneidad radical del Otro nos ha llevado a puntuaciones generales en torno a las psicosis -la exclusión del Otro del reconocimiento- y al amor extático como experiencia mística; en menor medida nos acercamos a las peculiaridades del amor del psicótico. Ahora bien, en la misma clase donde se menciona el “amor extático” encontramos dos consideraciones más de Lacan, correlacionadas con ésta pero que aportan otros matices.

Locura del espejismo

En primer lugar, se refiere a las formas actuales del enamoramiento y distingue un registro que participa de la locura del puro espejismo: el amor platónico en la actualidad “en la medida en que el acento original de la relación amorosa está perdido” (Lacan, 1955-56, p.364). Efectivamente, se trata de una degradación de las formas del amor cortés que, fuera de su inscripción en un discurso socialmente compartido, queda ridiculizado, recluido a “la sala oscura del cine” con la imagen de la pantalla. Quizás de eso trate en ese *acento* perdido, que la Dama de la relación amorosa provenzal no por imposible es del puro registro de la imagen sino que porta/vela el objeto causa del deseo. Cumple con la articulación que define al amor, articulación entre la imagen amada y su más allá, posibilidad de entrada en ejercicio de la dialéctica del don.

Así es que los “desechos de esta práctica” con su carácter de degradación alienante “presenta analogías con lo que sucede en el psicótico y dan su sentido a la frase de Freud, el psicótico ama a su delirio como a sí mismo” (Lacan, 1955-56, p. 365). También en la expresión “desechos de esa

práctica” podemos entender, retroactivamente, que es tal, desecho, al quedar fuera de inscripción del lazo social, del discurso. Una práctica que figura una mímica fuera del reconocimiento del lugar del Otro adquiere un carácter bizarro

Por su parte, la locura del amor como puro espejismo no coincide exactamente con lo que sucede al psicótico. No está de más recordar que Lacan nos permite diferenciar con claridad ambos registros, locura y psicosis. En “Acerca de la causalidad psíquica” (1946) el ejemplo de Alceste, paradigma de la locura como desconocimiento, infatuación imaginaria, alma bella, podría confundirse según Lacan con la afirmación erotómana (Lacan 1946, p.64). Si en la “locura” asistimos a una inflación imaginaria, a una pregnancia de la imagen sin mediación, en el psicótico pareciera funcionar otro traspíe ligado a la cáscara ya no de la imagen sino del significante:

El psicótico solo puede captar al Otro en la relación con el significante, y sólo se detiene en una cáscara, una envoltura, una sombra, la forma de la palabra. Donde la palabra está ausente, allí se sitúa el Eros del psicótico, allí encuentra su supremo amor (Lacan 1955-56, p. 365)

La palabra ausente

Nos introducimos así en el otro asunto a destacar en este capítulo. La palabra ausente evoca la ausencia del significante del Otro en la palabra y también el agujero forclusivo en el que se sitúa el Eros del psicótico. Una lectura que destaca este pasaje del Seminario es la de Silvia Ons (1988), quien retoma al Eros como punto de detenimiento en los fenómenos de cadena rota y propone su articulación como suplencia³⁰.

Ubicando el momento de entrada en las psicosis como aquel en que el sujeto es convocado en relación a una palabra verdadera, aquella que compromete su ser (su falta), la palabra ausente es equiparada al encuentro con el agujero propio de la forclusión, uno de cuyos fenómenos es el parloteo del discurso del Otro, velado para el neurótico, insoportable para el psicótico.

³⁰ No incluimos este comentario en el capítulo previo dedicado al término suplencia, dado que nos interesa más la lectura de la autora de la palabra ausente.

La autora ubica en las “Memorias de un neurópata” que los pájaros parlantes (asimilados por Freud a muchachitas “cabeza de pájaro”) detienen su “parloteo incesante” (ese discurso del Otro o proliferación significativa producida por la palabra ausente) como un tope ante la única frase que dicen en serio: “maldito bribón”, interpretada como “el muchachito que las encanta”. Señala así que un Eros suple a la proliferación significativa. Pero la interpretación que propone de dicho Eros es la del recurso fantasmagórico (término del que se vale para establecer una distinción con el lugar en la estructura del fantasma neurótico): ser la mujer de Dios. O sea, Eros es leído como en la eros/manía mortificante o estabilizada en la forma redentora del término del delirio.

Allouch (2009) también se detiene en la cita que evoca la palabra ausente y, al igual que Ons, propone leerla en relación con la palabra plena; si la palabra está ausente en tanto plena, se trataría de una relectura de la afirmación freudiana “el psicótico ama al delirio como a sí mismo”. Realiza su lectura partiendo del siguiente supuesto: allí se trata de decir *cómo ama el psicótico* sin imputar de entrada la imposibilidad de dicho amor. Postula Allouch entonces que, dada la relación con el significante “como tal” que hace que el psicótico se encuentre apegado a la forma del significante “el psicótico no puede amar más que en otra parte (...) ¿Cuál es su objeto? ¿Qué es pues lo que ama el psicótico y que sería nada menos que “él mismo”? Respuesta: el Otro absoluto”. (Allouch, 2009, p.81). El psicótico ama, sí, pero en *otra* parte, de *otro* modo de acuerdo a *otras* articulaciones ¿Se trataría del *recubrimiento* de los registros -de acuerdo a la cita del *Seminario* que trabajamos desde el capítulo anterior- en desmedro de su articulación?

Siguiendo con la minuciosa lectura de estos pasajes por parte de Allouch, ésta ofrece matices en la caracterización del amor del psicótico como amor muerto. Discute esta afirmación en tanto, análogamente al amor extático, hay una posibilidad para el psicótico y es la de tener por objeto de amor al Otro en su radical heterogeneidad. Aquí, considera Allouch, podría afirmarse lo vivo de un amor que, en la medida en que se realiza, exige la desaparición del sujeto. Esta última no implicaría la muerte del amor, menos aún -conjeturamos- de un amor que se alimenta de tal sacrificio.

Retoma así la supresión sacrificial del sujeto en el amor extático que sería propia de este campo, justamente, que se distingue de la vertiente del amor físico al no privilegiar ningún bien del sujeto, al no hacer consistir la unidad del amor y sostener más bien la dualidad (y a favor del Otro). En este punto Allouch agrega “se trata de un amor destructor del sujeto, sacrificial, loco ¿cómo podría Lacan no haber reencontrado a sus vástagos, él que ya ha ligado amor y odio, y hallado un discreto apoyo en el amor loco surrealista?” (Allouch, 2011, p.84). Pero como corolario de su lectura, Allouch deja abiertas preguntas que resuenan también para nosotros ¿qué peculiariza a la posición del psicótico en cuanto al amor, en tanto no nos podemos precipitar a afirmar que el amor extático es el del psicótico?

¿Un amor muerto? la cáscara de una palabra

Si al inicio de nuestras lecturas la denominación amor muerto parecía tener un sentido inmediato, vemos que en el recorrido éste se fue complejizando. O, al menos, no se desprende con carácter necesario de la consideración del amor extático. Éste, como figura del amor puro, implica un estrecho vínculo con la muerte en tanto aspiración a la aniquilación de sí, del propio deseo en aras del objeto. Pero, como vimos, el amor puro no es un amor muerto sino una figura paradójica, *figura de lo imposible* según Le Brun; cuya subsistencia parecería asegurar ese mismo carácter paradójico. Una figura viva, también y no reductible a la experiencia del psicótico.

A la experiencia del psicótico Lacan la caracterizó en “De una cuestión preliminar...” como “muerte del sujeto”, más precisamente refiriéndose a la catástrofe subjetiva que implica el encuentro con lo real sin la mediación de la metáfora paterna (*cfr.* Fridman y Millás, 2003). Sin embargo, la analogía con la supresión del sujeto en la mística sería de corto alcance si ubicamos dicha muerte del sujeto en el encuentro puntual con el vacío forclusivo. Justamente, el abismo es tal por la desarticulación del Otro y los trabajos reconstitutivos de la psicosis vendrían a dar cuenta de una posible cobertura y reconstrucción en

torno a ese abismo, en tanto la mística nunca deja de suponer la relación con el Otro.

El amor también se puede considerar muerto en cuanto podría coincidir con la postulación de un amor no “vivificado” por el falo; con el “desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto” (Lacan, 1958, p.540) por la ausencia de inscripción del significante fálico.

Arriesgaremos otra conjetura. El amor es muerto en tanto se detiene en la sombra de una palabra, en tanto el carácter formal del significante no es vivificado por la consistencia del cuerpo. Si el amor implica la palabra y también, articulada, la imagen ¿se consideraría muerto un amor que se detiene en la cáscara?

“El psicótico se detiene en la envoltura de una palabra...” es una interesante afirmación que podemos hacer dialogar con lo formulado en términos de recubrimiento, para el psicótico, de los registros del otro y del Otro. Estos, leídos como imaginario y simbólico, nos interrogan ¿A qué alude Lacan con recubrimiento? Si recurrimos al esquema L, éste nos muestra que la estructura se sostiene justamente porque los registros no se recubren sino que se sostienen mutuamente. Esta “interrelación” es solidaria de una idea de articulación, de engarce mutuo, en tanto *recubrir* podría ser leído como una falla en la articulación que hace que se superpongan aspectos que deberían no hacerlo. Extendiéndonos al esquema R, el campo de la realidad se sostiene justamente de la tensión que mantiene en su punto a cada registro.

Entonces, que el supremo amor del psicótico se detenga en una palabra caracterizaría el fracaso por el cual no logra cumplirse en una imagen.

Este amor hecho de *palabras cáscara, envoltura, sombra* puede dar cuenta de cierta recurrencia clínica en la cual sujetos psicóticos son teóricos del amor. Nos referimos a una mención lateral que encontramos en el relato de algunos casos de psicosis; lateral porque no es el eje sobre el que está construido el caso pero que sin embargo nos interroga. Se trata de sujetos que, como parte de su estabilización, llevan un tiempo escribiendo o elaborando teorías sobre el amor; no se plantea como el elemento central de su solución pero ocupa al sujeto y no aparece como una teoría que precipite al acto. (*cfr.*

Yellati 2008; García, 2008; Soria 2008; Bassols, 2011; Belaga, 2008- en referencia a Macedonio Fernández). Esta presencia del amor como “tema” nos sugiere su lectura como detenido en la cáscara del significante. Ahora bien, para dar cuenta del modo en que leemos esta afirmación de Lacan, presentaremos un fragmento de un caso clínico que podría mostrarnos su trama.

Un caso de amor al nombre

Juan, en tratamiento analítico de larga duración, sostenido en su convicción y su idea de que es un psicoanálisis (vg. “Leí que Joyce anudó su estructura con la escritura ¿vos podés hacer que yo anude mi estructura?”), ha elaborado en el curso del mismo un amor que no entra en duda, que se le ha revelado y no admite cuestionamientos. Es necesario, como encuentro entre Juan y... un nombre. Nombre que surgió como ficción, designando a alguien cuya identidad debía ser mantenida en secreto; nombre no elegido al azar sino en un diálogo con la analista en referencia a *El amor en los tiempos del cólera*. Fermina comenzó a ser el nombre de la amada. Recordemos que la novela de Gabriel García Márquez relata la espera enamorada de Fermina por parte de Florentino durante 50 años.

La sospecha de que envolvía a la figura de la analista fue develada por la intrusión materna, quien había dejado de trabajar “para cuidarlo” a partir de la internación que dio inicio al tratamiento. La situación no había variado demasiado de la vida que llevaban antes. Una pequeña muestra del modo en que se estructura esta relación: Juan no fue al colegio hasta los 10 años, porque su madre temía que le ocurriera algo. Su madre es lo incuestionable del amor, quien vivió para él. Quien tanto lo conoce que, dice él, “siempre sabe lo que pienso, me mira y ya sabe, no puedo esconderle nada”.

Sin embargo, Juan nunca reveló la identidad secreta de Fermina. El esbozo de un estadio de despecho en la velada erotomanía de transferencia (incitado por la misma intrusión materna) fue soportado merced a sus argumentos: “la inteligencia emocional”, la “ataraxia y apatía del pensamiento

estoico” que lo convocaban a un ejercicio de autocontrol, “la clave es la aceptación, tengo que aceptar que este no es el momento”.

La ficción de Fermina permaneció dormida, como en un desván durante mucho tiempo. Hasta que comenzó a reactivarse el amor bajo la forma de una revelación. “Hoy tengo que anunciar algo. Me di cuenta de que cada uno elige su destino y de que yo amo a Fermina, ella es mi destino y lo acepto. Aunque no sea correspondido, aunque nunca tenga una señal; eso es ser hombre, atreverse a cargar con esta elección”. Esta vez el amor se erige como una elección, que además lo libra a Juan de elegir el encuentro sexual: “Ahora las otras mujeres, aunque me gusten sensualmente no me interesan. Aunque me miren, aunque pudiera tener una cita, no me interesan porque yo le soy fiel a mi amor”.

¿Por qué se revelaba este amor nuevamente? Una primera contigüidad temporal nos permitió asociar la revelación del amor con otro des-velamiento: el goce sexual de su madre. Juan había comenzado a recordar, a interpretar (¿fenómenos elementales, quizás?) imágenes, dichos, frases sueltas; a asociarlos y a indagar acerca de las relaciones de su madre con otros hombres (durante la infancia de Juan), marcadas por una fuerte carga de erotismo sexual. Llevaba a sus sesiones el resultado de cada averiguación o de cada nuevo indicio que parecía encontrar. Mientras, aumentaba el amor por Fermina y su disposición a la espera infinita “aunque nunca me corresponda”, un amor que soportaba todo desamor e indiferencia.

Hasta la aparición de los “recuerdos”, la omnipresencia de la madre no era objeto de ninguna discordia para Juan. La maldición siempre quedaba del lado del padre (por ejemplo, decía “estuve leyendo sobre la forclusión, mi forclusión se explica claramente por el hecho de no haber contado con mi padre”); en tanto la madre era puro amor, pura entrega al hijo. Así, grande era la grieta que se abría entre esa madre devota de la crianza de su primogénito y la voluptuosa mujer, figura de un goce sexual desenfrenado, que aparecía en los recuerdos de carácter intrusivo.

Si supusiéramos, remontándonos a una tesis planteada en el capítulo sobre erotomanía, que para Juan no hubo problemas mientras su madre sostuvo una demanda infinita; el amor por Fermina, amor hipertrofiado ligado al nombre, puede ser considerado recurso del sujeto frente a la aparición en el

borde de su mentalidad de un goce sexual (el de su madre) que hace consistir a La mujer. Así el amor adquiere una función defensiva y puede funcionar, detenido en la palabra, en el nombre, aferrado a esa cáscara. Es un amor que fracasa de éxito, si se nos admite la paradoja con la cual nombramos esta infinitud de un afecto que pretende escribir lo necesario sin lugar para la aparición de una falla. Es un amor que “no cesará” dice literalmente Juan. ¿Suplencia, quizás? Sí, en tanto inscripción al borde del agujero en que podría precipitarse al no recurrir al saber inconciente con el cual defenderse de lo real del sexo.

La singularidad de Juan nos muestra una articulación posible de un amor detenido en la sombra de una palabra, al tiempo que nos permite cuestionar una vez más la calificación de *muerto* para este fenómeno. No escuchamos a Juan suprimido como sujeto, más bien lo hallamos ocupado en una tarea propia: sostener su lugar de amador. Un lugar, más ¿es éste un *ejercicio* del amor?

Por otra parte, como venimos señalando en estas páginas, la afirmación de un amor detenido en la cáscara del significante implica ya un amor que fracasa al restringirse a una dimensión de palabras, perdiendo el costado imaginario con el que limita y al que sostiene. La palabra, en este sentido, ocupa el lugar de la imagen y no del “más allá” que la sostiene. Sin embargo, sigue siendo un modo de arreglárselas con el agujero del *no hay relación sexual*, inscribiendo una necesidad que anula el azar. Más este recurso prescinde del inconciente para tal sustitución. Además, la expresión *cáscara* o *envoltura*, que hemos reiterado tantas veces, nos evoca el comentario lacaniano en relación a la presentación de la Sra. B, que alude a un vestido sin carozo dentro, el que también ha sido aplicado al personaje Lol V. Stein

Los rasgos que así caracterizamos serían compatibles también con la vertiente platónica de la erotomanía, al menos si cabe esta denominación a la posición de *amador* del sujeto.

También podemos referirnos a testimonios clínicos de sujetos psicóticos que sostienen una relación de pareja, en la cual el *partenaire* juega un papel

por fuera de una formulación erotómana. Por ejemplo Phillipe De Georges (año) relata el caso de la Sra. S. quien padece síntomas en el cuerpo y una particular suspicacia hacia todo su entorno siempre “amenazante”; tal que su analista considera factible describirla bajo la figura del “delirio de relación de los sensitivos” de Kretschmer. Además, la paciente convive con su pareja y padre de sus hijos quien es presentado como “un apoyo indiscutible, incluso debido a los rasgos de carácter que le son reprochados: su cerrazón a toda consideración de los estados anímicos y de los conflictos interiores, su pragmatismo operatorio, su relación unívoca con el lenguaje, su ausencia de división, su resolución firme y militante. En cierto modo es inalcanzable, lo que da pie al odio pero lo instaura como un partenaire con el que se puede contar: está hecho de una sola pieza” (Miller et al. 2011, p.53).

La pareja de la Sra. S. no constituye un apoyo en términos de contención emocional, tampoco lo es de acuerdo a un registro de comprensión empática. La analista señala que fue el encuentro con este hombre el que puso fin a un período de deriva y excesos signado por conductas de “autodestrucción”. Así su pareja encarna al macho fanfarrón respecto al cual la paciente puede localizar el odio.

Si nos referimos a este caso de la bibliografía, uno entre otros posibles, es para dar cuenta de que la figura de la pareja puede funcionar en la psicosis y, no menos que en la neurosis, por resortes que no se reducen a lo amoroso o no sólo se reconducen a esta dimensión. Tampoco se trataría de una relación cuyo lazo sea delirante al modo de la locura de a dos. Más se aviene a ser pensado en los términos del encuentro en la pareja de los síntomas, considerando a éstos en su sentido amplio, es decir, no restringido a la formación del inconciente. En el caso de la Sra. S. bien podemos considerar la suspicacia como síntoma que se liga a otro consistente bajo la forma del odio.

CONCLUSIONES

Al iniciar este trabajo nos confrontamos con la necesidad de situar, localizar un espacio de opacidad en un campo que parecía tener una respuesta ya efectuada: la intersección amor- psicosis es un conjunto vacío. Y esta afirmación puede tener dos derivaciones; por un lado, considerar que no hay ninguna relación entre amor y psicosis; en otro sentido, suponer que no hay particularidades del amor en las psicosis. Enrarecer esas respuestas fue parte de nuestra tarea inicial y al hacerlo encontramos configuraciones que el mismo discurso del psicoanálisis había hecho hablar: erotomanía, relaciones amorosas que hacen cobertura de lo imposible de soportar o incluso sostienen mentalidades, amores detenidos en la cáscara de una palabra.

Cada una de ellas fue leída desde una concepción del amor que supone articulación simbólico-imaginaria, encuentro sintomático o intento, en el encuentro, de velar la hiancia del trauma sexual del hablante, experiencia que pretende inscribirse como necesaria pero lleva implícita su punto de falla ya que no se puede alcanzar el Uno (algo, en algún momento, vendrá a recordárnoslo). Que, aunque proviniendo de diferentes fuentes, puede virar al odio, como el saber popular y la clínica nos enseñan.

Amplificadas las figuras, tamizadas por una versión del amor, no llegamos al momento de concluir encontrando una respuesta uniforme que conjugue cómo ama el psicótico. En nuestro recorrido se fue evidenciando que lo señalado como particularidad en la psicosis está también presente en la neurosis, solo que en las primeras se presenta de manera más exacerbada. Quizás tampoco era nuestra pretensión determinar un solo modo del amor psicótico, cabe aclarar, si insistimos en que no nos propusimos encontrar la verdadera configuración sino abrir aquellas que ubicamos en nuestra lectura. La figura que más se aproximó a una peculiaridad que podríamos considerar específica de las psicosis es la del amor detenido en la cáscara del significante, vinculada al *amor muerto* o des-ligado de su imbrincación imaginaria, modo en que nos apropiamos de la idea lacaniana de “recubrimiento”.

El momento de concluir es ocasión para el retorno retroactivo al punto de partida. Y el nuestro estuvo en dos afirmaciones lacanianas de 1974 que aluden al fracaso en el cumplimiento y el pasaje al ejercicio del amor. Ahora, luego del círculo que trazamos ¿siguen teniendo la misma significación de impugnación que encontrábamos en ellas al inicio?

La psicosis es un fracaso (banarrota o quiebra) en el *cumplimiento* de lo que hemos llamado amor. El amor pasa a *ejercicio* por el desfiladero del nombre del padre. Al principio acentuamos la condición del amor en el nombre del padre, la atribución a la psicosis del fracaso. Pero ¿qué podemos decir ahora del cumplimiento o del ejercicio del amor? Atendiendo a las definiciones que nos planteamos, dicho cumplimiento estaría comprometido en que el amor (si es un recurso posible para el sujeto) encuentre incluso su punto de impotencia, de cambio de sentido o de sinsentido. Un amor eterno... sería un amor psicótico. Un amor psicótico ¿sería un amor que fracasase de éxito?

Volvamos sobre nuestras figuras ahora desde esta perspectiva. La erotomanía en su vertiente platónica, como posición del sujeto, es obstáculo para el cumplimiento amoroso al sostenerse en lo inalterable del postulado. Cuando el objeto es el agente del amor, el sujeto solo puede ofrendar su certeza, más esta no soporta, parafraseando a Paola, el cambio de sentido. Ahí donde el amor involucra las dudas y la incertidumbre como figuras propias – tal como lo muestran los *Fragments...* de Barthes³¹ - el erotómano encuentra la necesidad de su postulado. Un amor sostenido en la posición erotómana fracasa de éxito si consideramos que puede sostenerse indefinidamente (asintóticamente)... sin cumplirse.

El punto en común entre erotomanía y amor detenido en la cáscara del significante es justamente este carácter imbatible y a la vez vacío (en virtud del ya citado recubrimiento de los registros simbólico e imaginario). Casi podríamos decir que si se da el caso de que el psicótico pueda amar, captando al Otro en su relación con el significante, este amor encuentra una posibilidad de infinitud sin cumplimiento; aunque no pierda el carácter de ubicarse como cobertura del agujero constitutivo, cobertura que no se soporta de la mediación del inconciente y no comprende entonces el malentendido de este saber.

³¹ La literatura, la clínica, la vida lo muestran

Podíamos suponer, por otra parte, que el *fuera de discurso* del psicótico lo condenaría al aislamiento social... pero hemos comprobado que no es este un rasgo universal ni necesario. Más bien, hay psicóticos que establecen relaciones y entre ellas las de pareja son privilegiadas; dicho de otra manera, no es una objeción necesaria la psicosis para armar pareja. Al interrogarnos por este vínculo, reapareció la aristotélica *philia* como un elemento que podría- o debería- estar presente en el lazo con un partenaire. Pero también este lazo puede ser del orden de la identificación imaginaria, si el amor participa allí sería a título de captura de la imagen y en este sentido siempre al límite de locura (en su sentido de prevalencia imaginaria) o fracaso al no poder sostenerse en ningún más allá y remitirse a los límites de lo especular que no soportan vacilaciones en la imagen. Y, además del lazo considerado filial y la identificación imaginaria, podría considerarse la participación de una pareja en el sostén *sinthomático* de un sujeto. Esto es, sin constituirse en el Otro de su delirio ni ser el personaje inducido, operar por su presencia en la relación un soporte en aquello que para el sujeto está desanudado (lo imaginario, el cuerpo, en el paradigma Joyce). Ahora bien, ¿fracasa el cumplimiento del amor en las relaciones *philiales*? Podríamos afirmar que esta vinculación, que habilita un más allá de la captura especular en términos de simbolización de una relación, permite sostener un amor en ejercicio, si bien no soluciona el rechazo del inconciente característico de las psicosis. Al implicar necesariamente una articulación entre registros, el amor en una pareja como *sinthome* aceptaría la misma conjetura.

Nuevos problemas

Al iniciar nuestro trabajo una faceta del amor se nos presentaba como lo imposible de soportar para el psicótico, ligado al desencadenamiento ¿diríamos ahora que se trataba del amor o de la dificultad en contar con él? Lo real del sexo parece algo con lo que el psicótico se ve confrontado a defenderse sin inconciente. Y este rasgo, al que nombramos varias veces como rechazo del

inconciente, no es de exclusiva aplicación para las psicosis. Más bien podríamos recuperar para estas últimas la expresión lacaniana de “inconciente a cielo abierto” de manera que no se superponga su peculiaridad al rechazo del inconciente, al cual muchos analistas encuentran como fundamento de las conformaciones sintomáticas que resisten a la transferencia, que no expresan la cifra de un saber no sabido y no convocan una pregunta tal que pueda articularse en demanda de análisis. Esta forma de rechazo supuesto a las anorexias, adicciones varias, el campo de la psicósomática podría ser explorado también desde el fracaso del amor que implicaría eludir el inconciente como saber.

Los fracasos del amor, además, no son privativos de las psicosis. Si aquí nos propusimos ubicar la falla que le es propia, esto no implica que no haya otros fracasos, tal como la psicopatología de la vida cotidiana no deja de informarnos. Sería objeto de otras indagaciones la ubicación de otras formas del amor, en particular la que se caracteriza como un “amor loco” o la locura de amor en su contrapunto con la psicosis.

La exploración del amor extático nos permitió abrir otras cuestiones que nos llevaron lejos de las psicosis. La analogía con el amor muerto demostró tener un alcance limitado, pero mostró sin embargo los lazos entre amor y sacrificio implicados en la posición del amor puro. La cuestión del sacrificio, que declina hacia su modalidad masoquista, es un asunto de crucial actualidad para el malestar en la cultura, excediendo el asunto de la clínica de las psicosis.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLOUCH, Jean (1989) "Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica" En Littoral. Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Las Psicosis, La Torre Abolida, Buenos Aires, 1989, pp.39-65.
- ALLOUCH, Jean (1989b) "Tres faciunt insaniam" En Littoral. Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis. Las Psicosis, La Torre Abolida, Buenos Aires, 1989, pp.137-154.
- ALLOUCH, Jean (2009) El amor Lacan. El cuenco de plata, Buenos Aires, 2011.
- ANDRÉ, Serge (1983) "Jouissance psychotique, jouissance feminine, jouissance sexuelle" Conferencia en la ECF, 28/11/83, París.
- ARISTÓTELES (2001) Ética a Nicómaco, Alianza, Madrid, 2005.
- ARTEAGOITIA, Asensio (1992)"El amor y el goce en las psicosis" En Cuadernos Europeos de Psicoanálisis, n. 4, Noviembre de 1992, pp. 37-40, 1992
- BARTHES, Roland (1977) Fragmentos de un discurso amoroso. Siglo XXI, Buenos Aires, 2008
- BELAGA, Guillermo (2008) "Estudio sobre las soluciones narcisistas en la psicosis". En VASCHETTO, Emilio, Psicosis actuales, Grama, Buenos Aires, 2008, pp. 89-111.
- BOLAÑO, Roberto (2001) "Fotos" en Putas asesinas, Anagrama, Buenos Aires, 2011, pp. 197-205.
- BORIÉ, Jacques (2008) "Una versión de la vida sexual sin el falo" en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 13-23.
- CALVO MARTÍNEZ, Tomás (2007) "La concepción aristotélica de la amistad" <http://antigua.gipuzkoakultura.net/pdf/calvo9.pdf>. Fecha de consulta 21/06/2014.
- CANCINA, Pura (2008) La investigación en psicoanálisis, Homo Sapiens, Rosario, 2008.

de CLÉRAMBAULT, Gaëtan Gatian (1942) *Automatismo mental. Paranoia*, Polemos, Buenos Aires, 1995.

DASÍ, Pilar (1995) "Amar a Joyce" En Colofón. Boletín de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano, septiembre de 1995, Madrid.

DE GEORGES, Phillipe (2011) "El otro será siempre una amenaza" en MILLER, Jacques Alain y otros (2011) *Cuando el Otro es malo*, Buenos Aires, Grama, pp. 51-59.

DEWAMBRECHIES, Carole (2008) "El amor como valdemarización del goce. Comentario" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 85-87.

DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA <http://lema.rae.es/drae/>

DOMB, Benjamin (1988) "Presentación de enfermos". En Cuadernos Sigmund Freud N° 12, primavera de 1988, Nueva Visión, Buenos Aires, pp.23-32.

DURAS, Marguerite (1964) *El arrebató de Lol V. Stein*, Tusquets, Buenos Aires, 2010.

EBTINGER, Pierre (2008) "El amor posible" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 55-73.

FERNANDEZ TUÑÓN, José (1993) "Anudamientos en las psicosis: escribir la clínica". En RODRÍGUEZ, Sergio (comp.), *Lacan... efectos en la clínica de las psicosis*, Lugar, Buenos Aires, 1993, pp.27-45.

FOCCHI, Marco (2008) "El amor como valdemarización del goce" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 75-84.

FREUD, Sigmund (1894) "Las neuropsicosis de defensa" en *Obras Completas*, vol. 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1996, pp. 169-177.

FREUD, Sigmund (1895) "Manuscrito H. Paranoia" en *Obras Completas*, vol. 20, Hyspamérica, Buenos Aires, 1996, pp. 3.508-3.513

FREUD, S. (1912) "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descripto autobiográficamente" en *Obras Completas*, vol. XII, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, pp.3-76.

FREUD, Sigmund (1914) "Introducción del narcisismo" en *Obras Completas*, vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 2008, pp. 65-98.

FREUD, Sigmund (1915) "Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica" en Obras Completas, vol. XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 2008, pp.259-272.

FREUD, Sigmund (1916-1917) "Conferencias de introducción al psicoanálisis. N° 23: Los caminos de la formación de síntoma" en Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 2007, pp. 326-343.

FREUD, Sigmund (1918) "El tabú de la virginidad" en Obras Completas, vol. XI, Amorrortu, Buenos Aires, 2007, pp. 185-203.

FREUD, Sigmund (1922) "Sobre algunos mecanismos neuróticos en lo celos, la paranoia y la homosexualidad" en Obras Completas, vol. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires, 2007, pp. 213-226.

FRIDMAN, Pablo y MILLAS, Daniel (2008) "La exaltación maniaca" En MILLER, J-A et.al. (2008) Paidós, Buenos Aires, pp.81-87.

GARCÍA, Carlos (2008) "La cautiva" en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 25-42.

GERBER, Daniel (1989) "La verdad es mujer" en Revista Sociológica año 4, n° 10, mayo-agosto 1989, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

GILSON, Etienne (1979) El espíritu de la filosofía medieval, Fuentealba, Madrid 2004.

GLASMAN, Claudio (2006) El padre que no cesa, Letra Viva, Buenos Aires, 2006.

GODOY, Claudio (2012) "Los artificios de James Joyce". En SCHEJTMAN, Fabián (comp.) Elaboraciones lacanianas sobre las psicosis, Grama, Buenos Aires, 2012, pp. 247-268.

GOROSTIZA, Leonardo (2008) "Escriba Maxime. Comentario" en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 161-164.

GRANDINETTI, José (1993) "Clínica de la psicosis en función de su estructura". En RODRÍGUEZ, Sergio (comp.), Lacan... efectos en la clínica de las psicosis, Lugar, Buenos Aires, 1993, pp.9-26.

GUEY, Nicole (2008) "Una lógica del celibato" en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 200, pp. 105-118.

GUSMAN, Luis (1996) "Acerca de la comunicabilidad del goce. A propósito de la mística" en Conjetural N° 32, agosto de 1996, Buenos Aires, pp. 15-26.

HEIDEGGER, Martin (1927). *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta (trad. Jorge Rivera). 2006.

HOLVOET, Dominique (2008) “Una falsa erotomanía homosexual” en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp.119-133.

JOYCE, James (1904-1920) *Cartas de amor a Nora Barnacle*, El aleph.com, 2000.

KAROTHY, Rolando y otros (1993) *No hay relación sexual*, Rosario, Homo Sapiens.

KOJÈVE, Alexander (2006) *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*, Leviatán, Buenos Aires.

LACAN, Jacques (1932) *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI. 2006.

LACAN, Jacques (1933) “Motivos del crimen paranoico” en *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, México, Siglo XXI, 2006, pp.338-346.

LACAN, Jacques (1946) “Acerca de la causalidad psíquica” en *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp.142-183.

LACAN, Jacques (1951) “Intervención sobre la transferencia” en *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp.204-215.

LACAN, Jacques (1955-56) *El Seminario. Libro 3. Las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

LACAN, Jacques (1956-57) *El Seminario. Libro 4. La relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 1994.

LACAN, Jacques (1957-58) *El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconciente*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

LACAN, Jacques (1958) “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” en *Escritos II*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985, pp.513-564.

LACAN, Jacques (1958b) “La dirección de la cura y los principios de su poder” en *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, pp.565-626.

LACAN, Jacques (1960) “La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud” en *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002, pp.473-509.

LACAN, Jacques (1960-61) *El Seminario. Libro 8. La transferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

LACAN, Jacques (1964) El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Paidós, Buenos Aires, 1990.

LACAN, Jacques (1966) "Presentación de la traducción francesa de las *Memorias* Presidente Schreber" en *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, 2007, pp.27-33.

LACAN, Jacques (1968-69) El Seminario. Libro 16. De otro al Otro, Paidós, Buenos Aires, 2008.

LACAN, Jacques (1985) "Homenaje a Marguerite Duras, del rapto de Lol V. Stein" en *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, 2007, pp.63-72.

LACAN, Jacques (1972-73) El Seminario. Libro 20. Aún, Paidós, Buenos Aires, 1985.

LACAN, Jacques (1973-74) Los desengañados se engañan (*les non dupes érrrent*), trad. AGOFF, Irene. Impreso de circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito

LACAN, Jacques (1974-75) RSI, trad. AGOFF, Irene. Impreso de circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito

LACAN, Jacques (1975-76) El Seminario. Libro 23. El sinthome, Paidós, Buenos Aires, 2011.

LACAN, Jacques (1975) Conferencia en Yale University del 24/11/1975, trad. RODRÍGUEZ PONTE, Ricardo. Impreso de circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.

LACAN, Jacques (1975-76) 8 presentaciones de enfermos en Sainte-Anne, documento de uso interno de la Federación de Foros del Campo Lacaniano, España.

LASÈGUE, Charles y FALRET, Jules (1877) "La folie à deux" en STAGNARO, Juan Carlos (1998) *Alucinar y delirar*, Polemos, Buenos Aires, pp. 43-78.

LE BRUN, Jacques (2002) "El amor puro. De Platón a Lacan" *El cuenco de plata*, Buenos Aires, 2010.

LEGUIL, François (1987) "A propos d'un cas d'"anti-érotomanie" En *Actes de l'École de la Cause freudienne*, n. 13, Junio de 1987, pp. 52-54, 1987.

LÉVY, Marc (2008) "Escriba Maxime" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 149-160.

LOMBARDI, Gabriel (1994) *La clínica del Psicoanálisis 3. Las psicosis*, Atuel, Buenos Aires, 1994.

LOMBARDI, Gabriel (2013) "Enseñanzas del aislamiento social de a dos" en Revista Imago Agenda nº 169, abril de 2013, Letra Viva, Buenos Aires <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1941>. Fecha de consulta: 5-2-2014.

LÓPEZ, Héctor (1994) "La obra freudiana estructurada como un lenguaje. Según el modelo de "Los niveles de análisis lingüístico de É. Benveniste" En Psicoanálisis, un discurso en movimiento, Biblos, Buenos Aires, pp. 67-81.

LÓPEZ, Héctor (2004) Las adicciones. Sus fundamentos clínicos, Lazos, Buenos Aires, 2004.

LÓPEZ, Héctor (2004b) Lo fundamental de Heidegger en Lacan, Letra Viva, Buenos Aires, 2004.

MALEVAL, Jean-Claude (2002) La forclusión del Nombre del Padre, Paidós, Buenos Aires, 2002.

MALEVAL, Jean- Claude (2007) "Suplencia perversa en un psicótico". En Ancla nº 1 ¿Género o sexuación?, septiembre 2007, Revista de la cátedra II de Psicopatología, Facultad de Psicología UBA, ISSN 1851-3212, 162-179.

MAZZUCA, Roberto y cols. (2001) Las psicosis. Fenómeno y estructura, Eudeba, Buenos Aires, 2001.

MILLAS, D. (2012) "Las suplencias en la neurosis y en la psicosis" en <http://www.causaclinicavirtual.com.ar/mod/page/view.php?id=49>, consultado el 15/01/14.

MILLER, J.-A. (2003) La psicosis ordinaria, Paidós, Buenos Aires, 2009.

MUÑOZ, Pablo (2012) "El caso Víctor o el Plan Frankenstein" En SCHEJTMAN, Fabián (comp.) Elaboraciones lacanianas sobre las psicosis, Grama, Buenos Aires, 2012, pp. 339-356.

ONS, Silvia (1989)"El Eros en la psicosis" En: Fernández Couto, Rogelio, comp. Psicosis: clínica diferencial. Buenos Aires: Ed. Tekné, Julio de 1989. Tomo III, pp. 5-17.

PAOLA, Daniel (1997) Erotomanía, paranoia y celos. Homo Sapiens, Rosario, 1997.

POE, Edgar Allan (1956) "la verdad sobre el caso del Señor Valdemar" en Cuentos completos 1, Alianza, Buenos Aires, 1995, pp. 116- 126.

RIVAS, Enrique (2006) Pensar la psicosis, Grama, Buenos Aires, 2006.

ROUSSELOT, Pierre (2008) Pour l'Histoire du Problème de l'Amour au Moyen Age., citado en ASTORQUIZA FIERRO, Patricia "Ser y amor: fundamentación

metafísica del amor en Santo Tomás de Aquino” Tesis doctoral Universitat de Barcelona <http://hdl.handle.net/10803/1750>, fecha de consulta: 15/01/2014.

RUIZ, Alejandra (2013) “Espiritismo à deux. Un milagro foucaultiano” en Revista Imago Agenda nº 169, abril de 2013, Letra Viva, Buenos Aires. <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1938>. Fecha de consulta: 5-2-2014.

SAMAJA, Juan (2000) Semiótica y dialéctica, JVE, Buenos Aires

SAMAJA, Juan “Los caminos del conocimiento” en Semiótica de la ciencia, inédito.

SCHEJTMAN, F. (2012) “Síntoma y *sinthome*”. En SCHEJTMAN, F. (comp.) Elaboraciones lacanianas sobre las psicosis, Grama, Buenos Aires, 2012, 195-244.

SCHREBER, Daniel Paul (2010) Memorias de un neurópata, Centro Editor Argentino, Buenos Aires.

SELDES, Ricardo (2008) “El amor a las letras, el amor a las palabras. Comentario” en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 225-229.

SEBASTIÁN, Jesús (1992) “Lo imposible de soportar en la psicosis: el amor extático” En Analizar, n. 2, Noviembre de 1992, pp. 2-8

SERRA, Marta (2008) “Un hombre con las ideas claras y una vida estable” en MILLER, Jacques- Alain comp. El amor en las psicosis, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 191-207.

SIGAL, Nora (2004) “Joyce, el *sinthome*” en Revista Andina de Letras nº 18/2004, UASB Ecuador, Corporación Editora Nacional, pp.27-37.

SOLER, Colette (1991) Estudios sobre las psicosis, Manantial, Bs. As., 1991.

SOLER, Colette (1988) “El amor del psicótico” En El Analítico, n. 4, Octubre de 1988, pp. 45-59, 1988.

SOLER, Colette (2004) El inconciente a cielo abierto de las psicosis, JVE, Buenos Aires, 2004.

SOLER, Colette (2009) La querrela de los diagnósticos, Letra Viva, Buenos Aires, 2009.

SOLER, Colette (2011) “Las lecciones de las psicosis” conferencia pronunciada en el Hospital Borda, Buenos Aires, 29/09/2011. Publicada en blog: elpsicoanalistalector.blogspot.com

SORIA DAFUNCHIO, Nieves (2008) *Confines de las psicosis*, Del Bucle, Buenos Aires, 2008.

STRÉLISKI, Pierre (2008) "El amor a las letras, el amor a las palabras" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 209-224.

TENDLARZ, Silvia (2008) "Veral, el caricaturista. Comentario" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp187-189.

RABINOVICH, Diana (1993) *La angustia y el deseo del Otro*, Manantial, Buenos Aires, 2000.

RITVO, Juan Bautista (2004) *Del Padre. Políticas de su genealogía*, Letra Viva, Buenos Aires, 2004.

VEGH, Isidoro (1988) "Acerca de un tratamiento posible de la psicosis". En *Cuadernos Sigmund Freud* N° 12, primavera de 1988, Nueva Visión, Buenos Aires, pp.33-44.

VIEIRA, Marcus (2008) "En el agujero del desierto" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 255-266.

VIGNERON, Thierry (2008) "Las sorpresas del amor" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp.267-282.

YELLATI, Néstor (2008) "Un amor posible" en MILLER, Jacques- Alain comp. *El amor en las psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 2008, pp. 283-295.